

BIBLIOTECA
CALLEJA

108

J2

20814

J2

20814

J2

20814

205

1981

EMILIO SALGARI

FI

148

205

AL POLO NORTE

VERSIÓN CASTELLANA

122
Madrid



MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
calle de Valencia, 28.

Casa editorial fundada el año 1876.

19. 1. 334. 416.



AL POLO NORTE

CAPITULO PRIMERO

Los cazadores de nutrias.

- X—Sandoe, ¿la has visto?
- Sí, Mac-Doil; pero desapareció súbitamente.
- ¿Dónde la viste?
- Allí, bajo aquella roca.
- No la veo. La noche está tan oscura, que me serían necesarias las pupilas de un gato para ver algo á diez pasos de la punta de mi nariz. ¿Era grande?
- ¡Enorme, Mac-Doil! Debe de ser la misma que vi esta mañana.
- ¿Tenía hermosa piel?
- Una de las más espesas. La Compañía podría sacar de ella ochocientos rublos.
- ¿Sabes lo que he observado, Sandoe?
- ¿Qué?
- Que desde hace unos días estas condenadas nutrias se muestran asustadas.
- Lo mismo tengo observado, Mac-Doil. ¿Sabes desde cuándo?

—Desde la noche que oímos aquel silbido misterioso.

—Lo has adivinado.

—¿Quién pudo haber lanzado aquella nota? Una ballena no pudo ser.

—Quizás un mamífero de nueva especie.

—¡Hum!—dijo el que se llamaba Mac-Doil meneando la cabeza.—¡No lo creo!

—Pues, entonces...

—No sé qué decir.

—Algo debe de suceder en las costas septentrionales de la isla. Si así no fuera, las nutrias no se mostrarían tan desconfiadas, y el mismo Camo estaría más tranquilo. Ayer mismo ladró muchas veces.

—Lo he oído, Sandoe, y creo...

—¡Calla!

Un murmullo extraño, pero potente, que parecía producido por un inmenso surtidor de agua brotando en la superficie del mar, seguido poco después de un agudo silbido, se dejó oír en lontananza, hacia la costa septentrional de la isla.

Oyendo aquellos ruidos, un enorme can que estaba acostado junto á una peña saltó hacia los dos hombres, y volviendo la cabeza al Norte, lanzó tres poderosos ladridos.

Era uno de aquellos magníficos molosos tibetanos que importan del Kamtchatka al Alasca, de cuerpo robusto, de mole extraordinaria, con la cola hirsuta siempre enarcada, el pelo largo y negro y el hocico de aspecto feroz, pareciéndolo más aún á causa de dos pliegues de la piel bastante acentuados y de los ojos colgantes.

Estos mastines son, á no dudarlo, los canes más fuertes y valerosos, ya que en el país na-

tal se atreven á hacer frente á los búfalos y luchan ventajosamente con los osos.

Mac-Doil y su compañero se habian incorporado á un tiempo diciendo:

—¡Calla, Camo!

Después se lanzaron á la playa, barrida á nada paso por las olas, mirando hacia el norte de la isla con cierta ansiedad, como si en tal momento se olvidaran de la nutria que trataban de coger.

Escucharon algunos minutos con suma atención; pero el murmullo misterioso no volvió á oirse: solamente el oleaje levantado por el viento norte que soplabá á través del istmo de Behring se quebraba en la playa con sordo fragor.

—¿Qué te parece, Sandoe?—preguntó Mac-Doil.

—Que preferiria estar en la bahía de Cuscoquim ó, mejor aún, en la factoria de la Compañía en Kinagamute.

—Creo que tienes razón. Nunca he tenido miedo; pero te digo que estos misteriosos rumores me causan cierta impresión.

—Pero ¿estás seguro de que la isla está desierta?

—Segurísimo.

—¿Y de que los aleutianos no vienen á ella?

—Nunca, Sandoe.

—Entonces, será algún cetáceo que retoza cerca de la costa.

—No lo creo.

—¿No oíste aquel murmullo?

—Sí; pero ningún cetáceo puede producir ese ruido.

—Es un misterio que quisiera descifrar.

—Lo descifraremos, Sandoe. Dentro de una

hora saldrá el Sol é iremos á explorar la costa septentrional.

—¿Volvemos á la cabaña?... A buen seguro que la nutria no volverá.

—Al contrario; pienso capturarla.

—No volverá á aparecer, Mac-Doil.

—Eres novato en estas cazas, mientras que yo llevo doce años en los bosques del Alaska y en las orillas de las islas Aleutianas, y conozco á las nutrias. Cuando se han mostrado dos veces cerca de estos cantiles, es señal de que en estos sitios tienen su nido. ¡Mira, Sandoe! ¿No te dije que volvería? ¡No te muevas, porque huirá!

Así diciendo, Mac-Doil se ocultó tras una roca que se erguía á treinta pasos de la orilla; su compañero hizo lo mismo, y el mastín se acurrucó silenciosamente en un matorral de tupidos líquenes y sauces microscópicos.

Ya empezaban á disiparse las tinieblas, anunciándose el alba. Hacia el Oriente, el mar se teñía de reflejos color acero mate, que á poco habían de cambiarse en tinte madreperla.

Cerca de una escollera que avanzaba algunos pasos en el mar describiendo una especie de semicírculo, se mostraba una mancha negruzca, pero que de pronto se sumergió.

—El *kalam* (1) viene—murmuró Mac-Doil al oído de Sandoe.

—¿Le esperamos en tierra?

—Sí, Sandoe. ¡Helo aquí!

El punto obscuro, que debía de ser la extremidad de la nariz de la nutria, había vuelto á

(1) Así llaman á la nutria marina en Alaska y en los cazaderos de la Compañía ruso-americana.

mostrarse cerca de la orilla. Tornó á sumergirse; pero, no pudiendo estos animales permanecer en el agua más de un minuto, porque tienen necesidad de respirar, poco después volvió á aparecer, y salió lentamente á la orilla.

Era una nutria de las más grandes, supuesto que no pesaría menos de 40 kilos, y tenía un metro veinte centímetros, incluyendo la cola, que, por lo general, alcanza á los 35 centímetros.

Tenía la cabeza algo aplanada, con el hocico adornado de bigotes tiesos, el cuello corto y grueso, el cuerpo de forma cilíndrica, los remos anteriores cortos y provistos de uñas, mientras los posteriores se parecían á los muñones de las focas.

Su pelaje era largo, sedoso, pardo ceniciento salpicado de blanco, con un vello lustroso espléndido, que valdría muy bien 2.000 pesetas.

Fuera del agua, la nutria se paró, y examinó atentamente las rocas vecinas con sus grandes ojos redondos, que brillaban como los del gato; luego lanzó un sordo gruñido.

Sandoe había apuntado la escopeta para enviarle una bala al cráneo; pero Mac-Doil se la desvió rápidamente, diciéndole en voz queda:

—¡Espera! ¡No está sola!

Otra nutria algo más pequeña que la anterior salía entonces del agua, seguida por dos pequeñuelos del tamaño de dos conejos.

—¡La hembra!—exclamó Sandoe.

—¡Toda una familia!—respondió Mac-Doil.
—Esperemos; quizás haya más.

Mientras tanto, la pobre madre, ignorante del peligro, estaba en la superficie retozando con su prole y con el macho.

Es increíble el cariño que sienten estos animales por los hijos, y el macho por la hembra. Se acarician horas enteras, se alisan el pelo unas á otras, juegan juntos como gatitos, se zambullen, luego vuelven á salir, se revuelcan en la arena, y tornan á acariciarse con transportes que conmoverian á cualquiera que no fuese cazador de la Compañía ruso-americana, su eterno y mortal enemigo.

Hasta tal punto se quieren, que la hembra se hace matar para salvar á los hijos; y si pierde el macho se apena tanto, que plañe días enteros como un niño, y en sólo quince días el dolor la hace enflaquecer espantosamente.

—¡Me da pena matarla!—dijo Sandoe, que seguía atentamente los movimientos de la familia.

—Es verdad—respondió Mac-Doil;—pero la Compañía no te ha mandado aquí para asistir á los juegos de las nutrias.

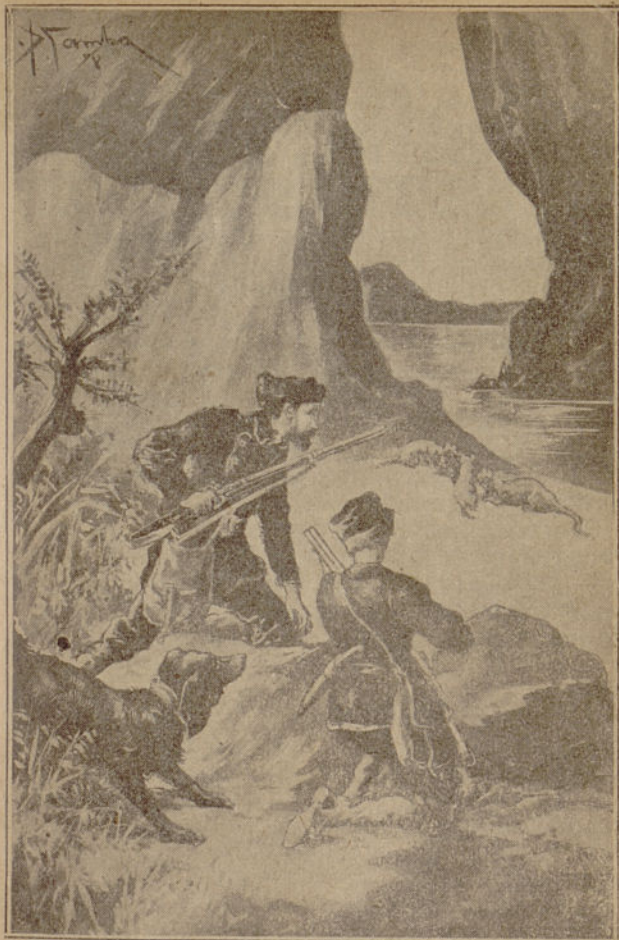
Apuntó lentamente la carabina, mirando al macho con atención, un poco arriba del ojo derecho para no estropear la preciosa piel, mientras Sandoe apuntaba á la hembra.

A punto estaban de disparar, cuando el murmullo oído poco antes resonó de improviso, seguido del misterioso silbido.

Asustada la hembra, movió rápidamente las manos, aferró con la boca á los dos pequeños, y se lanzó al agua dando un gran salto.

Los dos tiradores dispararon á un tiempo, produciendo una sola detonación. El macho cayó fulminado; pero la hembra tuvo tiempo de sumergirse antes de que le alcanzara la bala.

A la primera luz del alba se la vió reapar-



—¡Me da pena matarla!—dijo Sandoe...

recer á ciento cincuenta pasos de la orilla, alzarse sobre el agua, y ponerse las manos delante de los ojos con un gesto entre gracioso y cómico, como si quisiera defenderse de los brillantes reflejos del agua, y luego desaparecer.

—¡Por cien mil focas!—exclamó Mac-Doil.
—¡Otra vez el condenado silbido!... Un minuto de retraso, y también se sumergía mi nutria.

—La mía está ya lejos—dijo Sandoe algo mortificado.

—Pero el macho ha caído allí, y hemos aprovechado el día.

Levantóse, y se dirigió hacia el sitio. El pobre macho yacía sobre una roca, todo encogido y con las manos puestas sobre los ojos, como si quisiera tapárselos.

—Le di en el cráneo—dijo. —La piel está intacta y se pagará bien, porque es una de las mejores que se han visto.

Sandoe, que le había seguido, se inclinó para recoger la presa; pero Mac-Doil le contuvo.

—¡Despacio, querido! Las nutrias suelen hacerse las muertas para escapar así que los cazadores vuelven los ojos, ó para vengarse con un mordisco. Un día vi cómo un aleutiano perdió tres dedos.

Dió con el pie al *kalam*, y viendo que no daba señales de vida, le cogió por las patas delanteras, y se lo echó á la espalda.

—¡Cinco nutrias en siete días!—dijo. —Si esto sigue así, nos haremos de oro, Sandoe.

—Sí, como el misterioso silbido no venga á estorbarlo.

—Veremos si es algún ser diabólico. Hace ya dos noches que se deja oír, y es tiempo de que calle, ¡por cien mil focas!

—Lo descubriremos.

—Esperemos á que se muestre, Sandoe. Vamos á tomar un bizcocho á la cabaña: luego recorreremos la costa norte.

Pusiéronse en marcha, precedidos por el mastín y volviendo la espalda al mar.

La parte de la isla que recorrían era de horrible aspecto. Unicamente se veían rocas amontonadas confusamente, de origen volcánico, al parecer, puesto que se veían aquí y acullá huellas de lava antigua.

Algunos grupos de abetos crecían en la parte más elevada; pero mustios, como si encontraran tierra suficiente en aquellas rocas, blancas todavía por las recientes y copiosas nevadas invernales. Doquiera se veían apuntar tímidamente los amarillos ranúnculos, las saxifragas, rosas caninas y zarzamoras, que no siempre prosperaban.

Algunos pájaros, despertados con los primeros albores, revoloteaban en los aires, y lanzaban de cuando en cuando notas roncadas y estridentes. Eran bandadas de gaviotas, ánades salvajes, grajos, y entre ellas veíase nadar pesadamente, casi con fatiga, algún cisne de albas alas, que lanzaba á intervalos un prolongado silbido, parecido al que produce la trompeta.

Luego de haber traspuesto algunos altozanos y de atravesar seis ó siete barrancos atestados de piedras musgosas y de líquenes, los dos cazadores llegaron ante una choza formada de tablas adheridas, con dos aleros y adosada á una gran roca que la protegía de los vientos del Norte.

Mac Doil abrió de un puntapié la puerta, entró, y echó al suelo su trofeo.

Aquel escondrijo levantado en la isla de-

sierta ofrecía comodidades muy problemáticas, y estaba tan atestado de objetos, que no dejaba espacio para moverse.

Allí había barriles, cajas, pieles de nutria saladas, pieles de zorras colgadas de la pared para que se secaran, arpones, escopetas, hachas, cuchillos, una estufa repleta de carbón fósil, dos grandes pieles de oso gris que, seguramente, servirían de camas, y colgando de las vigas, pernils ahumados, pedazos de tocino, chaquetas puestas á secar, redes de varias dimensiones y, finalmente, una lámpara de hierro.

Mac-Doil maniobró en medio de aquel desorden; descolgó un pernil, cogió un cesto de galletas, y de un rincón levantó una botella, vacía en sus tres cuartas partes.

—Confortémonos, Sandoe—dijo.—Tomemos dos bocados, bebamos un vaso de este excelente *gin*, y vamos después á la descubierta de ese diabólico animal que se divierte en meter miedo.

Sentáronse en unos barriles, arrojaron unas galletas y un pedazo de pernil al enorme mastín, que se había echado frente á la puerta, y comieron con el apetito de hombres que han ayunado doce horas, refrescando el gaznate con el contenido de la botella.

—Son las siete—dijo Mac-Doil después de haber encendido la pipa.—A las diez podemos estar en la escollera septentrional.

—¿Quieres que coja un arpón?

—Es un arma buena contra los cetáceos, Sandoe.

—¡En marcha!

Cerraron la puerta, precaución necesaria en aquellas regiones, donde hay zorras de una

audacia extraordinaria, y se pusieron en marcha, mientras el Sol, mostrándose entre dos nubes, proyectaba sobre el Océano sus tibios rayos.

En la primavera de 1864 el deshielo fué prematuro en el mar de Behring.

El Sol había hecho su primera aparición pálido y bastante descolorido; pero hacia mediados de Mayo tomó vigor, limpiando de hielos la costa de las islas de Andrejanouski y de Fucs y de los golfos de Kotzebue, de Norton, de Cuscoquim, de Bristol y del Príncipe Guillermo, que entran tan adentro de la llamada América rusa, y ordinariamente no son accesibles á los buques hasta la primera mitad de Junio.

Aunque había nieve sobre la tierra, acumulada por el largo invierno, fuése derritiendo poco á poco, en tanto que los ríos se desprendían de la gruesa capa helada bajo la cual estuvieron presos cinco meses.

Aquel retorno de la buena estación, con tanta impaciencia deseado por los numerosos cazadores de pieles de la Compañía ruso-americana, había atraído á la isla y al continente pájaros y animales que emigraran al Sur en busca de un clima más bonancible.

La numerosa banda de grajos fué la primera en acudir á los grandes bosques de abetos negros, de pinos y de abedules; siguieron el martin pescador, los ánades y los cisnes, para solazarse en los tranquilos lagos y en el vasto estuario del interior; después, á poco tiempo, volvieron á mostrarse los preciosos castores, los lobos de blanco armiño, los hurones, la nutria terrestre y marina, el *baribal* ú oso negro

y el formidable *grizzly* ú oso gris, de piel demasiado tosca para ser cotizabile, pero de carne sabrosa.

Los establecimientos de la Compañía ruso-americana, diseminados en el continente y en las islas mayores Aleutianas, tras de un largo sueño invernal despertaron rápidamente.

Desde el fuerte de Nulato, el más septentrional de aquella vasta posesión, perteneciente á los Estados Unidos, á Sitka, la antigua capital rusa, bandas de audaces cazadores se habían lanzado á orillas de los ríos, ó sobre la inmensa pradera, ó bajo las gigantes selvas, mientras de las islas de Unimak y de Unalaska embarcaban en buques de la Compañía los más astutos cazadores ó pescadores de focas y de nutrias, repartiéndose en los numerosos islotes que se extienden como gigantesca diadema hacia la península asiática del Kamtchatka.

El año anterior fué poco productivo para la Compañía. Apenas diez mil pieles de foca, mil de nutria marina, veinte mil entre pieles de zorras y de nutrias terrestres, doce mil de castor, seis mil de lobos y algunos centenares de osos, fueron toda la cosecha, y los numerosos cazadores interesados en la exportación hicieron escasos ingresos.

Convenia rehacerse, doblar el número de pieles, batir los territorios más lejanos que todavía no se habían explorado, y visitar las islas más occidentales, que era fama abundaban en zorras y, sobre todo, en nutrias marinas.

De ahí que los más valientes hicieran á la Compañía la proposición de llegar hasta la isla Nahe, la más próxima á la península de Kamtchatka, y hasta entonces inexplorada.

Entre los más animosos que se preparaban á pasar á tantos centenares de millas de islas y de costas habitadas, estaban Mac Doil, famoso cazador de nutrias doce años hacía al servicio de la Compañía, y su compañero Sandoe, un bisoño, pero que había hecho sus primeras armas á orillas de la bahía de Cuscoquim, y en los bosques del Yucon con buen éxito.

La propuesta de ambos fué aceptada en seguida, y he aquí el motivo de encontrarlos en una isla desierta del Nahe, á unos 700 kilómetros de la costa de la Siberia y á 60 de Attu, que es la tierra mayor de aquel archipiélago.

CAPITULO II

Un monstruo misterioso.

Ambos cazadores, resueltos á descubrir el misterioso animal, que con sus formidables murmullos y sus potentes silbidos asustaba á la nutria marina, pusiéronse animosamente en marcha para explorar la costa septentrional de la isla.

Ante todo examinemos á los dos personajes de esta relación. Mac-Doil en aquella época no tenía mucho más de treinta y dos años. Era robusto y musculoso, tenía los cabellos rubio-oscuros, la piel, bronceada por el soplo del viento y los rayos del Sol, casi ardiente en aquellas regiones durante la estación estival, que es tan breve, por más que en el invierno pierda todo su calor. Llevaba toda la barba muy desaliñada, pues casi siempre le faltaba tiempo para afeitársela.

Su compañero tendría de veinticuatro á veinticinco años. Era alto, enjuto como un vasco, todo brazos y piernas, con una encarnadura rosada, ojos garzos, cabello rubio-pálido y bigote apenas naciente.

Ambos vestían chaqueta de ante, ceñida á la cintura por una larga tira de piel de perro, que sostenía el cuchillo de caza, el frasco de pólvora y la alforja de las balas; calzones de paño grueso azul con altas polainas de piel de foca, y zapatones herrados. Cubrían la cabeza con una gorra de *raccoon*, con la cola colgando sobre la espalda.

Con la escopeta al hombro y encendida la pipa, los dos cazadores de nutrias, siempre precedidos por el mastin, echaron á andar por el valle peñascoso que debía conducirlos á la playa que deseaban visitar.

La isla aquella, ó mejor, aquel islote, era uno de los más pequeños del grupo Nahe: con todo, tenía una longitud de cuatro millas por una anchura de tres y tres y media. Era el último hacia el Occidente, y también el más estéril, el más escarpado, y por eso desdeñado por los pocos aleutianos, que se han repartido las mejores tierras de aquella vastísima faja de islas.

Era, como las demás, un pico volcánico surgido de las ondas, á consecuencia quizás de alguna espantosa convulsión del fondo marino, lleno de grietas, perforaciones, hundimientos, gargantas y torrenteras casi intransitables que fatigaban á nuestros cazadores, por más acostumbrados que estuviesen á largas caminatas en el interior y por la costa de Alaska.

Escasos volátiles se mostraban en aquel

valle, pues preferían la playa; pero no escaseaban los pequeños animales de piel.

De vez en cuando las zorras, animales muy comunes en todas las Aleutianas (como que por eso son llamadas estas islas *de las zorras*), se mostraban ante los cazadores, aunque sin arriesgarse, parándose á pocos pasos para mirarlos curiosamente; á veces brincaban por las rocas bellísimas comadreas, largas de medio metro, semejantes á la marta, con la cola crinada, el pelaje pardo, la cabeza cenicienta ó blanca, tan codiciadas de los cazadores de la Compañía, que no matan menos de cincuenta mil de estos animales al año.

Otras veces era una cibelina, pequeño animal, pero robusto, de cabeza puntiaguda, cola larga y gruesa, espléndido pelaje negro, de reflejos azulados y flancos amarillo rosados, cuya piel llega á valer de trescientas á quinientas pesetas.

Sin embargo, ambos cazadores no se curaban de estos animales, contando con hacer más adelante una batida en regla. Era demasiada la curiosidad que les llevaba á la costa septentrional para que se detuvieran á hacer un disparo.

Al cabo de una hora de marcha, y después de haber pasado las alturas rocosas, llegaron á la costa septentrional de la isla, allí donde oyeron producirse aquel inexplicable rumor.

En aquel sitio la isla describía una curva reentrante que formaba una especie de bahía abierta á los vientos del Septentrión y del Oriente. No obstante, el agua estaba mansa allí dentro, extendiéndose en torno de aquel semicírculo una doble hilera de escolleras que quebraban el impetu de las olas.

Aquellas orillas sólo estaban habitadas por algunas aves marinas que apenas parecieron asustarse, pues revoloteaban tranquilamente, sumergiéndose á intervalos para pescar pececillos y pequeños cangrejos.

—¿No ves nada, Sandoe?—preguntó Mac-Doil después de lanzar una rápida ojeada á aquel paraje.—¡Que me coma un oso blanco si veo algo sospechoso!

—Nada veo—respondió el joven.—Paseo la mirada por todas partes sin resultado.

—¿Si el cetáceo, supuesto que lo sea, habrá tomado las de Villadiego?

—Sería un bien para nosotros.

—Y una desgracia para las pobres nutrias, ¿no es verdad, Sandoe?

—Sí; y pienso que...

Le cortaron la palabra unos ladridos sonoros lanzados por Camo.

Ambos cazadores miraron hacia el mastín, y lo vieron sobre una roca cortada á pico sobre el mar. El enorme perro, poco antes tan tranquilo, era presa de una viva irritación.

Inclinado sobre el mar, miraba atentamente al agua que se rompía con sordo fragor al pie de la roca, y poco á poco se le erizaba el pelo. Ladraba furiosamente, enseñaba los formidables dientes, y lanzaba amenazadores gruñidos.

—¿Si habrá descubierto Camo nuestro cetáceo?—preguntó Mac-Doil.—Se necesita algo muy serio para que el perro se muestre tan encolerizado.

—Vamos allá arriba—dijo Sandoe.—Tal vez consigamos descubrir algo.

—Y podamos también lanzar el arpón.

Dejaron la playa y escalaron rápidamente

la roca, sobre la cual el mastín seguía ladrando y gruñendo. Llegados á la cima, se inclinaron; pero nada vieron que pudiera justificar, siquiera por el momento, la irritación del perro.

—No veo nada absolutamente—dijo Mac-Doil.

—Tampoco yo —añadió Sandoe. —Sin embargo, algo debe de haber debajo de este peñón.

Así lo sospecho también; pero el agua está turbia. Si cesara el viento, podría verse... ¡Oh! ¡Mira bien, Sandoe!

—¿Qué ves?

—Burbujas de aire que salen del fondo del mar y que se rompen en la superficie.

—¿De veras, Mac-Doil?

—Lo cual significa que el monstruo que lanza aquellos silbidos está escondido debajo.

—Tal creo; si no, Camo no estaría tan inquieto ni ladraría así.

—Me gustaría poder verlo, Sandoe.

—¿Y no acometerá?

—Los monstruos marinos no salen á tierra.

—Podiera ser un anfibio de nueva especie.

—Nuestras piernas están prontas; sobre todo las tuyas, que son tan largas.

—Entonces, vamos á verlo.

—¿De qué modo?

—Tenemos el arpón, Mac-Doil.

—Es verdad: dámelo.

Mac-Doil empuñó el arma, especie de lanza larga de dos metros con el hierro en forma de una V. Se encorvó sobre la roca, en tanto que Sandoe hacía callar al perro, y miró con atención, esperando descubrir al misterioso monstruo marino: pero el agua seguía turbia. Con todo, seguían saliendo del fondo bur-

bujas de aire, las cuales se sucedían sin tregua.

Alzó la formidable arma que sirve á los balleneros para matar á la gigantesca ballena, y la lanzó con toda la fuerza de su brazo.

El arpón se sumergió rápidamente como una flecha; oyóse un golpe sordo, como metálico, y volvió á flotar en la superficie el asta de madera.

—¡Por cien mil focas!—rugió Mac-Doil en el colmo de la sorpresa.—¡El arma ha herido y ha subido á flote!

—Y con la punta rota.

—¿Cómo puede ser eso?

—Quizás el arpón haya dado en una roca.

—No, Sandoe. Oí un sonido extraño, como si la punta hubiera resbalado en una plancha de metal.

—¿Si estará acorazado el monstruo?

—¿No oíste nunca hablar de monstruos marinos con escamas metálicas?

—Pueden ser huesos.

—Sandoe, empiezo á inquietarme.

—Y yo, á tener miedo, Mac Doil.

—Probemos á herir al monstruo con un par de balas.

—Rebotarán como el arpón.

—Lo veremos, Sandoe.

Los cazadores apuntaron las armas, y dispararon á un tiempo. Apenas apagado el ruido de las detonaciones, vieron brotar de lo profundo del mar dos enormes chorros de agua que, llegando á la cima de la roca, inundaron á Sandoe, Mac-Doil y también al perro.

No esperaron más. Temiendo que el monstruo se dispusiera á subir á flote y que pudiese



Alzó la formidable arma...

llegar á la roca, ambos cazadores y el perro, mojados como unos pollos, se precipitaron adentro la isla corriendo á más y mejor.

No pararon hasta cuatrocientos pasos de la playa, en lo alto de una colina rocosa, desde cuya cima podía descubrirse lo que sucedía en la pequeña bahía.

—¡Al diablo todos los monstruos! —exclamó Mac-Doil, que parecía más furioso que asustado.

—¡Cuerno de narval! ¡Qué chorro! —gritó Sandoe.—¡Ni una bomba de vapor lo habría hecho mejor!

—Me ha arrancado de golpe de la roca, y por poco no me hace caer al mar.

—¿Habrà sido una ballena, Mac-Doil?

—Tal vez; pero de dimensiones colosales. He visto muchos cetáceos, pero ninguno con este chorro: más bien lanzan una especie de vapor ó de agua pulverizada que columnas de agua líquida.

—Entonces, hicimos mal en huir.

—Así lo creo también, porque las ballenas no salen á tierra.

—¿Volverías tú?

—Ciertamente, Sandoe. Quiero ver al monstruo.

—¡Calla!

Una nota estridente, como el sonido de gigantesca trompa, estalló en el mar, repercutiendo en la colina con un estrépito imposible de describir. Ambos cazadores se miraron con cierta ansiedad.

—Mac Doil, tomemos el portante y dejemos en paz al monstruo—dijo Sandoe.—Me encuentro más seguro en la costa meridional de la isla.

—¡No, por cien mil focas!—gritó el compañero.—Aunque haya de hacerme bailar en los aires otro chorro de agua, iré á ver al monstruo.

—En ese caso te acompaño; pero sé prudente.

—No lo dudes; no sospechará de nosotros.

—Camo ladrará.

—Lo tendrás del collar. ¡Ven, Sandoe!

Bajaron la colina sosteniendo al perro para que no corriera adelante, y echáronse en tierra apretados contra la roca.

Ante las amenazas de Sandoe, el perro callaba, si bien de cuando en cuando gruñía sordamente.

Junto á la margen de la escollera asomaron la cabeza para mirar abajo. El agua, turbia poco antes, quizás á consecuencia de algún coletazo del misterioso monstruo, estaba entonces límpida á una profundidad de treinta ó cuarenta brazas, y á través del líquido azul alternado con reflejos verdosos, se divisaba la negruzca cima de las rocas sumergidas.

Una sola mirada bastó á los cazadores para descubrir vagamente una masa enorme, obscura, de forma oblonga, y que parecía estar adherida á algunas rocas que cerraban la pequeña ensenada.

Del centro del coloso se escapaban multitud de burbujas de aire que salían en larga fila hasta la superficie, donde se rompían instantáneamente.

—¿Lo ves?—exclamó Mac-Doil con voz alterada.

—Sí—contestó Sandoe con ligero temblor de voz.

—¿Es una ballena?

—No sé qué decirte, porque no veo la cola ni la cabeza.

—Es verdad, Mac-Doil. Me parece que más bien tiene la figura... No sé como explicarme.

—¿De un habano grueso?

—Sí, de un habano.

—No obstante, debe de ser un cetáceo. La piel tiene el mismo tinte obscuro con reflejos metálicos.

—Pero ¿y la cabeza?—insistió Sandoe.

—No la veo en ningún sitio.

—Entonces, no es una ballena.

—¿Qué quieres que sea? ¿Un cangrejo? ¿Un cocodrilo?

—¿Si será una tortuga marina de enormes dimensiones?

—Pero ¿no ves que es largo y delgado?

—¿Delgado? Ese monstruo tiene una anchura de ocho metros.

—Pero de largo tendrá unos treinta.

—Míralo bien, Mac-Doil: ¿no te parece ver en el dorso como junturas que parecen escamas?

—Es verdad, Sandoe. Veo además dos grandes bultos. ¡Es para volverse loco!

—Y para tener miedo. ¿Qué hacemos?

—Estoy resuelto á ver ese monstruo.

—¡Todavía! Pero ¿no consideras que no se resuelve á salir afuera?

—Le obligaremos.

Ya estaba cargando de nuevo la escopeta, cuando el monstruo, como si hubiera oído sus palabras, comenzó á agitarse, formando espuma el agua en la parte donde debía de moverse la cola.

Pero ¡cosa rara!, el agua no se levantaba

en ondas, como sucede cuando los cetáceos ponen en movimiento sus aletas monstruosas, sino que salía vertiginosamente, blanca como la leche, espumando, como si aquel cetáceo tuviera hélices.

En un instante se le vió subir, como si tuviera intención de salir á flote; pero súbitamente enfiló hacia la salida de la pequeña ensenada con prodigiosa rapidez, dejando tras de sí dos estelas blanquecinas que duraron algunos minutos.

—¡Huyó!—gritó Mac-Doil.

—¡Sin que hayamos podido verlo!—añadió Sandoe.

—¡Que el Diablo lo engulla!

—Con lo que saldremos ganando nosotros. Al menos, no se espantarán más las nutrias.

CAPITULO III

Un tiro.

Pasaron dos días desde la desaparición del cetáceo, ó de la tortuga gigante, ó lo que fuese.

Ambos cazadores, no oyendo ya los silbidos ni los murmullos misteriosos, habían vuelto á sus batidas en el interior de la isla y á lo largo de la costa para acumular pieles con destino á la Compañía.

Algunas zorras, martas, linceos polares, hurones y unas cuatro nutrias habían caído á sus disparos, asegurando así un buen número de dollars en poco tiempo.

Ya empezaban á olvidar al monstruo marino, cuando á la tercera noche un suceso inexplicable se lo evocó de nuevo, encolerizando á Mac-Doil y asustando no poco á Sandoe.

Estaban acechando á unas zorras que se habían mostrado en gran número en un pequeño valle situado cerca de la costa occidental, y para ello se habían ocultado tras una roca que se erguía en una altura.

Sandoe había encendido su pipa y fumaba tranquilamente tendido sobre el musgo, mientras Mac-Doil, apoyado en la roca con el fusil en la mano, miraba distraído á la Luna, que parecía salir del mar entre un chisporroteo de plata.

Así estaban hacia un cuarto de hora esperando la caza, cuando el masúin, que estaba tendido junto á Sandoe, se levantó dando un prolongado gruñido y volviendo la cabeza hacia el Sur.

—¿Las zorras?—dijo Sandoe incorporándose.

—No las veo—repuso Mac-Doil lanzando una mirada escrutadora al extremo del valle.

—Camo debe de olfatearlas.

—No, porque está mirando al mar.

—¿Si volverá ese condenado monstruo?

—Mira al mar, Sandoe. ¡Oh! ¡Qué hermoso enigma!

—¡Cuerno de narval! ¿Qué ves?—preguntó Sandoe levantándose de una vez.

—¡Mira!

Sandoe miró en la dirección que le señalaba Mac-Doil, y vió, no sin alguna inquietud, una luz que corría sobre el mar casi á flor de agua.

—¿Qué es eso, Mac-Doil?—preguntó con ansiedad.

—No lo sé—respondió el otro, no menos inquieto.

—Una bodarquia (1) aleutiana.

(1) Barca formada por huesos de ballena y cubierta con pieles de foca. Puede llevar seis ú ocho personas.

—No, Sandoe; esa luz está á flor de agua.

—¿Quizás un *kayak* (1)?

—¿Viste nunca una de estas pequeñas embarcaciones correr con tanta velocidad? En mi juventud he sido grumete, y puedo decirte que ese punto luminoso corre más veloz que un vapor de la Compañía del Alaska.

—¿Si será la boca de algún pez? Me has dicho que hay algunos peces que de noche tienen la boca fosforescente.

—Es cierto; pero no puede ser un pez ni el farol de un buque. ¡Ah! ¡Por mil millones de focas! ¡Sandoe, mira!

Aquella luz rojiza, que parecía salir de un fanal provisto de un potente reflector, se había eclipsado bruscamente, y en su lugar apareció un haz luminoso que se proyectaba en la costa de la isla, avanzando de Norte á Sur, como si los desconocidos que lo proyectaban quisieran estudiar la configuración de aquellas costas.

Aquella luz blanca, casi azulada, pasó dos veces sobre la roca en que estaban los cazadores, pero sin pararse; luego se extinguió, y no se oyó más que un silbido seguido de un rumor parecido al que se oyó tres noches antes en la costa septentrional.

Mac Doil y Sandoe, estupefactos, no se habían atrevido á moverse, fascinados por aquel misterioso vislumbre que parecía surgir de lo profundo del mar.

Cuando ya no vieron nada ni oyeron ningún ruido, brotó de sus labios una sola palabra.

—Conviene irse. †

(1) Pequeño esquife de pieles cosidas, tripulado por un solo hombre.

—¡Al Diablo las nutrias, las zorras y las martas! —añadió Sandoe.—Esta isla está embrujada, y yo no vuelvo más á ella.

—Ni yo tampoco, amigo mío. Pasan aquí tales misterios, que son capaces de asustar á los más valientes cazadores de la Compañía.

—¡Vámonos enseguida, Mac-Doil!

—Sí, però... ¿cómo abandonamos la isla?

—El buque de la Compañía no llegará hasta el catorce de Junio para traernos víveres y renovar las municiones; y hoy, si no me engaño, estamos á doce de Mayo.

—Construiremos una balsa, y trataremos de refugiarnos en Attu.

—¿Y si encontramos al monstruo?

—¡Cuerno de narval! Pero ¿crees que aquella luz la proyectase el monstruo?

—¿No oíste el silbido?

—Sí, Mac-Doil; y también el murmullo.

—No quiere resolverse á dejar las aguas de esta isla.

—Y perderemos las nutrias.

—Y no nos dejará pegar los ojos.

—Mac-Doil, conviene que nos vayamos.

—Sí, pero en el vapor de la Compañía. Querido, dejemos que el condenado monstruo silbe á su albedrío é ilumine la isla: contemos por nuestra cuenta las zorras, los lincees, las martas y las cibelinas, y el catorce de Junio volveremos á la bahía de Cuscoquim. Si los demás cazadores se ríen de nuestro miedo, les rogaremos que vengan aquí, y veremos si se vuelven más aprisa. Sandoe, vamos á la choza: por esta noche, las zorras no parecerán con la luz que han visto.

—Así lo creo también. ¡Vamos, Mac Doil!

Regresaron por donde habían ido, no sin

volver con frecuencia los ojos al mar, esperando vislumbrar aún aquel inexplicable resplandor; pero parecía que el cetáceo se habría sumergido, quizás para entregarse al sueño.

Cuando llegaron á la choza, eran las dos de la mañana y la Luna se ponía.

Dejaron al mastín afuera por si ocurría algún suceso extraordinario, y se tendieron en sus pieles de oso, pensando visitar al día siguiente la costa oriental de la isla para cazar las cibelinas, que se habían mostrado en bastante número en los pequeños bosques.

Por más que estaban cansados por haber cazado buena parte del día, no pudieron conciliar el sueño.

Les parecía oír á cada instante los murmullos y los silbidos; pero se engañaban, sin duda, pues el mastín no daba señales de estar inquieto.

Alguna vez dejaban su cálido albergue para ver si aquella luz se proyectaba aún sobre la isla; pero sin resultado: parecía que el monstruo se había alejado ó adormecido.

Fatigados de la víspera, acabaron por dormirse. Su sueño fué breve, pues hacia las seis, cuando el Sol empezaba á levantarse, fueron bruscamente despertados por una detonación.

Mac-Doil se levantó prontamente y cogió su carabina, que tenía siempre á mano, mientras Sandoe exclamaba:

- ¿Has oído? ¡Un tiro!
- Sí; de escopeta, con carga gruesa.
- ¿Si será el cetáceo?
- ¿El que dispara un tiro? ¿Estás loco, Sandoe?
- ¡Si la isla está desierta!

—Será el buque de la Compañía.

—O un barco que da caza al monstruo.

—¡Afuera, Sandoe, afuera!

Se desembarazaron de las cobijas, y salieron precipitadamente llevando las armas.

Afuera, el mastin ladraba furiosamente mirando al Norte. Parecía que se preparaba á acometer á un enemigo invisible.

Ambos cazadores miraron hacia el mar. En ninguna dirección descubrieron embarcaciones, ni en el horizonte, penacho alguno de humo que indicase la presencia de un vapor, así como ninguna masa oscura revelaba la presencia de un velero. Ni siquiera el monstruo marino aparecía por parte alguna.

Mac-Doil y Sandoe, á quien un vago miedo empezaba á inquietar, se miraron mutuamente con estupor.

—Amigo Sandoe—dijo el primero,—suceden aquí tales cosas, que hacen poner la piel de gallina. Si tú...

La frase quedó cortada por otra detonación que estalló á unos cincuenta pasos de la choza, detrás de una roca.

—¡Otro tiro! - exclamó Sandoe.

—Alguien está cazando allí—dijo Mac-Doil en el colmo del asombro.—No cabe duda: es un tiro de escopeta de grueso calibre.

—Sí; mira aquella nubecilla de humo que sale por el ángulo de aquella roca.

—¡Por cien mil focas! ¡Quiero ver quién es el cazador caído del cielo ó surgido del mar!

—Yo también, Mac-Doil.

—Pon el collar á Camo, y en marcha.

Cargaron las armas por precaución, y corrieron hacia la roca, para ver al nuevo cazador que nunca habían visto, por más veces

que recorrieran la isla de Norte á Sur y de Este á Oeste.

El mastín seguía ladrando, pugnando por zafarse de la mano de Sandoe para precipitarse adelante; pero el cazador, sabiendo cuánta era la ferocidad del can, lo tenía sujeto.

En pocos minutos atravesaron un pequeño valle que los separaba de la roca, y al dar vuelta á una colina se encontraron frente á frente con dos desconocidos, que estaban des-pellejando una zorra y un lince, víctimas de dos tiros.

Uno de los desconocidos tendría de treinta y seis á treinta y ocho años. Era un hombre de estatura más bien alta, con la cara cubierta por una espesa barba bien cuidada, ojos azules, nariz algo arqueada, y vestía un traje de piel de foca muy aseado, altos borceguies de cuero, y en la cabeza una gorra de piel de nutria.

El otro era siete ú ocho años más joven, más bajo, de aspecto más rudo, piel bronceada, ojos castaños, barba rubia, pero inculta, y con aire de marinero. Vestía como su compañero, sólo que en la cabeza llevaba una gorra de grueso paño azul, parecida en la forma á la que usan los grumetes.

Cerca de ambos había dos espléndidas carabinas de doble cañón.

Al llegar los dos cazadores, se levantaron y los miraron con viva curiosidad; luego, el que parecía amo ó comandante dijo en inglés con exquisita urbanidad:

—Buenos días, señores.

Mac-Doil y Sandoe estaban tan sorprendidos con la aparición de los desconocidos, que al pronto no hallaron palabra para respon-



... se encontraron frente a frente con dos desconocidos...

der, hasta que por fin el primero lo hizo con cierto embarazo.

El hombre alto se acercó y dijo sonriendo:

—A lo que parece, estáis sorprendidos de ver hombres en esta isla.

—Así es, caballero —respondió Mac Doil.— Hasta ayer la isla estaba desierta.

—Lo creo, pues hemos llegado esta mañana —repuso el desconocido, siempre sonriendo.

—Pero, perdonad, caballero. ¿En qué buque habéis venido?

—En el mio.

—¿Se puede saber de dónde venís?

—De Attu, donde dejé mi buque.

—Buena travesía, por cierto, si la habéis hecho en una embarcación.

—No digo lo contrario.

—¿Y habéis venido á cazar aquí?

—Me dijeron que en esta isla abundaba la caza, y por esto he venido.

—¿Y permaneceréis mucho tiempo?

—Algunos días.

—Entonces, podemos ofrecer hospitalidad en nuestra choza. No es una casa cómoda: todo lo contrario; pero estaréis al abrigo del viento Norte, que sopla frigidísimo de noche.

—Es un ofrecimiento que me apresuro á aceptar, señor...

—Harry Mac-Doil.

—Señor Mac-Doil.

Luego, volviéndose hacia su compañero, que durante este coloquio no había pronunciado una sola sílaba, le murmuró algunas palabras en una lengua que ni Mac-Doil ni Sandoe habían oído nunca.

El marinero hizo un signo afirmativo con la cabeza y se alejó en dirección á la playa, le-

jana de allí unos trescientos metros, y que sólo se descubría á medias por estar resguardada por una alta escollera.

—Estoy pronto á seguiros—dijo el desconocido volviéndose á Mac-Doil.

—¿Queréis venir á la choza, señor...?

—Orloff—añadió el cazador extranjero inclinándose ligeramente.

—Venid, señor Orloff—continuó Mac Doil.—Quizás tengáis hambre, habiendo pasado la noche en el mar.

—¿Y vuestro compañero?—repuso Sandoe.

—No paséis cuidado; nos encontrará, sabiendo dónde está la choza.

El extranjero recogió las dos pieles y siguió á los cazadores ágilmente, con aquel contoneo particular á los marinos acostumbrados al vaivén de los barcos.

—Tenéis un magnífico perro—dijo de pronto mirando á Camo, que saltaba delante de Sandoe.—Ni siquiera debe de tener miedo á los osos blancos.

—No, señor Orloff—contestó Mac-Doil.—Es capaz de hacer frente á un tigre.

—He aquí un animal que sería precioso para las exploraciones polares.

—Lo creo.

—¿Lo cederíais si alguien quisiera comprarlo?

—No, señor. Es nuestro fiel compañero.

—¿Es vuestro, señor Mac Doil?

—Sí; lo compré hace tres años en Kamtchatka.

Calló el señor Orloff, si bien seguía mirando al mastín y á los dos cazadores con particular atención, admirando tal vez la poderosa musculatura del uno y la agilidad del otro.

Ya en la choza, Mac-Doil le invitó á entrar diciendo con cortesía:

—No podemos ofrecer cosa mejor; pero encontraréis para descansar pieles calientes que gustosos os cederemos, y una hornilla que bien pronto hará hervir las ollas.

—Gracias—respondió el señor Orloff.—No dejaré de aprovechar vuestra hospitalidad.

—Os advierto que la choza está encombrada de objetos distintos.

—Estoy acostumbrado á los camarotes de los barcos.

CAPÍTULO IV

Una extraña proposición.

Pocos minutos después, mientras el extranjero estaba acomodado en una piel de oso, Mac-Doil y Sandoe estaban afanados en torno de la marmita para hacer hervir un pedazo de pernil ahumado y asar una hermosa nutria que mataron la vispera.

El marinero había llegado con un gran canasto atestado de galletas, cajas de carne en conserva, anchoas, frutas secas y botellas que parecían llenas de vino, extendiendo al propio tiempo sobre una caja una servilleta blanca como si acabara de salir de manos de una lavandera.

Los dos cazadores, que repararon en las botellas y en aquel aparato insólito para ellos, acostumbrados á los toscos y poco variados manjares á que se veían reducidos en aquella isla desierta, se dieron tanta maña, que una hora después estaban en disposición de brin-

dar con una copa de pemmican el pernil y el asado.

—Señor Orioff—dijo Mac-Doil con la mayor amabilidad,—os ruego que os preparéis á aceptar lo que os ofrece nuestra pobre des-pensa.

—A fe mía que no esperaba tanto bueno en esta isla desierta—respondió el extranjero alegremente:—os aseguro que haré honor á vuestra cocina de cazadores, á condición de que vosotros no hagáis ascos á estas viejas botellas de vino que vienen de la lejana Europa.

—Con mucho gusto, señor—dijo Sandoe;—mayormente en nuestra cualidad de europeos.

—¡Ah! ¿Sois europeos?—exclamó Orloff.—Os creía americanos.

—No, señor—dijo Mac-Doil.—Yo soy un isleño de las Hébridas, y mi compañero, del Faroer.

—Sí; de Ostero—añadió Sandoe.

—¿Un escocés y un dinamarqués?—dijo el extranjero.—Me alegro de haber encontrado unos compatriotas á medias.

—¿Sois también europeo?—preguntó Mac-Doil.

—Sí.

Los cazadores aguardaban oír de qué nación; pero el señor Orloff continuó sonriendo sin añadir una sílaba.

Los cuatro hicieron los debidos honores á la comida, singularmente al asado de nutria, que podía parangonarse con el de cordero; á las conservas, á las frutas secas y á las botellas de un vino tan delicioso, que los dos cazadores no recordaban haberlo bebido igual desde muchos hacía años.

—¡Exquisito!—repetía Mac-Doil, ya de buen humor.—En Alaska no se bebe tan bueno.

—Lo creo—respondió Orloff.—Viene de Europa.

—¿De Francia?

—De más lejos—respondió evasivamente el extranjero.

—Decidme, señor Orloff—dijo de pronto Sandoe, que también se había vuelto hablador:—en vuestra travesía, ¿no habéis visto algún monstruo marino?

—¡Un monstruo marino!—exclamó Orloff cambiando una rápida mirada con el marinero.—Ni siquiera he visto una foca.

—¿No habéis oído silbidos?—añadió Mac-Doil.

—Nada.

—¡Es extraño!

—¿Por qué, señor Mac-Doil?

—Porque hace unos días recorre las aguas de esta isla un cetáceo misterioso que asusta á las nutrias de tal modo, que es imposible cazarlas.

—¿Las nutrias? ¿Y qué os importa á vosotros de las nutrias?

—Es verdad, señor Orloff. No os habíamos dicho que somos cazadores al servicio de la Compañía de pieles ruso-americana.

—¡Ah! ¿Sois cazadores? ¿Por eso os encuentro en esta isla desierta?

—Sí, señor Orloff.

—¿Y recogéis las pieles para la Compañía?

—Sí.

—Me parece que vuestra vida es poco brillante.

—Poco envidiable, es verdad; pero hay que vivir.

—¿Y ganáis mucho?

—Hay años en que abundan los animales y la estación es tan propicia, que podemos embolsarnos mil dollars limpios de gastos.

—Mientras la Compañía con vuestras pieles gana cinco ó seis mil. No hay compensación para vuestros peligros y privaciones.

—Lo sé, señor Orloff. Si de mí dependiese, me dedicaría á traficar en pieles como mi padre; pero ahora estoy ligado á la Compañía por buen número de años.

El señor Orloff permaneció silencioso algunos instantes mirando á los cazadores, hasta que dijo de repente:

—Si alguien os ofreciese una buena suma, así como unos diez mil dollars, ¿os resolveríais á tomar parte en una expedición al país de los hielos eternos?

—¡Por cien mil focas! —exclamó Mac-Doil. —¿Quién es el hombre que me ofrecería diez mil dollars?

—¡Quisiera verlo —añadió Sandoe, —y mandaría al Diablo á la Compañía y sus pieles!

—No sé quién es; pero volveremos á hablar —dijo Orloff con misteriosa sonrisa. — ¡Eh, Kustoff; otra botella!

El marinero sacó, no una, sino dos botellas del cesto, y las destapó, poniendo una ante el patrón y la otra ante los dos cazadores.

—Llenad los vasos—dijo Orloff.—Es *gin* inglés. A vuestra salud...

—¡A la vuestra, señor Orloff! —respondieron los cazadores

El marinero, en lugar de sentarse á la mesa improvisada, se divertía en echar al perro galletas pequeñas que sacaba del fondo del canasto. Debían de ser excelentes, porque

Cómo las comía con gran avidez, lamiendo hasta las migajas.

Entretanto, Mac-Doil y Sandoe seguían charlando y bebiendo: parecían estar ebrios y bostezaban como dos osos que no hubieran dormido en un mes. Contaban al señor Orloff la historia del monstruo marino; pero su lengua se volvía torpe, divagaban y cerraban involuntariamente los ojos, mientras el extranjero callaba, limitándose á sonreír.

Cómo parecía también atacado de un sueño irresistible, pues se había echado sobre una piel de oso y roncaba estrepitosamente.

En un momento Sandoe perdió el equilibrio y cayó en brazos del taciturno marinero, que se había colocado detrás de él como presintiendo la caída.

Mac-Doil luchaba con el sueño, hasta que poco á poco las fuerzas le abandonaron, y acabó, como su compañero, por caer en brazos del marinero, que lo tendió en el suelo.

El señor Orloff se levantó.

—El narcótico ha hecho su efecto—dijo.— Espero que no despertarán antes de veinticuatro horas y que aceptarán su voluntaria prisión.

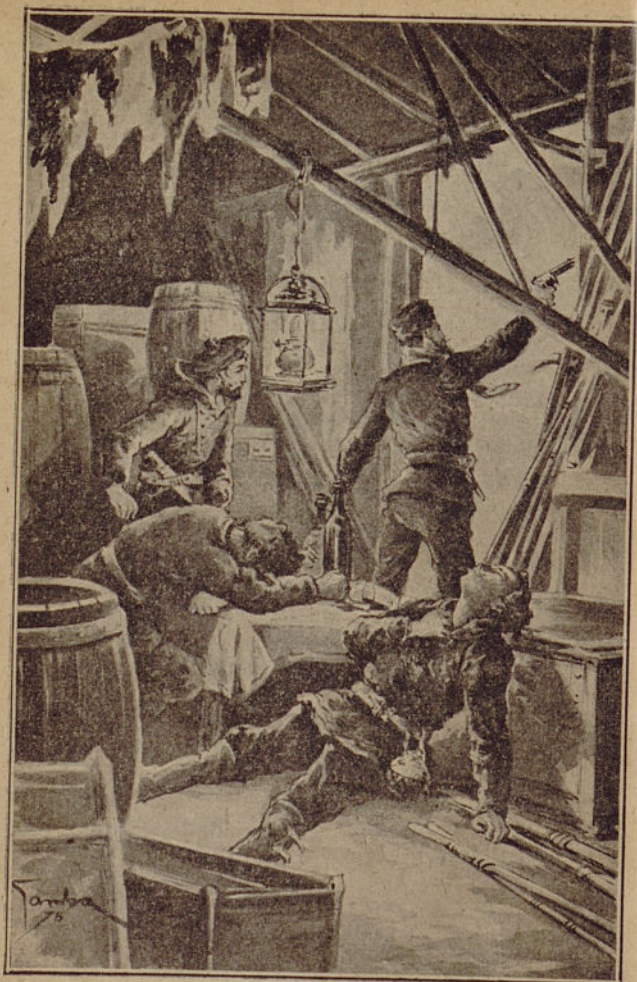
Avanzó hacia la puerta de la choza, é hizo al aire dos disparos de pistola.

Poco después, hacia la costa oriental de la isla, se vieron surgir del mar dos inmensos chorros de agua, seguidos de aquel rumor y de aquel silbido que tanto inquietaran á los cazadores.

—Están para venir—dijo Orloff al marinero.

—Vamos á encontrarlos.

.....
Cuando Mac-Doil, aún medio adormecido y



Avanzó hacia la puerta de la choza, é hizo al aire dos disparos de pistola.

aturdido por la embriaguez, abrió los ojos, se encontró con gran estupor suyo, tendido en una cómoda hamaca que oscilaba lentamente como si estuviese colgada en el puente de un barco.

Creyendo soñar ó estar embriagado, se incorporó para sentarse, buscando con la mano su piel de oso; pero en su lugar encontró una gruesa y tupida cubierta de lana.

Miró alrededor maravillado, y se percató en seguida de que no estaba en su choza.

—¿Dónde estoy? — gritó. — ¿Si estaré soñando? ¡Hola! ¿Qué ruido es éste? Parece como si estuviese en un buque de vapor, ó que yo...

Se interrumpió, volviendo á mirar en torno con la mayor curiosidad y presa de alguna inquietud.

Se encontraba en una estancia cuadrada, larga de tres metros por algo menos de ancho, alta de dos, alumbrada por una lámpara contenida en un globo de vidrio, la cual proyectaba una luz ligeramente azulada, pero intensa.

Bajo su hamaca había un rollo de pieles, las que había secado y salado en su choza; las dos cajas que contenían su vestido y el de Sandoe; y enroscado en un grueso tapete de fieltro estaba Camo, que seguía roncando.

En la parte opuesta, colgada de dos anillos, pendía otra hamaca, la cual parecía ocupada por alguien, porque se oían ronquidos.

—¡Diantre!—exclamó el hebridano pellizcándose furiosamente los brazos.—¿Sueño, ó estoy despierto? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido desde el banquete con Orloff? ¿Si me habrá vuelto loco, ó aquel delicioso *gin* me habrá

turbado la vista de modo que vea las cosas cambiadas?

Se deslizó de la hamaca, y le pareció como si el pavimento resonase metálicamente.

Aguzó el oído, y oyó distintamente golpes sordos parecidos á los que producen los émbolos de una máquina de vapor, si bien no sentía el olor que esparce el carbón, ni la grasa que se emplea para lubricar las diversas piezas de la maquinaria.

Al mismo tiempo se notó que todo aquello oscilaba de derecha á izquierda.

—¡Esto es balanceo! ¡Un antiguo grumete no puede engañarse!

Se volvió al mastín, y le sacudió rudamente, llamándole por su nombre; pero Camo parecía embriagado por aquel *gin* traidor, pues continuaba durmiendo y no se despertaba por nada.

—¡Por mil ballenas! —exclamó Mac-Doil. — No saco nada en limpio, y temo que aquella condenada isla estuviera embrujada. ¡Ea! Allí hay alguien que ronca en la hamaca: aunque sea el Diablo en persona, le cogeré de la nariz, y le obligaré á que me explique estos misterios.

Cogió la hamaca, y la meció tan brusca-mente, que hubiera podido despertar á un muerto. Un grito de sorpresa y de alegría se le escapó.

—¡Sandoe!

Le tiró de la nariz fuertemente, gritando:

—¡Eh, amigo; despierta! ¡Por mil focas!

El danés dió señal de vida con un pavoroso estornudo, seguido de un formidable

—¡Cuerno de narval!

—¡De narval ó de rinoceronte; salta al sue-

lo!—dijo Mac-Doil.—¡Te juro que se te erizarán los pelos cuando sepas lo que sucede aquí!

—¿Lo dices de veras, Mac-Doil?

—¡Vaya que sí! Baja y...

Un agudo silbido que repercutió en el camarote con gran ruido le heló la palabra en la boca: en seguida resonó aquel murmullo que oyeron en la costa de la isla.

—¡Rayos y truenos! ¿Dónde estamos?

—¿Dónde? ¡En el vientre del monstruo!

Sandoe se había precipitado ya de la hamaca con los cabellos erizados y el semblante transfigurado por inexplicable terror, y se lanzó adelante, como si quisiera huir; pero fué á topar contra la pared opuesta.

—¿Quieres romperte la nariz?—gritó Mac-Doil.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están el señor Orloff y su marinero?

—No lo sé: los dos han desaparecido.

—¿Si serían dos diablos?

—Nunca creí en diablos; pero ahora empiezo á creer que aquel caballero lo era. ¡Ah, el silbido! ¿Dónde estamos?

En aquel instante se abrió bruscamente una puerta desde la cual pronunciaron en inglés estas extrañas palabras con entonación calmosa:

—Señor Mac-Doil, aquí estamos á doscientas cincuenta millas del Estrecho de Behring y á doce metros de profundidad. ¿Estáis satisfecho?

Al oír aquella voz, los cazadores se volvieron rápidamente y viéronse ante un hombre de estatura mediana, de robustas formas, de mirada limpia y osada, de cabellos rubios ligeramente rizados, con una barba corta par-

tida en dos en la barbilla, y de piel blanca rosada. Podría tener treinta y cinco años lo mismo que cuarenta y cinco, aunque era probable tuviera menos que más, á juzgar por la frescura de su tez, si bien los cabellos que se escapaban de su gorra de nutria empezaban á encanecer.

Vestía un traje completo de piel de foca, y llevaba polainas como las que usan los cazadores de la Compañía de la bahía de Hudson.

Mac-Doil se había lanzado á él, exclamando con voz alterada:

—Decís, señor...

—Que nos encontramos á doscientas cincuenta millas del Estrecho de Behring—respondió el desconocido con voz tranquila.

—Y...

—A doce metros bajo la superficie del mar.

Al oír esto Sandoe se había apoyado en la pared como si las fuerzas le abandonaran de pronto, mientras Mac-Doil dió dos pasos atrás con el terror pintado en el semblante. ¡Era para espantar! Encontrarse á doce metros bajo el mar, quería decir, á lo menos para los dos cazadores, que estaban á pique de ser engullidos por las aguas del Estrecho.

El desconocido advirtió, sin duda, lo que pasaba por las mientes de los cazadores, pues añadió sonriendo:

—No os asustéis, Mac-Doil, ni vos tampoco, Sandoe. Si bien navegamos á doce metros de profundidad y se ha dado orden de bajar otros cincuenta metros, no corréis ningún peligro; os doy mi palabra.

—¿Otros cincuenta metros?—exclamó Mac-Doil.—¡Nos ahogaremos todos, caballero! Si

queréis hacer compañía á los peces, nosotros no; ahora por lo menos.

—¿Queréis volver á subir?

—Sí, señor.

—¡Sí, sí!,—repitió Sandoe.—Me parece que tengo el agua al cuello y que estoy lleno como un pellejo que va á reventar.

El desconocido se acercó á la pared opuesta, apretó un botón en el que no se habían fijado los dos cazadores, y dijo:

—Ya está: dentro de pocos instantes veréis el Sol.

—¡El Sol, Mac-Doil! ¡Creo volverme loco ó estar soñando!

—Ni lo uno ni lo otro—respondió el desconocido.—Seguidme.

Abrió la puerta, y empezó á subir una escalera de hierro tan estrecha, que apenas dejaba paso á un hombre delgado.

Mac Doil y Sandoe, llevados de irresistible curiosidad, se precipitaron tras él.

Una límpida luz, que no se parecía á la que alumbraba el camarote, bajaba desde una gran abertura que estaba encima de la escalera: era la luz del Sol.

Ambos cazadores, cada vez más aturdidos, se precipitaron adelante, y se encontraron en una especie de plataforma rodeada de una fuerte barandilla de hierro, en torno de la cual se quebraban las olas.

—¡He aquí el Sol!—dijo el misterioso personaje señalando al astro diurno, que brillaba en un cielo sin nubes.

Mac-Doil y Sandoe dieron un grito al unísono.

—Estamos...

—En un buque submarino—concluyó el desconocido.

El hebridano y su compañero quedaron anonadados de sorpresa.

Pegado el uno al otro, miraban ora la plataforma, que salía del agua apenas un metro y parecía formada de planchas de acero imbricadas entre sí; ora el mar, completamente desierto, cuyas ondas iban á morir en la extremidad inferior de la balaustrada, ó bien aquel extraño personaje, que con los brazos cruzados sobre el pecho los miraba tranquilamente.

Sin duda se preguntaban á qué extraordinarios sucesos debían el encontrarse, después de aquella famosa botella de *gin*, á bordo de aquel buque submarino que hasta entonces habían tomado por un monstruo, y trataban de inquirir cómo fueron transportados.

—¡A bordo de un buque submarino!— exclamó de pronto Mac-Doil, algo repuesto de su estupor.—Pero...

—Hablad—dijo el desconocido, viendo la pausa del hebridano.

—Quisiera preguntaros si sois un pirata. ¿Quién os ha inducido á sacarnos de la isla?

—Vosotros.

Al oír esta respuesta inesperada, Mac-Doil miró de hito en hito á Sandoe.

—¡Nosotros!—exclamó.—O sigo con el cerebro perturbado por el *gin*, ó...

—Continuad—añadió el desconocido.—¿Queréis decir acaso que no os acordáis de lo que habéis dicho?

—¡Oh! Aún tengo buena memoria, caballero.

—No lo parece; yo soy el hombre que acepto vuestros servicios pagándoos diez mil dollars.

—¡Zambomba! ¡Sois el hombre de los diez mil dollars! Pues sed bien venido.

El desconocido sonrió, diciendo:

—Veo que os mostráis razonables, y eso me place.

—¿Es por eso por lo que nos habéis traído aquí?—preguntó Mac-Doil.

—Sí.

—No era necesario, pues os aseguro, caballero, que para ganar esa suma os hubiéramos seguido hasta el fin del mundo.

—Pero no quizás en un barco submarino.

—Es verdad—dijo Sandoe riendo.—Teníamos la manía de que era un monstruo espantoso, y no sé si os hubiéramos seguido.

—Ya veis cómo Orloff hizo bien en embriagaros y daros un narcótico.

—¿El señor Orloff?—exclamaron los cazadores.—¿Dónde está?

—¡Aquí estoy!—repuso una alegre voz.

Orloff, que aparecía en aquel momento en lo alto de la escalera, saltó ágilmente sobre la plataforma.

—Espero que me habréis perdonado la jugarrera que os hice—dijo, estrechando las manos á los cazadores.

—Sí; á condición de que nos deis á probar otra vez aquel delicioso *gin*, pero sin narcótico—respondió Mac Doil riendo.

—En la comida os ofreceremos otro. ¿No os reís, señor Nikirka?

—Sí—contestó el aludido por este nombre.

Luego, después de echar una mirada al mar, añadió:

—Señor Orloff, os dejo con estos nuevos europeos.

Saludó á los cazadores y entró dentro del buque, mientras éste, que estaba inmóvil, se

ponía en marcha, dejando á popa dos estelas espumantes y blancas.

—¿Marchamos?—preguntaron el hebridano y Sandoe cogiéndose á la plataforma para mantenerse en equilibrio.

—Tenemos prisa por llegar al Estrecho de Behring—respondió Orloff.

Mac-Doil se le acercó, y mirándole con fijeza le dijo:

—Señor Orloff, espero que nos daréis explicaciones. Diez mil dollars son una bonita cantidad, y soy feliz en ganarlos; pero quisiera saber al menos adónde voy y otras cosas más.

—Estoy á vuestra disposición, Mac-Doil: hablad.

—Ante todo, ¿adónde vamos?

—Hacia el Norte.

—¿Por qué motivo?

—Yo mismo lo ignoro. El comandante del buque es el ingeniero Olao Nikirka, y yo no soy más que el segundo; esto es, el hombre que dirige el *Taimyr* conforme á las órdenes que recibe.

—¿No sabéis adónde vamos?

—A la tierra de Bank, por ahora.

—Lo mismo nos da ir á una parte que á otra; ¿no es cierto, Sandoe? Lo que quisiéramos saber es la duración de nuestro enganche.

—Seis meses, ó acaso menos. Si por circunstancias independientes de la voluntad del comandante hubiera de prolongarse vuestro enganche, tendréis paga doble.

—El señor Nikirka debe de ser muy rico para regalar miles de dollars.

—Podéis figurároslo por este maravilloso barco, que le cuesta no menos de ciento cincuenta mil dollars.

- Espero que podremos visitar este buque
—Cuando queráis.
—Una pregunta, señor Orloff. ¿Sois americano?
—No; finlandés, como el comandante.
—¡Oh! ¡Rusos! Otra cosa deseaba saber. ¿Era vuestro buque el que rondaba nuestra isla?
—Sí, Mac-Doil. Había sufrido una avería la máquina, y teníamos que repararla.
—¿Y fuisteis vos el que alumbró la isla con un reflector?
—Sí; queríamos ver qué habitantes había.
—¿Y nos visteis?
—Perfectamente—repuso Orloff.—Nikirka y yo estábamos en la plataforma provistos de excelentes catalejos.
—¿Os éramos necesarios?
—Nos figuramos que seríais los cazadores de la Compañía ruso-americana. Nos habíais descubierto el día que nos tirasteis un arpón y dos tiros; y sabiendo que la Compañía sólo contrata valientes tiradores, creímos que nos seríais utilísimos en los hielos. He aquí el motivo de traerlos á bordo del *Taimyr*.
—Creo que hicisteis bien. Ahora que sabemos que el formidable monstruo es un buque submarino, no nos pesa hacer un viaje á las regiones polares con tan buena compañía: tanto más, cuanto que ganamos una buena suma. ¿No es así, Sandoe?
—Sí, Mac-Doil.
—¿Queréis visitar el buque?—preguntó Orloff.
—Estamos á vuestras órdenes.
—Seguidme, entonces.

CAPÍTULO V

El buque submarino.

Orloff no había mentido al llamarle «buque maravilloso». Era en realidad uno de los más espléndidos y perfectos navegables submarinos que el hombre haya podido imaginar. Los dos cazadores no pudieron menos de maravillarse ante aquella obra maestra, ideada por el ingeniero finlandés y construida bajo su dirección en uno de los mejores astilleros del Báltico, como les dijo el segundo de á bordo.

Era un verdadero coloso en comparación con el otro varado en 1859 en New-Castle y que suscitó tantas polémicas en la prensa europea, creyendo haberse resuelto el difícil problema de la navegación submarina, pues de proa á popa media cuarenta y dos metros, ó sea treinta y dos más, mientras su mayor anchura constaba de otros nueve.

La forma era de un huso perfecto. Estaba dividido en diez compartimentos casi iguales, destinados seis á alojamientos y á la cocina, dos á la maquinaria, y los otros dos á almacenes; mientras las dos extremidades servían para el lastre de agua necesario para la inmersión del buque.

El ingeniero Nikirka debió de haberse inspirado en el buque varado en New Castle, el tipo mejor, que ha servido de modelo, salvo algunas modificaciones, á los últimamente construidos en Francia, en Italia y en España, pues adoptó su configuración y sus medios de inmersión, de subir á flote y de dirigirse con

seguridad. No obstante, había introducido en la locomoción grandes mejoras que hacían del *Taimyr* el más rápido, el más poderoso y también el más seguro de todos los de su tipo. Construido enteramente de acero, podía soportar las presiones más extraordinarias, si bien el ingeniero previó el caso de que las planchas metálicas, por una causa cualquiera, un tope violento ó una varadura, cedieran y abriesen una vía de agua, ahogando irremisiblemente á los que lo tripulaban.

Para evitar los peligros que amagaban al buque que iba á emprender el misterioso viaje al Océano polar, tan abundante en hielos flotantes que con sus puntas producen grandes averías, el finlandés, precediendo á los modernos constructores, había guarnecido completamente las planchas de acero en su parte interna con una espesa capa de aquella materia celulosa hace muchos años descubierta por el almirante de la *Barriere*, que puede hacer insumergible cualquier buque, aunque sea de guerra (1).

Esa materia, que se extrae de la fibra de la nuez de grana, goza de la propiedad maravillosa de estar dotada de tal elasticidad, que al ser atravesada por un proyectil ó agujereada por la punta de una roca, se cierra por sí misma y se endurece al contacto del agua, impidiendo así la pronta inmersión.

Siendo su densidad mínima, pues no pesa más que ciento veinte á ciento treinta kilogramos el metro cúbico, pudo el ingeniero em-

(1) Los constructores modernos protegen ahora los buques de guerra con esta materia celulosa que hace inútiles las pesadas corazas, y que vuelve insumergible un buque aunque esté acribillado de balas.

butir, por decirlo así, su buque en los espacios comprendidos entre las planchas metálicas y la armadura interna, sin aumentar notablemente el peso y sin ocupar demasiado espacio.

No se limitó á este doble reparo que debía hacer insumergible al *Taimyr*, pues además le proveyó de doce compartimentos, que en caso de un desastre podían servir de tanques, con dobles puertas de hierro que se ensamblaban exactamente y con los bordes revestidos de caucho.

Alejado el peligro de una invasión de agua en el interior, el valiente finlandés dedicó todo su ingenio á la locomoción de aquel gigantesco huso de acero y en los medios de gobernarle libremente encima y debajo del agua.

En esto superó al buque inglés, descartando la electricidad, insuficiente todavía en aquella época para obtener una rápida locomoción, y limitándose á adoptarla sólo para el alumbrado interior.

No pudiendo, por razones fáciles de comprender, utilizar la máquina de vapor, que habría obligado al buque á mantenerse siempre á flote para dar salida al humo, y que hubiera ocupado un gran espacio para el depósito del carbón, el ingeniero empleó una nueva fuerza, más potente, valiéndose de los últimos descubrimientos de la ciencia, ó sea del hidrógeno líquido.

Como es sabido, este gas en estado líquido ocupa un espacio infinitamente pequeño, mientras al contacto del aire, tomando su estado gaseoso, se dilata enormemente con más fuerza y con más amplitud que el vapor.

El ingeniero Nikirka había encontrado el medio de utilizar aquella forma adaptándola al mecanismo de su invención, el cual maniobraba perfectamente como una máquina de vapor. Provisto de una reserva considerable de hidrógeno líquido aprisionado en tubos de acero de grande potencia para impedir explosiones que producirían fatales consecuencias, podía navegar largamente y obtener una velocidad extraordinaria proporcionada á la fuerza expansiva del gas.

La máquina, movida por la fuerza de aquel gas, que funcionaba como el agua transformada en vapor, era suficiente para imprimir al buque una velocidad de quince, y aun de dieciocho nudos por hora en caso necesario, superando á los más rápidos *steamers* construidos en aquel decenio.

Para hacerle más manejable, dotó al huso de dos hélices, situadas á popa entre dos conchas lo bastante amplias para la libertad de su movimiento, pero que al mismo tiempo las protegía contra cualquier choque de los hielos ó de otros obstáculos, y de un ancho timón en figura de triángulo.

Para la inmersión había inventado un nuevo sistema, que veinte años después debía servir al Sr. Nordenfeld—el célebre inventor de los cañones y ametralladoras de este nombre— para la construcción de su buque submarino, el tipo más perfecto de los construidos en el decenio 1880-90 (1).

(1) Este buque fué construído en 1883 con acero dulce de Suecia. En las pruebas recorrió bien las 150 millas que separan á Estokolmo de Gottemburgo, ya á flor de agua, ya bajando á una profundidad de 30 metros, con una velocidad media de 8 nudos por hora. Después ha recorrido centenares de millas, funcionando siempre perfectamente.

No pudiendo contar absolutamente con el lastre líquido de las extremidades del huso, que podía sufrir mermas é impedirle llegar á considerables profundidades, hizo construir á los flancos del buque dos hélices de grandes dimensiones, que funcionando en sentido vertical, debían necesariamente hundirle hasta el límite deseado.

Para mantenerle en el descenso en su posición normal, le dotó de dos timones en balanza, fijos en la misma tabla y mantenidos en horizontalidad constante mediante un peso considerable.

Obvio es decir que también estas hélices, la mismo que las de popa, estaban resguardados por dos conchas ó tambores.

La cuestión del alumbrado fué asimismo acertadamente resuelta por el ingeniero finlandés. La prodigiosa fuerza desarrollada por el hidrógeno era aprovechada por una pequeña dinamo que le suministraba la luz eléctrica necesaria para alumbrar, no sólo el interior del buque, si que también el exterior, durante la navegación nocturna ó á una profundidad donde no llegara la luz solar.

Un potente foco de tres mil bujías, emplazado en una especie de torrecilla á popa, pertrechado de vidrios de un espesor bastante para soportar las más fuertes presiones, proyectaba ante el buque un haz de luz en forma de abanico, que permitía al timonel, colocado en otro recinto de vidrio á popa, ver cualquier obstáculo á distancia de cincuenta ó más metros.

De día, la luz que entraba por la boca de la plataforma, situado el buque en la superficie, ó por los dos jaulones de vidrio y por las lentes

de cincuenta centímetros de diámetro situadas á los costados del huso, en caso de sumergirse á pequeña profundidad, era suficiente para alumbrar el interior. Tampoco se había olvidado el problema de la respiración en aquella prisión metálica, que podía convertirse en tumba en el caso de que por una avería de la máquina ó por otro motivo el buque se viese obligado á permanecer sumergido hasta agotarse la provisión de aire.

Para evitar este inconveniente peligrosísimo, el ingeniero había hecho construir dos tubos de goma de doscientos metros, uno á proa y otro á popa, provistos al extremo opuesto de flotadores de corcho, de modo que subieran instantáneamente á la superficie, y de dos válvulas automáticas que debían abrirse al primer contacto con el aire. Estos tubos estaban sostenidos por unas tenazas que comunicaban con el interior del buque, de modo que se podía soltar con toda libertad. De esta suerte, aunque la nave se encontrase á doscientos metros de profundidad, podía recibir la provisión de aire necesaria para su tripulación.

—¡Por cien mil focas! —exclamó Mac-Doil, que acababa de oír las explicaciones dadas por el señor Orloff durante la visita del buque maravilloso. —¡Nunca he visto cosa parecida, ni hubiera creído que los hombres encontrarán medio de navegar bajo el agua en competencia con los peces!

—Mac-Doil—decía Sandoe,— si no estuviera seguro de hallarme despierto, diría que todo lo que ha sucedido de cinco días á esta parte es un sueño.

—Lo creo—respondió el hebridano.—Pero

decidme, señor Orloff: ¿estamos solos en el buque? No nos habéis enseñado el último camarote, y me pareció oír roncar á alguien al pasar ante la puerta.

—Hay otros tres marineros encargados del manejo de la máquina, de la limpieza y de la cocina. A uno ya le conocéis.

—¿Aquel bribón que compuso la famosa botella y que vimos ante la máquina?

—Sí, Mac-Doil.

—Es una tripulación muy reducida.

—Pero suficiente, pues la máquina no necesita servicios tan fatigosos como la de vapor. Los dos marineros duermen ahora, pues han velado toda la noche, mientras nuestro arribo á vuestra isla; pero los veréis pronto.

—Señor Orloff—dijo Sandoe rascándose la cabeza, como si le atormentase alguna idea, —quisiera pedir os una explicación.

—Hablad, amigo.

—He observado á proa del barco, encima de la sentina de agua, una especie de canal obscuro cerrado por un grueso vidrio. ¿Queríais decirme para qué sirve?

—Es un tubo para lanzar torpedos.

—¡Torpedos! ¿Se trata de un buque de guerra?

—Nada de eso. ¿Queréis que vayamos á declarar la guerra á los osos blancos?

—Entonces, ¿para qué sirven estos instrumentos de destrucción?

—No lo sé; acaso para los hielos.

—Decidme, señor Orloff—preguntó Mac-Doil:—¿no hay peligro de que el buque se deshaga bajo la presión del agua bajando á considerable profundidad?

—No temáis eso. Os diré ante todo que está formado por planchas de acero de un es-

pesor de cinco centímetros en el centro y de dos en los lados, lo que le da una resistencia excepcional.

—Está bien; pero si hubiera de bajar á quinientos, ochocientos ó mil pies de profundidad, no podría resistir la presión.

—Viejas teorías que corren por ahí; pero que yo y el señor Nikirka hemos averiguado que son enteramente falsas. Se ha creído hasta ahora, y acaso se seguirá creyendo por mucho tiempo, que el agua, comprimiéndose por su propio peso, debía alcanzar á cierta profundidad una densidad igual á la de los metales más pesados, impidiendo tocar fondo á los mayores buques. ¡Locura, Mac-Doil, locura! Que á mayor profundidad el agua sea más densa, es verdad; pero que llegue á la densidad de los metales, no. El agua es apenas compresible. Si así no fuese, ¿cómo podrían vivir á quinientos y seiscientos metros de profundidad las estrellas marinas y las concháceas? Necesitarían estar blindadas (1). No os inquietéis, pues, acerca de la resistencia del *Taimyr*. Bajará muy al fondo del Océano sin que se hunda ninguna de sus planchas metálicas.

—Señor Orloff—dijo Sandoe,—¿podemos ver los peces?

—Sí; por más que los océanos polares son escasos en habitantes acuáticos. Basta colocarse ante una de las lentes.

—¿No se rompen?

—Son gruesas, como para desafiar una bala de fusil. ¡Eh! La campana nos llama á comer. Seguidme: es mediodía.

(1) Pocos años hace que el profesor Cabry ha demostrado luminosamente en el Congreso zoológico de París la falsedad de la vieja teoría de las presiones del agua.

CAPITULO VI

Una carrera bajo el mar.

El departamento destinado á comedor estaba situado á popa, precisamente bajo el foco de luz eléctrica que servía de lucerna de día cuando el buque navegaba en la superficie ó á poca profundidad.

Era un hermoso y cómodo camarote de seis metros cuadrados, con las paredes forradas de madera, el pavimento cubierto de un espejo tapiz, y amueblado con perfecta elegancia; armarios con vitrinas, divanes, que en caso necesario podían transformarse en camas, sillones de terciopelo rojo, y en el medio, una mesa ya servida y alumbrada por una lámpara eléctrica.

Había además una estufa, tan necesaria para quienes habían de afrontar los frios polares, provista de un tubo suficientemente curvado para retardar la dispersión del calor, pero que debía usarse solamente cuando el buque navegaba en la superficie, pues á poca profundidad la temperatura del agua hace innecesaria la calefacción.

El comandante estaba ya sentado, y parecía esperar únicamente al segundo y á los dos cazadores para dar el asalto á las viandas.

—¿Habéis terminado vuestra visita?—preguntó al verlos entrar.

—Sí, señor—respondió Mac-Doil;—y he de deciros que aún estoy asombrado de cuanto he visto, y que lo estaré por mucho tiempo. Vuestro buque es una maravilla.

—De ello me congratulo—contestó el ingeniero;—pero vuestra sorpresa aumentará cuando veáis á mi *Taimyr* maniobrar bajo las olas. Tomad asiento, y comed á vuestras anchas. Habéis dormido treinta y dos horas sin interrupción, y debéis de tener hambre.

—A decir verdad, pareceme tener el estómago enteramente vacío—repuso Mac-Doil.

La comida, contra lo que esperaban los cazadores, fué abundante; señal evidente de que el propietario del buque era aficionado á la buena mesa. Componíase de anchoas, atún, merluza fresca, que parecía recién cogida, de un apetitoso pedazo de delfín joven asado, y que les supo á ternera, de una sopa de *pemmican* con verdura de conserva, de *cavias* de Rusia y de excelente vino tinto de una cuba de dimensiones no comunes, situada en un ángulo del comedor bajo un toldo.

Acabada la colación, servida por un marinero—un mocetón rubio que debía de tener la robustez de un toro,—el comandante ofreció á los cazadores pipas y tabaco, y después de echar una mirada á la brújula suspendida en el ángulo de una mesa, dijo:

—Preparémonos á bajar. Fumando podréis contemplar sin molestaros escenas que ya quisieran muchos presenciar.

Acercóse á un tubo de bronce que comunicaba con la máquina, y gritó:

—¡A cien metros!

—¡Caramba! —balbuceó Sandoe palideciendo.

—¿Te tiemblan las carnes?—le preguntó el hebridano.

—Confieso que sí, Mac-Doil.

—Tampoco yo las tengo todas conmigo;

pero tengo confianza en este buque y en su comandante.

—Casi en el mismo instante oyeron sobre su cabeza un ruido semejante al que produce una plancha de metal arrastrada por un camino enlosado.

—¿Qué es eso?—preguntó Sandoe.

—Que se ha cerrado la plataforma—repuso Orloff.

En seguida oyeron á proa y á popa agudos murmullos, y golpes sordos en los costados del buque.

—Es el agua que entra en los depósitos, mientras las hélices verticales funcionan—dijo el segundo anticipándose á la pregunta de los dos cazadores.

El *Taimyr* empezaba á sumergirse lentamente con su marcado balanceo, mientras la luz que despedía del fanal eléctrico se iba atenuando, volviéndose primeramente verdosa y luego azulada opaca, pero no tanto que no permitiese ver los muebles y los más pequeños objetos del comedor.

Mac-Doil y Sandoe, agarrados á la mesa, algo pálidos y con el pulso acelerado, miraban al ingeniero, el cual tenia la mirada fija en el dinamómetro, cuya manecilla avanzaba lentamente de metro en metro á medida que el buque descendía. Parecían ambos vivamente impresionados pensando que estaban hundiéndose en los abismos del mar.

De pronto cesó el vaivén del buque y dejó de oirse el ruido de las hélices laterales, sucediéndose el rápido aleteo de las hélices de popa.

—¡Cien metros!—dijo el ingeniero.

Orloff se acercó á la pared de estribor primero, luego á la de babor; hizo resbalar dos

gruesas planchas de acero, y en seguida una luz algo tétrica, casi opaca, pero que á intervalos tomaba extraños reflejos casi perlados, se difundió por el comedor.

—Mirad al mar—dijo el segundo empujando delante á los cazadores.

Estaban descubiertas dos de las grandes lentes engastadas en los flancos del buque, á través de cuyos gruesos vidrios aparecía el mar, de calor azul cobrizo perfectamente visible, brillando por encima en todo su esplendor el astro diurno, cuyos rayos se reflejaban, si bien algo amortiguados, hasta aquellas profundidades.

Mac Doil y Sandoe, movidos por la más viva curiosidad, se habían precipitado hacia la lente de babor, y acercaron los ojos á los vidrios. El agua del mar parecía huir ante ellos en rápidas ondulaciones que se alejaban cambiando á cada paso de coloración. Tan pronto aparecía estriada de verde esmeralda, tan pronto de azul intenso. A veces una oleada de blanca espuma pasaba rápidamente ante el vidrio, producida por el agudo espolón del buque, é iba á perderse á popa.

—¡El mar!—exclamó Mac Doil rompiendo el silencio que reinaba en la estancia.—¡Y estamos á cien metros debajo de su superficie! ¡Por cien mil focas! ¿Cómo es posible ver á tal profundidad?

—¿Creíais acaso que á cien metros fuera de noche?—preguntó Orloff.—Aquí se ve mucho más abajo, querido cazador.

—Había oído decir á personas que gozaban fama de ilustradas que bajo el agua no se veía pasados treinta ó cuarenta metros.

—¡Oh! ¡Hay tantos que aún lo creen así!—

repuso el ingeniero.—Hoy día se admite aún que los rayos solares no pueden llegar á una profundidad relativamente corta. Ya os mostraré algún día cómo aun á seiscientos metros de profundidad hay bastante luz para poder ver sin necesidad de encender las lámparas eléctricas. Lo singular es que tales creencias subsistan, siendo así que los navegantes tienen pruebas palpables de que en el fondo del Océano viven seres provistos de ojos como los peces que nadan en la superficie. ¿Acaso la Naturaleza iba á proveerlos de aquellos órganos por mero capricho?

—Es verdad, señor Nikirka —respondió Orloff,—pero se fundaban en un hecho.

—¿Cuál?

—Que entre los ejemplares pescados á gran profundidad, se habían encontrado algunos privados de vista.

—¿De vista? ¿Podían asegurar tal cosa? Si hubiesen examinado mejor los supuestos seres ciegos, les hubieran encontrado ojos ó algún órgano semejante escondido bajo la dermis y sensible á la luz. Los mismos topos tienen ojos, poco visibles; pero los tienen: los gusanos empleados en la pesca parecen privados de ojos; pero se ha observado que acercando algunos de estos insectos á una luz, la esquivaban rápidamente: de modo que pueden distinguir la luz por medio de algún órgano sensible que funciona como los ojos.

—¿Creéis que se vea también á mil ó dos mil metros de profundidad? —preguntó Mac-Doil, que escuchaba atentamente á los dos interlocutores.

—Hasta mil, sí; más allá reina casi una completa obscuridad—respondió el ingeniero.

—Pero lo que á nuestros ojos parece obscuridad, puede ser una especie de crepúsculo para algunos habitantes submarinos.

—¡Peces!—gritó en este instante Sandoe.—
¡Mira, Mac-Doil; mira cuántos!

El hebridano se precipitó al vidrio. El buque, que corría con una velocidad de quince á dieciséis nudos por hora, bogaba en medio de un banco de merluzas.

Estos peces voracísimos, sorprendidos en su correría por la imprevista aparición del gigantesco huso, y asustados por las hélices que mordían el agua, se desbandaban en todas direcciones, y algunos, locos de temor, iban á topar contra el vidrio, creyendo quizás que era un paso libre.

Por un momento mostraban sus cuerpos esbeltos, sus gruesos hocicos provistos en la parte inferior de papilas carnosas de forma cónica y de escamas relucientes; luego desaparecían rápidamente sumergiéndose, ó bien saliendo precipitadamente á la superficie.

Bien pronto el buque pasó á la gruesa bandada, la cual se dirigía tal vez á algún golfo de la costa americana, y se encontró en aguas libres navegando hacia el Estrecho de Behring.

A cada paso se veían aparecer otros peces cerca del vidrio, atraídos por la curiosidad de conocer de cerca aquel monstruo de nueva especie; pero eran pocos, en razón de ser aquellos mares fríos, escasos de habitantes.

Otras veces eran grupos de medusas en forma de quitasoles más ó menos grandes, pertrechadas interiormente de tentáculos y que navegaban entre dos aguas, de matices delicado que variaban del blanco transparente al

azul pálido; ó bandadas de delfines de la especie de los *neomeris melas*, largos poco más de un metro, de hocico corto, cabeza esferoidal y de piel negruzca; ó manojos de cefalópodos *mastrephes* que se encuentran en gran número en los mares septentrionales de la Chiua y del Japón, muy buscados por el enorme consumo que de ellos se hace en estos países; ó *festolarios* de bella coloración rojo viva, y algunos *isitus fulgido*, pez largo apenas de treinta centímetros, que de noche despiden una luz verdosa de bellissimo efecto.

También aparecía alguna foca por breves instantes entre los copos de la espuma levantada á proa, para sumergirse en seguida, después de lanzar una mirada asustada á través del vidrio de la escotilla. Era uno de aquellos anfibios llamados por los habitantes del Norte *kassigiah*, y también *tupalo*, largo de un metro, con la cabeza oval, el hocico corto, los ojos grandes, oscuros, inteligentes, los labios adornados con bigotes espesos, y el pelaje gris amarillento con manchas irregulares pardo-oscuras.

Mac-Doil y Sandoe, cada vez más asombrados, no perdían de vista uno sólo de aquellos habitantes del mar de Behring, y prorrum-pían en gritos de admiración, que bien pronto se trocaron en gritos de sorpresa cuando el buque penetró en medio de un verdadero rebaño de nutrias marinas.

Eran sobre unas treinta, que competían en hermosura nadando en medio de un banco de algas donde buscaban, seguramente, su sustento. Desaparecieron súbitamente remontándose á la superficie, pero los dos cazadores habían tenido tiempo de verlas, é instintiva-

mente hicieron un movimiento como si buscaran sus escopetas.

—¡Qué espléndida manada!—exclamó Mac-Doil.—¡He aquí siete ú ocho mil dollars perdidos!

—Y que irán á parar á los bolsillos de otros—añadió Sandoe.

—Me sorprende el encuentro de un número tan crecido de nutrias—dijo el ingeniero.—Dícese que no viven en grupos.

—Es verdad, señor—respondió Mac-Doil;—ni yo me lo explico. Quizás en la superficie estén dando una batida á estos animales.

—¿Cómo?

—Con barcos, señor Nikirka. Averiguado el sitio donde se reúnen las nutrias á pastar en las algas, varios buques rodean el lugar, echan redes de seis metros de largo con las mallas muy anchas, y poco á poco estrechan el círculo. Las nutrias, asustadas, se juntan hasta que caen en las redes, sin ocurrírseles siquiera pasar por debajo, maniobra que tampoco las salvaría, pues hay en los barcos buenos cazadores. Por lo general, estos anfibios se cazan así cuando el mar está borrascoso. Entonces las nutrias buscan refugio en los bajos fondos, cerca de los escollos, por lo que no es raro que naufraguen también muchas embarcaciones pesqueras.

—He aquí una advertencia oportuna—repuso el ingeniero.

—¿Por qué?

—Porque si están pescando los cazadores, señal es de que estamos sobre un bajo fondo. Ya me lo habían dado á sospechar las algas, si bien á veces estos vegetales marinos cubren leguas enteras.

Acercóse al tubo de bronce y gritó:

— ¡A flor de agua!

Luego, volviéndose á los dos cazadores:

— ¡Tened cuidado con el cañón!

En seguida se oyeron como silbidos repetidos, producidos, sin duda, por las bombas que lanzaban el agua acumulada en las sentinas de proa y de popa, y el *Taimyr* subió rápidamente. Se oyó un sordo mugido que parecía producido por la caída de la punta del huso primeramente surgida, y la luz volvió á aparecer limpida en el salón á través del fanal eléctrico.

— Estamos á flote—dijo el ingeniero— Si queréis respirar una bocanada de aire fresco, podéis salir á la plataforma.

— Seguidme—dijo Orloff.

Se había abierto prontamente la escotilla, y los dos cazadores, acompañados del segundo, se habían dispuesto á asomarse.

El buque navegaba á flor de agua, mostrando solamente la plataforma y los dos tambores, en uno de los cuales, á través de la gruesa lente, se veía el timonel de pie ante la rueda.

El mar estaba tranquilo, y el Sol, que declinaba hacia las lejanas costas de Asia, iluminándolo de soslayo, lo teñía de reflejos cárdenos.

Hacia el Este se diseñaba una costa alta en el horizonte, cortada caprichosamente por profundas hendeduras; hacia el Sur, puntos negros apenas visibles parecían inmóviles, indicando ser un grupo de barcas, acaso de *bo-darkie*, ocupadas en cazar las nutrias poco antes vistas por los dos cazadores; al Norte y al Oeste no se veía tierra ninguna. Solamente á

gran distancia aparecían á intervalos puntos blanquecinos, acaso las velas de algún ballenero en ruta para el Estrecho de Behring.

En los aires, algunos pájaros revoloteaban en torno del buque; volátiles de aquellos mares que se encontraban á gran distancia de la costa.

—¿Dónde estamos?—preguntó Mac-Doil á Orloff, el cual tenía asestado su catalejo á la costa.

—Frente á la bahía de Norton—respondió aquél.

—¿Lejos del Estrecho de Behring?

—Muy poco, Mac-Doil. Mañana navegaremos en el Océano Artico.

—¿Y después?

—Saldremos al Norte.

—¿Y volveremos á bajar en el agua?

—¿Os place?

—Empiezo á tomar gusto en ello, señor Orloff.

—¿Conque ya no tenéis miedo? Volveremos á sumergirnos varias veces, y quiera Dios que no sean fatales.

—¿Qué queréis decir, señor Orloff?

El segundo no respondió; se sonrió misteriosamente, meneando la cabeza varias veces.

CAPITULO VII

Una emigración de arenques.

Al día siguiente el *Taimyr*, que había navegado también de noche manteniéndose siempre á flor de agua, llegaba frente al Estrecho de Behring.

Este brazo de mar, que separa el Asia de la América septentrional, mide 83.000 kilómetros del Cabo occidental asiático al de Gales, americano, y tiene una profundidad media de apenas 19 metros. Casi en el medio surgen las Diomedes, visitadas por los esquimales durante la buena estación, y que permanecen desiertas en el invierno. La mayor del grupo es Ratmanoff, que mide siete kilómetros; Kotzebue sólo tiene cuatro, y la tercera es un simple escollo.

El descubrimiento de este Estrecho importantísimo pertenece al siglo XVIII, á pesar de las activas pesquisas de muchos navegantes anteriores, cabiendo aquel honor al dinamarqués Vito Behring, quien realizó el paso en 1741 con una nave rusa armada por Catalina II; buque que cuarenta y cuatro días después había de naufragar en una isla de la costa siberiana, llamada más tarde de Behring, en la cual murió el desventurado marino.

En el momento en que el *Taimyr*, lanzado á toda velocidad y favorecido por la corriente que se dirige al Norte, pasaba entre las extremas puntas de los dos grandes continentes, á babor de las islas Diomedes, no se veía ninguna embarcación en el Estrecho. Apenas entrado en el Océano Artico, tomó el Nordeste, como si su comandante tuviera intención de refugiarse en la profunda y vasta bahía de Kotzebue, que se abre en la costa americana, al otro lado del cabo de Gales; pero luego cambió de ruta, dirigiéndose al cabo Esperanza.

Mac-Doil y Sandoe, acompañados del perro, que, por lo demás, ya se había acostumbrado á aquella especie de prisión, habían salido á la

plataforma, con la esperanza de descubrir algún buque ó encontrar alguna de las embarcaciones de la Compañía ruso americana que hacen el tráfico de pieles también en aquella costa; pero pronto se desengañaron.

El Océano estaba desierto. Aún no había empezado la gran pesca de los cetáceos, la única que congrega los buques al otro lado del Estrecho de Behring, porque en las costas norteamericanas sólo hay escasos habitantes y no existe un puerto que ofrezca carga alguna.

Faltaban también los peces, abundando, en cambio, las aves marinas, especialmente los albatros. Estos volátiles, que se encuentran en todos los mares y en todos los climas, son grandes voladores, y tan robustos, que pueden desafiar impunemente los vientos más formidables, no siendo raro verlos á algunos miles de kilómetros de la costa echándose en el agua para dormir ó descansar. Todo son plumas, pues aunque parecen grandísimos, su peso pocas veces pasa de diez kilos; pero la longitud de sus alas mide tres metros y medio.

Era un hermoso espectáculo ver á estos grandes volátiles, inmóviles, dejándose llevar por el viento, ni más ni menos que como un buque de vela.

A veces se acercaban al buque, y miraban curiosamente á los dos cazadores y al perro, sin manifestar el más mínimo miedo; luego se levantaban, emitiendo una especie de gruñido parecido al de los cerdos.

Viéndolos tan mansos, Mac-Doil y Sandoe quisieron aprovecharse para regalarse con un asado, si bien no ignoraban que la carne de estos volátiles es casi coriácea. Armados

de sus escopetas, dispararon algunos tiros certeros, haciendo caer en la plataforma del buque dos albatros, que el can se apresuró á estrangular, sin cuidarse de sus gruñidos ni de su formidable aspecto. Lograron matar asimismo algunos pájaros bobos, aves acuáticas que son hábiles pescadores, pero que se dejan matar estúpidamente, y aun coger vivas cuando se posan en los buques, de donde toman el nombre con que se las ha bautizado.

A la tarde, mientras el *Taimyr* se hallaba á 60 millas al norte del cabo Lisborne en camino hacia el cabo del Hielo, y el Sol estaba para ponerse, ya dadas las once (1), Mac-Doil y Sandoè, que habían salido á la plataforma para admirar los reflejos del Sol proyectados en la lámpara del tambor de popa, descubrieron hacia la costa americana un vivo vislumbre que parecía mantenerse flotante sobre las aguas.

—¿Qué será, Mac-Doil?—preguntó Sandoe.

—Alguna fosforescencia marina—respondió el hebridano meneando la cabeza.—Pero me asombra ver aquí tal fenómeno, sólo observado en mares ecuatoriales y tropicales.

—¿No será algún incendio?

—¿Quieres que el agua del mar arda como si fuese petróleo?

En aquel momento se asomaron el ingeniero y el segundo, acaso advertidos por el timonel, que desde su tambor pudo haber divisado aquel resplandor, que cada vez se hacía más intenso.

(1) En aquellas regiones, en primavera el Sol no se pone hasta media noche, mientras en verano se muestra en el horizonte solo algunas horas.



...dispararon algunos tiros certeros, haciendo caer dos albatros en la plataforma...

—Haced echar las redes, señor Orloff—dijo Nikirka luego que hubo mirado bien aquella luz.—Esta noche haremos una buena pesca.

—¿Son peces?—preguntó Mac-Doil.

—Un banco inmenso de arenques—respondió el ingeniero:—os haré presenciar una hermosa pesca.

—Y aquella luz, ¿de qué procede, señor?

—De una materia grasa de aquellos peces, la cual de noche se convierte en fosforescente, de tal modo, que delata la presencia de estos habitantes del agua.

—¿Serán muchos estos arenques?

—Millares; hasta el punto de que sus escuadrones detienen el paso de las chalupas.

—¡Diantre! ¡Tal pesca es una fortuna!

—Sí; si tuviéramos las redes que emplean los holandeses, que son los mejores pescadores de arenques.

—Serán redes inmensas.

—Tienen ciento cincuenta pies, y están sostenidas por gran número de barricas y de corchos sujetos con piedras ó grandes plomadas.

—¡Pescarán infinidad de arenques, señor Nikirka!

—Algunas embarcaciones han logrado coger ciento veinte mil, y aun ciento treinta mil en sólo dos horas.

—¡Vaya una redada!

—He conocido pescadores que se han hecho ricos en una sola campaña piscatoria—dijo Orloff, vuelto á la plataforma con dos marineros que llevaban un montón de redes.

—Lo creo—contestó el ingeniero;—porque me consta que solo los pescadores de un puerto, el de Yarmouth, uno de los menos populo-

sos de Inglaterra, pescan anualmente arenques por valor de dieciséis y dieciocho millones.

—¡Cuerno de narval!—exclamó Sandoe.—Si lo hubiera sabido antes, me hubiera alistado entre los pescadores de arenques, en vez de hacerme cazador de la Compañía ruso-americana.

—¿Serán muchos los barcos que toman parte en esta pesca?—preguntó Mac Doil.

—Para formaros una idea, básteos saber que nuestros compatriotas de Escocia envían todos los años al mar del Norte cuarenta mil barcos, tripulados por cincuenta mil pescadores y ochenta mil saladores, y Holanda envía otras mil embarcaciones mayores—respondió el ingeniero.

—¿De modo que esta pesca es de más importancia que la de la ballena?

—Es la más productiva de todas; acaso más aún que la de la merluza. Holanda debe su riqueza y prosperidad á los arenques. Sin estos modestos pescados, aquel Estado apenas hubiera podido mantenerse libre de la rapacidad de los ingleses, alemanes y españoles.

—¿Y por qué?—preguntó Mac-Doil asombrado.

—Porque estos pescados fueron los que proporcionaron á los holandeses el dinero necesario para armar las poderosas flotas que mantuvieron en jaque á las de las otras naciones. Holanda fué la primera en explotar los inmensos bancos de estos peces, cuyo monopolio tuvo por espacio de algunos siglos, compitiendo con ella en pequeñas proporciones dinamarqueses, ingleses, noruegos y los pescadores de las ciudades anseáticas.

—Actualmente Holanda lo va perdiendo— dijo Orloff.

—Es verdad—repuso el ingeniero.—Su pesca ha perdido mucho de su primer impulso. En 1858 Holanda no importó más que sesenta y siete mil toneladas de arenques; en 1859 descendió á veintitrés mil; al siguiente año aumentó á veintisiete mil, recaudando un millón doscientas mil pesetas, mientras los pescadores noruegos importaron seiscientas mil toneladas con un valor de cerca de doce millones de francos.

—¡Buena ganancia para los marineros!—exclamó Mac-Doil.

—Se calcula que tocaron á unos doce mil francos por embarcación.

—¿Y adónde van á pescar?

—A las Orcadas y Shetland en Junio y Julio, y al Mar del Norte en Noviembre y Diciembre, pues los arenques tienen la costumbre de juntarse en esos parajes.

—Y éstos que se ven ¿dónde creéis que van á recogerse?—preguntó Sandoe señalando á la bandada emigrante, que iba acercándose rápidamente.

—A las profundas bahías de Baranow y del Príncipe de Gales—respondió Orloff.—En tales sitios se pescan muchos, si bien no se reúnen grandes flotas, sino pequeños buques sueltos. Ya estamos: ¡ajo al encuentro!

El buque, que no se había parado, tocaba ya la masa fosforescente, que se extendía en algunas millas con una anchura de un kilómetro, como una gigantesca mancha de mercurio.

Súbitamente encontró los primeros escudrones de peces emigrantes, entrándose por medio. En seguida la superficie del mar, hasta

entonces tranquila, se agitó con un hervor precipitado, cortándose la mancha luminosa en cien mil pedazos.

Ante aquel obstáculo, los arenques saltaban en todas direcciones. Los que iban á vanguardia se precipitaban confusamente atrás: se los veía moverse sobre la superficie luminosa, mostrando sus cuerpos plateados y dorados.

Eran millones y millones de individuos, y tan espesos los cardúmenes, que Mac-Doil y Sandoe con sólo meter la mano en el agua los cogían con suma facilidad.

Las redes que se habían echado á popa debían de haberse llenado muy pronto, pues por aquel lado se veía el agua bullir furiosamente.

—Son tantos—dijo Mac-Doil,—que si me echara al agua, no podría nadar. ¡Qué desgracia no haber aquí quince ó veinte barcas y un millar de redes holandesas!

—Cuidad de no dejaros vencer del deseo de caer en medio de los arenques, porque os quedaríais sin piernas—dijo Orloff.—Tras ellos navegan muchos tiburones.

—No quiero tan mal á mis piernas para regalárselas á estos glotones.

El gran banco de los emigrantes seguía desfilando por las bandas del buque rápidamente, sin que pareciese menguar su número; y eso que el *Taimyr* avanzaba siempre con una velocidad de catorce nudos por hora, hendiendo rumorosamente aquel espléndido manto argentino, que á veces tenía reflejos de bronce derretido.

Hacia las tres de la mañana se vió la extremidad de la superficie luminosa, y en seguida, la enorme bandada de tiburones que seguía

ávidamente á los emigrantes, devorando las últimas filas en competencia con las aves marinas que de día se cernían á millares sobre los pobres arenques haciendo estragos considerables.

Bien pronto todo aquel revuelo se perdió hacia el Oeste en dirección al Estrecho de Behring, mientras el Sol volvía á alzarse en el horizonte después de haber estado culto apenas cuatro horas.

Tan llenas estaban las redes, que para recogerlas hubieron de ayudar también los cazadores. Había seis ó siete mil arenques, cuya mayor parte se salaron en seguida, metiéndolos en barricas para conservarlos más tiempo.

Al otro día el *Taimyr*, que seguía á la misma velocidad, remontaba el Cabo de Hielo, áspero promontorio de considerable altura, aún rodeado de pequeños bancos de hielo que no debían derretirse hasta mitad de Junio.

Detúvose el buque á la proximidad de un barco á fin de aprovisionarse de hielo para conservar parte de los arenques; luego prosiguió hacia el Cabo de Barrow, que es el más septentrional de aquella vasta región, que pertenece á los Estados Unidos desde que Rusia la cedió por la modesta suma de treinta y ocho millones de francos.

La costa americana aparecía claramente á menos de diez millas, y era poco atractiva: una continuación de rocas más ó menos altas, aún cubiertas de nieve y flanqueadas por colinas en las que descollaban algunos abetos y pinos negros.

Todas aquellas playas que desde el Estrecho de Behring se extienden hasta el grado treinta y nueve meridiano que limita la posesión

H. B. 13. 28-

norteamericana, están casi desiertas. Solamente algunas tribus de Innuít, ó sea de esquimales, en continua guerra con la numerosa tribu de los Tananas, que habitan las orillas del Yucón, el río más grande de la región, le recorren, viviendo del producto de la pesca.

No se encuentra ningún blanco, pues nadie ha pensado en establecer una factoría de pieles ó alguna colonia, si bien se tiene noticia de que en aquellos países helados abundan las minas de oro.

También el mar seguía mostrándose desierto; no se veía ninguna vela ni pequeña embarcación ó *kayaks* esquimal. Hasta los peces se ocultaban; los tripulantes del *Taimyr* no veían aparecer uno á sus lados. Cerca de la punta Barrow, hacia las cuatro de la tarde, mientras los dos cazadores y el segundo estaban en la plataforma fumando y charlando, se vió de improviso surgir una masa enorme de agua entre una efervescencia de espumas.

Al pronto creyeron que sería el casco de alguna nave naufragada puesta á flote por alguna causa misteriosa; pero luego cayeron en la cuenta de que era un colosal cetáceo: más no una ballena de las comunes en aquellos mares, sino de las llamadas de dos espinas, que son más raras y distintas de las otras.

Aquel gigante tenía diecinueve metros, y su peso debía de ser, por lo menos, de sesenta mil kilogramos.

Estos monstruos tienen el hocico largo y obtuso, y la mandíbula inferior, más saliente que la superior, con setecientas ballenas, y dos espinas dorsales bien desarrolladas, separadas una de otra, rectas y de forma triangular. Su piel no es luciente, sino color de gris ver-

doso, mientras que sus flancos son blanco plateados.

—¡Qué corpachón!—exclamó Mac-Doil haciendo un movimiento instintivo para apartarse.—Si viene á toparnos, se estrella.

—No se atreverá—respondió Orloff.—Llevamos un espolón capaz de cortarla en dos, y aun de partirle el cráneo.

—Aun sabiendo eso, causa miedo.

—Lo creo, Mac Doil.

Sin embargo, el coloso parecía no haber visto el buque. Nadaba ligeramente levantando y bajando la cola y abriendo su enorme boca, que por lo menos media dos metros y medio, absorbiendo el agua, poblada tal vez de unos cangrejos minúsculos del diámetro de dos milímetros, que constituyen la llamada sopa de las ballenas, y se denomina *botee*.

De improviso notó la presencia del buque. Se paró de golpe mirándolo con sus ojos pequeños é inteligentes, lanzó al aire un chorro de vapor algo denso, y agitó el lomo y la cola manifestando cierta inquietud.

Vencida, al parecer, por la curiosidad, se lanzó adelante levantando una grande oleada; luego se paró en seco y se sumergió formando en la superficie un remolino.

—¡Buen viaje!—le gritó Mac Doil, satisfecho de verla desaparecer. A semejantes colosos, lo mejor es tenerlos lejos.

CAPÍTULO VIII

En el Océano Artico.

El 19 de Mayo á las tres de la tarde, frente á la punta Barrow, el *Taimyr* encontraba los primeros hielos flotantes.

El deshielo debía de haber empezado en la Tierra de Bank y en las islas del Príncipe Patrik y Tierra de Kennan, bajando los hielos hacia el Sur empujados por los vientos del Norte que durante la estación estival soplan siempre en aquellas altas latitudes.

No eran todavía las grandes montañas flotantes ó *icebergs*, sino pequeños bancos de pocos metros de extensión, unos cuarenta lo más, los cuales formaban una larga hilera ondulante.

En algunos de ellos estaban posadas diversas aves marinas que gritaban estrepitosamente, pero cuya carne no valía la pena de gastar pólvora.

El ingeniero, avisado por el timonel de la presencia de los hielos, apareció pronto en la plataforma para verlos, siguiéndole de cerca el segundo.

—¡Buena señal!—dijo el primero á Orloff.—Esto indica que este año el deshielo es temprano, lo cual nos será útil.

—Lo creo—repuso Orloff.—En Mayo no es fácil encontrar hielos flotantes, ni aun en esta latitud.—Más adelante, en Junio, vense allá á los sesenta grados de latitud, si bien su límite está fijado en los setenta grados.

—Y á los setenta grados, los grandes bancos; ¿no es verdad, señor Orloff?

—Sí, señor Nikirka.

—Tenemos tiempo antes de encontrarlos.

—Quizás los encontremos antes si vamos directamente al Norte.

—Perderemos tiempo en las costas de la isla del Rey Guillermo y ante la estrechura del río de los Grandes Peces. Ya sabéis que no dejaré estos parajes sin haber descifrado el mis-

terio que hace diez y siete años agita á los geógrafos y á los marinos de los mares de Europa y de América.

—Lo sé, señor Nikirka, y espero que vuestro *Taimyr* podrá descubrir algo.

—Sí, porque estoy resuelto á investigar el fondo del mar hasta la isla del Príncipe de Gales.

—Señores—dijo á esto Mac-Doil,—veo allá abajo una gran bandada de peces que vienen hacia aquí.

—Dejadlos que se acerquen—respondió el ingeniero.—Nada pueden contra nuestro buque.

—Veamos qué son—repuso Orloff apuntando el anteojo en dirección á la costa americana, por la que se veían numerosas masas que se agitaban en el agua.

—¿Serán morsas?—preguntó el ingeniero.

—No—respondió.—Es una banda de narvales, que avanzan creyendo tal vez que el buque es una ballena.

—Se romperán inútilmente los cuernos.

—Y nos comeremos alguno—añadió Mac-Doil.—¡Ea, Sandoe; anda por las escopetas!

Mientras el cazador bajaba aprisa para tomar las armas, acercábanse los narvales con gran rapidez, prontos á dar batalla al supuesto cetáceo.

Estos habitantes de los mares árticos son agilísimos, largos de dos metros, á veces más, y aun así, logran escapar al asalto de nadadores más rápidos, como los delfines gladiadores.

Poseen un arma que puede convertirse en formidable y peligrosa, aun para los pescadores que tripulan frágiles barcas. Es un verdadero cuerno, formado por un incisivo de la

mandíbula superior, largo de un metro y medio, acanalado en espiral, bastante agudo al extremo y compuesto de un marfil mejor que el del elefante, porque es más compacto, más duro y más apto para el pulimento.

Tal cuerno dió origen antiguamente á extrañas creencias. Se pretendía que tenía muchas virtudes, especialmente la de hacer perder su eficacia á los venenos; así se cuenta que Carlos IX de Francia, temiendo ser envenenado por los hugonotes, tan ferozmente perseguidos por él, llevaba siempre consigo un pedazo para meterlo en el líquido que bebía.

En pocos momentos los narvales estuvieron á corta distancia del buque, por más que éste navegaba al Oeste con una velocidad de 16 nudos por hora.

Eran una veintena, casi todos grandes, y avanzaban mostrando amenazadores sus formidables armas, mientras por los respiraderos lanzaban en alto chorros de agua.

Mac-Doil y Sandoe estaban apostados detrás de la barandilla de la plataforma para recibirlos con una descarga; pero el ingeniero les hizo señal de que esperasen.

Los narvales habían rodeado la popa del buque, y dando coletazos se mantenían á una distancia de treinta ó cuarenta pasos. Parecía como si antes de decidirse al asalto quisieran darse cuenta del enemigo con quien iban á habérselas. Probablemente, estaban sorprendidos no viendo la cola batir en el agua.

De cuando en cuando alguno se adelantaba con brusco ímpetu, para reunirse en seguida á los compañeros.

De improviso uno de los mayores, cuyo

cuerno media metro y medio, se precipitó hacia estribor con fulminante rapidez. Oyóse un golpe seco, y el arma, rota por la base, cayó en el mar, mientras el pobre animal, mortificado por aquella resistencia inesperada, se zambullía precipitadamente tras un instante de sorpresa.

—¡He aquí uno que no atormentará más á las pobres ballenas!—dijo Mac-Doil.

—Y que morirá, de seguro—añadió el ingeniero.

—¡Cuerno de narval!—exclamó Sandoe.

—¡Sin cuerno, ahora!—añadió el hebridano riendo.

Otro enorme macho se lanzó contra el buque, cabiéndole igual suerte y huyendo avergonzado de haber perdido su arma.

Los otros, exasperados ante la resistencia de aquel monstruo acorazado, se precipitaron en tropel contra el *Taimyr*, haciendo espumar al agua en torno y embistiéndole con ciego encarnizamiento.

El ingeniero los dejó por un momento desahogarse á su gusto; pero temiendo que la hélice pudiera resentirse por efecto de algún golpe, hizo señal á los cazadores para que dispararan.

Mac-Doil y Sandoe había escogido ya al más grande, y lo fulminaron de dos balazos en el cráneo. Al oír los dos tiros, los demás narvales se alejaron precipitadamente, dirigiéndose hacia la punta Barrow, dejando al herido, que después de dar tres ó cuatro tumbos se volvió panza arriba.

El buque hizo alto, se acercó á la presa, que, no sin fatiga, fué izada á la plataforma. Medía dos metros y ochenta centímetros, y su

cuerno, un metro treinta; de modo que era uno de los más grandes.

—Esperamos que su carne sea buena de comer—dijo Mac-Doil.

—Aunque no tan buena, es parecida á la del atún—respondió Orloff.

—Pues he oído decir al guía que es malsana.

—Los islandeses dicen que es venenosa; pero no es verdad, supuesto que los esquimales la comen. Mañana hacéis la prueba, y os aseguro que repetiréis la ración.

En el resto del día no ocurrieron más accidentes. El *Taimyr* siguió avanzando con la acostumbrada velocidad, sin perder de vista la costa americana, como si su dueño tuviera la intención de visitar las hondonadas del Mackenzie antes de subir hacia la Tierra de Banck.

A intervalos encontraba más hielos flotantes, *streams* de forma circular y *hummock*, ó sea pequeños montículos que, por ser pocos, no causaban estorbo.

Ya de noche, rebasaba la bahía de Hudson, y poco después la boca del Colville, río de largo curso donde, según parece, desagua un lago situado muy adentro en aquella vasta región de las nieves y de los hielos.

El 20 de Mayo el *Taimyr* encontraba el primero de los *icebergs*, ó montañas de hielo.

Eran siete ú ocho, de grandes dimensiones, y navegaban al Sur movidos por un fresco viento Nordeste. Aquellos colosos refulgían espléndidamente á los rayos del Sol, irisando variados matices en las facetas: algunos eran rosados, como si fueran ígneos, otros, azulados, verdes esmeraldas ó violáceos.

Millares de aves marinas los tripulaban con

cuerno media metro y medio, se precipitó hacia estribor con fulminante rapidez. Oyóse un golpe seco, y el arma, rota por la base, cayó en el mar, mientras el pobre animal, mortificado por aquella resistencia inesperada, se zambullía precipitadamente tras un instante de sorpresa.

—¡He aquí uno que no atormentará más á las pobres ballenas!—dijo Mac-Doil.

—Y que morirá, de seguro—añadió el ingeniero.

—¡Cuerno de narval!—exclamó Sandoe.

—¡Sin cuerno, ahora!—añadió el hebridano riendo.

Otro enorme macho se lanzó contra el buque, cabiéndole igual suerte y huyendo avergonzado de haber perdido su arma.

Los otros, exasperados ante la resistencia de aquel monstruo acorazado, se precipitaron en tropel contra el *Taimyr*, haciendo espumar al agua en torno y embistiéndole con ciego encarnizamiento.

El ingeniero los dejó por un momento desahogarse á su gusto; pero temiendo que la hélice pudiera resentirse por efecto de algún golpe, hizo señal á los cazadores para que dispararan.

Mac-Doil y Sandoe había escogido ya al más grande, y lo fulminaron de dos balazos en el cráneo. Al oír los dos tiros, los demás narvales se alejaron precipitadamente, dirigiéndose hacia la punta Barrow, dejando al herido, que después de dar tres ó cuatro tumbos se volvió panza arriba.

El buque hizo alto, se acercó á la presa, que, no sin fatiga, fué izada á la plataforma. Media dos metros y ochenta centímetros, y su

cuerno, un metro treinta; de modo que era uno de los más grandes.

—Esperamos que su carne sea buena de comer—dijo Mac-Doil.

—Aunque no tan buena, es parecida á la del atún—respondió Orloff.

—Pues he oído decir al guía que es malsana.

—Los islandeses dicen que es venenosa; pero no es verdad, supuesto que los esquimales la comen. Mañana hacéis la prueba, y os aseguro que repetiréis la ración.

En el resto del día no ocurrieron más accidentes. El *Taimyr* siguió avanzando con la acostumbrada velocidad, sin perder de vista la costa americana, como si su dueño tuviera la intención de visitar las hondonadas del Mackenzie antes de subir hacia la Tierra de Banck. X

A intervalos encontraba más hielos flotantes, *streams* de forma circular y *hummok*, ó sea pequeños montículos que, por ser pocos, no causaban estorbo.

Ya de noche, rebasaba la bahía de Hudson, y poco después la boca del Colville, río de largo curso donde, según parece, desagua un lago situado muy adentro en aquella vasta región de las nieves y de los hielos.

El 20 de Mayo el *Taimyr* encontraba el primero de los *icebergs*, ó montañas de hielo.

Eran siete ú ocho, de grandes dimensiones, y navegaban al Sur movidos por un fresco viento Nordeste. Aquellos colosos refulgían espléndidamente á los rayos del Sol, irisando variados matices en las facetas: algunos eran rosados, como si fueran igneos, otros, azulados, verdes esmeraldas ó violáceos.

Millares de aves marinas los tripulaban con

ensordecedor giterio: garzas marinas, ocas, *phoebetria fuliginosa*, las más pequeñas de las diomedas y albatros, que gruñían como si en aquella masa de hielo se hubiera juntado una manada de puercos.

Al divisar el barco, y creyéndolo, probablemente, la osamenta de una ballena, todos aquellos volátiles se precipitaron encima, de tal modo, que Mac-Doil y Sandoe tuvieron que rechazarlos á bastonazos.

El 21 el buque estaba en aguas del Mackenzie, uno de los mayores ríos, si no el mayor, de cuantos desaguan en el Océano Artico. Esta grande arteria que atraviesa un inmenso trecho de las posesiones inglesas de la América del Norte, y que sirve de desagadero á dos grandes lagos, el Esclavo y el Oso Grande, era desconocido en el siglo XVIII, si bien los indios hablaban de él muchas veces, pero de un modo misterioso.

José Frobisher intentó la exploración con éxito desgraciado; pero en 1789 Alejandro Mackenzie, uno de los más atrevidos viajeros, que había partido del fuerte de Chipewayas acompañado de algunos canadienses é indios, logró bajarle hasta la desembocadura á través de muchos obstáculos y peligros.

El *Taimyr*, en vez de enredarse entre las islas que se extienden ante el delta, y que aún estaban cubiertas de hielo, costeó la isla Richard, luego la de la Sociedad Geográfica, y se lanzó resueltamente hacia el Este en dirección de la vasta bahía de Liverpool.

¿Adónde iba? En vano Sandoe, y especialmente Mac-Doil, que tenía cierto conocimiento de las regiones polares, se torturaban el cerebro para averiguar la ruta precisa del bu-

que ó para estudiar los misteriosos proyectos del ingeniero, y en vano también interrogaban á Orloff, el cual se limitaba casi siempre á responder:

—Por ahora, á la Tierra de Bank.

El *Taimyr* no se decidía, sin embargo, á tomar el largo, y continuaba á la vista de la costa americana, aunque á mucha distancia para no abrirse camino á través de los numerosos hielos que le estorbaban.

No obstante, el 22, al frente de la bahía de Franklin, después de haber rebasado la pequeña península de Parry, cambió bruscamente de ruta enfilando la proa al Nor-nordeste.

—Señor Orloff—dijo Mac Doil interrogando al segundo en el salón así que aquél volvió de tomar la altura del mediodía,—¿cambiamos de camino?

—Sí—respondió sonriendo el interpelado.

—¿De modo que vamos á ver esta famosa Tierra de Bank que desde hace seis días oigo nombrar á todas horas? Debe de ser una región encantadora, que desearía ver.

—Sí; una región que hace tiritar. Veréis hielos y nieve en abundancia.

—¿Y habitantes?

—Acaso osos blancos.

—Dicen que son exquisitas las costillas asadas del oso, y sobre todo las posteriores, que saben mejor que las chuletas de cerdo.

—Sí, cuando se puede matar al poseedor de esas chuletas.

—¡Oh! ¡De eso me encargo yo! Pero decidme de una vez: ¿qué vamos á hacer á la Tierra de Bank?

—¿Habéis oído hablar de Mac-Clure?

—Si no me engaño, es un explorador polar.

—Pues bien, Mac-Doil, vamos á averiguar por ahora si además del famoso paso del Noroeste, descubierto por Mac-Clure, existe otro que sea viable para los buques.

—¿Nos lo permitirán los hielos?

—¿Qué nos importan? ¿Acaso el *Taimyr* no va provisto de un espolón de robustez excepcional?

—Lo sé, ¡por cien mil focas!—repuso Mac-Doil.—Pero ¿y si se encuentra ante montañas de hielo de espesor enorme?

—Tenemos torpedos.

—Tampoco pueden destruir un banco que tenga miles de longitud.

—En ese caso, el *Taimyr* se sumerge, y pasa por debajo.

—¡Diantre! ¡No había pensado en ello!

—Pues ya lo sabéis.

—Con vuestro buque podéis ir hasta el Polo si quisierais. ¡Qué hermoso proyecto!

—¿Lo creéis así, Mac-Doil?—repuso Orloff mirándole, mientras misteriosa sonrisa apuntaba en sus labios.

—Sí, á fe.

—Mejor para vos.

—¿Por qué decís eso?—exclamó el hebridano asombrado.

Orloff no respondió. Abrió la puerta de su camarote, y se fué silbando el *yankee dodle* americano.

CAPITULO IX

El asalto de los osos blancos.

El 24 de Mayo el *Taimyr* avistaba las costas meridionales de la Tierra de Bank, cerca de la punta Nelson.

Esta tierra es una de las menos conocidas de cuantas se encuentran al norte del continente americano, y habiendo sido poco visitada por los navegantes, que se han limitado á recorrer el litoral.

Unicamente Mac-Clure se atrevió á internarse, y pudo averiguar que toda ella es una inmensa llanura cubierta con un eterno manto de nieve y de hielo, casi privada de vegetación, salvo algunos musgos y líquenes.

Tiene una longitud de 400 kilómetros por una anchura de 230 á 250; pero no se conoce toda su extensión, que debe de ser considerable.

Sábase que hacia el Norte hay algunas bahías capaces de albergar cómodamente varios buques, y otra bahía vastísima en la costa occidental, llamada de Burnett; pero no son accesibles sino durante pocas semanas al año, por estar siempre atestadas de hielos.

El *Taimyr*, ganada la punta Nelson, se lanzó atrevidamente por el estrecho del Príncipe de Gales, explorado quince años antes por Mac-Clure, abierto entre la Tierra de Bank y la del Príncipe Alberto, otra de las más grandes y de las menos conocidas, por no estar exploradas sus costas orientales, que se suponen bañadas por el mar de Melville.

El vasto canal estaba atestado de hielos de todas formas y dimensiones capaces de detener á otro buque que no fuese el del ingeniero Nikirka.

Se veían ondular en todas direcciones enormes montañas de hielo desprendidas de las glaciares de la costa, algunas bastante altos y de agudas puntas, otras semi truncadas y á punto de deshacerse, de volcarse; luego se descubrían bancos de enormes dimensiones

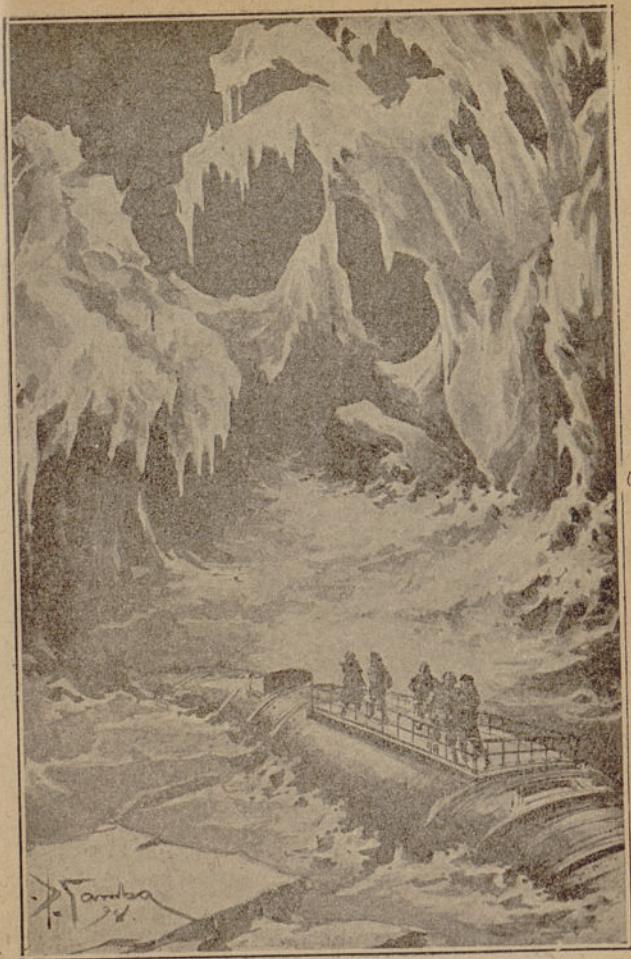
que la corriente polar llevaba á través del estrecho, y hielos más pequeños, *palks*, *streams* y *hummoks*, que se rompían tropezando confusamente unos con otros.

De vez en cuando encontrábanse dos colosos y, perdido el equilibrio, precipitábanse uno contra otro con tal estrépito, que parecía el estallido de una mina ó el retumbar de muchos cañones. Otras veces las montañas minadas en la base por el agua, que debía de estar menos fría que el aire, se desplomaban bruscamente, haciendo huir á las aves marinas que anidaban en sus cimas, abismándose entre ondas monstruosas, volviendo á surgir de un gran salto, y mostrando otras puntas y ángulos rebosantes de agua.

A pesar de estos numerosos obstáculos, el *Taimyr*, avanzaba rápidamente en el ancho canal, sin moderar su velocidad, que llegaba á 18 nudos. Se deslizaba, por decirlo así, entre las montañas, y cuando se encontraba frente á los bancos, los acometía á espilonazos, sin retroceder un paso. Era, en verdad, un poderoso ariete, sólido como un bloque de granito, capaz de demoler y abrirse paso en un campo de hielo de grandes dimensiones y de notable espesor.

Mac-Doil y Sandoe, que se divertían en presenciar aquella lucha formidable entre los colosos de las regiones árticas, no dejaban la plataforma, con la esperanza también de sorprender alguna pieza de caza.

Emperose desengañaron, porque, al parecer, las orillas de la Tierra del Príncipe Alberto, que el *Taimyr* costeaba entonces, estaban desiertas. Habíanse visto unas focas, pero á tanta distancia, que era imposible capturarlas.



De vez en cuando encontrábanse dos colosos, y perdido
el equilibrio...

De noche se acercó el buque á un banco de hielo que se destacaba en la playa de la Tierra del Príncipe Alberto, y por vez primera se paró.

Temía el ingeniero ir á chocar contra algún *ice berg* inestable, por más que el buque disponía de un potente reflector eléctrico, ó bien que el canal se cerrara bruscamente, ó acaso lo uno y lo otro.

Mac-Doil y Sandoe se aprovecharon para estirar las piernas y hacer algunos disparos á las aves marinas, que en gran número anidaban en las orillas.

Habían matado ya algunas piezas y se disponían á regresar á bordo, cuando Camo, que los acompañaba, manifestó de repente viva inquietud.

Olfateaba en dirección de las pequeñas colinas que surgían á pocos centenares de metros de la costa, contraía la nariz como si recogiera lejanas emanaciones, y gruñendo amenazador.

—¿Habrà alguna foca ahí cerca?—preguntó Mac-Doil mirando cuidadosamente alrededor. —Por más que estos anfibios no dan más que aceite y buena piel, no me desagradaría llevar alguno á bordo.

—A estas horas no se dejarán coger tan fácilmente. El Sol está para ponerse y las focas se ocultan en sus agujeros para volver al agua—repuso Sandoe.

—Los cazaremos mañana temprano, si el buque sigue parado. Vamos á descansar, Sandoe.

Miraron por última vez aquella desolada costa, cuyas nieves y hielos despedían extraños matices violáceos á los postreros rayos del

Sol poniente, y volvieron al buque, que estaba cerca de la costa amarrado á una roca.

Parecía que todos estaban acostados, por que un silencio absoluto reinaba á bordo. La misma luz eléctrica estaba apagada, quizás para no llamar la atención de los animales peligrosos. Los dos cazadores llegaron á sus camarotes y se subieron á sus hamacas, bien forradas de pieles, preparándose á echar un buen sueño.

Serían las dos cuando fueron bruscamente despertados por unos fuertes ladridos de Camo, que retumbaban sonoramente en el interior del buque. No parecía sino que el enorme mastín se las había con alguien, pues ladraba con furia, como si se dispusiera á hacer presa con sus dientes

—¿Qué será?—dijo el hebridano levantándose prestamente, muy á pesar suyo.

—Parece que Camo está irritado—repuso Sandoe.

—Pero mucho—añadió Mac-Doil.

En aquel instante se oyó al mastín lanzar un alarido como de dolor.

Los dos cazadores no vacilaron más. Persuadidos de que algo grave acontecía fuera, se descolgaron de las hamacas, y abriendo la puerta, se precipitaron escalera arriba; pero á los pocos pasos se detuvieron.

—¡Rayos y truenos!—exclamó Mac-Doil.

A la incierta claridad del alba que entraba por la escotilla, entoncea abierta, habían visto una masa enorme y blanquecina que bajaba la escalera de la plataforma. Ambos cazadores vieron lo que era.

—¡Un oso!—dijo Mac-Doil, que iba delante.—
¡A las armas, Sandoe!

Retiráronse precipitadamente, y cerraron la puerta con cerrojo, sabiendo con qué adversario se las habían.

Buscaban á tientas las escopetas, cuando se dejó oír la voz de un marinero que gritaba:

—¿Quién vive?

—¡No salgáis!—tronó Mac-Doil.—¡Afuera hay osos blancos!

—¡Luz, luz! ¡Encended el reflector!—gritaba Sandoe, que no podía dar con sus armas ni con las municiones.

—¡Hola! ¿Qué sucede?—gritó el ingeniero desde el camarote contiguo al de los dos cazadores.

—¡Si estimáis vuestra vida, no abráis!—dijo Mac-Doil.—¡El buque está invadido por osos blancos!

—¿Son muchos?

—Sólo he visto uno; pero oigo á mi perro ladrar en la plataforma, y temo que haya más.

—¡A la máquina!—gritó el ingeniero.—¡Encended la lámpara eléctrica!

Los marineros debían de estar recluidos en la popa, porque un instante después se encendió la lámpara, en tanto que se oía á la hélice ponerse en movimiento.

Los dos cazadores habían encontrado sus armas y sus cuchillos. Se acercaron á la puerta para comprobar si el animal visto estaba aún al pie de la escalera; pero Camo ladraba de tal modo, que no dejaba oír nada.

—¡Salgamos!—dijo Mac-Doil.—Tengamos calma, y no disparemos sino á quemarropa.

Corrieron el cerrojo; pero antes de que pudieran retroceder para abrir la puerta, ésta fué violentamente empujada, y un oso enorme

se precipitó en la estancia lanzando un sordo rugido.

Aquel feroz habitante del país de los hielos medía por lo menos dos metros de longitud, y debía de pesar ochocientos kilogramos, á juzgar por su corpulencia. Era, por consiguiente, un adversario verdaderamente formidable, que poseía además de sus robustos dientes y afiladas uñas, una fuerza realmente prodigiosa.

Al precipitarse en el camarote, pareció sorprenderse ante los dos hombres; pero su estupor duró un instante, porque de un salto extraordinario, que no podía esperarse de un cuerpo tan macizo, se abalanzó sobre Sandoe con tal furia, que le derribó antes de que el cazador tuviera tiempo para apuntarle.

Pero Mac-Doil, avezado á habérselas con los gigantes de la región americana, y que ya había derribado no pocos osos grises, que son más grandes que los blancos, no había perdido su sangre fría.

Rápidamente dió un paso atrás y descargó sobre la cara de la fiera las dos balas de su escopeta.

Las heridas debían de ser mortales, porque los dos proyectiles rompieron los huesos del cuello; pero el oso no cayó al pronto, sino que, poniéndose sobre las patas traseras y emitiendo un grito parecido al de las mulas, abandonó á Sandoe y salió del camarote, esperando tal vez llegar á la plataforma y saltar al agua.

Pero al pie de la escalera se encontró con otro terrible adversario, el mastín del Thibet, que al oír disparar la escopeta, y suponiendo á su amo en peligro, corría en su ayuda.



... de un salto extraordinario, que no podía esperarse...

El enorme can se abalanzó con furor inaudito á la espalda del oso, haciéndole crujir los huesos.

El herido, que iba perdiendo sangre á borbotones de la herida abierta, se dejó caer sobre las patas anteriores, esperando aplastar al perro; pero éste de un salto se libró de la carga rugiendo como un tigre.

La lucha fué tan rápida, que antes que Sandoe se hubiese incorporado escopeta en mano, el oso vacía en tierra destrozado y agonizante.

—¡Bravo, Camo!—gritó Mac Doil, que volvía de cargar su arma.

En aquel momento el ingeniero y Orloff, armados también de carabinas, se lanzaban fuera de sus camarotes, mientras el buque, desatada la maroma que le tenía amarrado á la costa, se ponía en marcha á toda velocidad.

—¿Muerto?—preguntó Nikirka.

—Sí, señor—respondió Mac Doil.—Le heri de dos tiros; pero estos animales tienen la piel tan dura, que aún vivía, y á no ser por este perro... Sandoe, ¿estáis herido?

—No; pero si tardáis un poco más, el brión me aplasta el cráneo como un bizcocho.

—¡Eh!...—exclamó en aquel instante Orloff.

—Páreceme oír gruñidos en la plataforma.

—¿Si serán otros osos?—dijo el ingeniero.

—Vamos á verlo—dijo el hebridano.

—Bastará cerrar la escotilla—añadió Nikirka.

A una señal suya, dos marineros que habían acudido armados de hachas, hicieron ademán de lanzarse á la escalinata; pero Camo se les adelantó.

En tres brincos saltó las gradas y llegó á la

plataforma, donde se puso á ladrar furiosamente.

—¡Diantre!—exclamó Sandoe.—¡Hemos embarcado una tropa de osos!

—Se divierten en hacer un viaje sin pagar el transporte—repuso Mac-Doil.—Veamos de echar al agua á estos intrusos.

—¡Calma, amigos míos!—dijo el ingeniero.— Pueden ser muchos, y son animales peligrosos.

—Lo sé; pero si no se los arroja de la plataforma, bajarán aquí. ¡Vamos, Sandoe; que pueden estropearme el perro!

Lanzáronse ambos á la escalera seguidos de Orloff, de Nikirka y de dos marineros, y llegaron á la plataforma.

Tres osos reunidos á proa trataban de herir al perro, refugiado en un rincón de la cancela. Las tres fieras parecían inquietas notando que el buque andaba y viendo el agua correr espumante á su alrededor; pero no se decidían á echarse al mar, aunque estos animales son excelentes nadadores.

Pero al ver aparecer á los hombres armados, trotaron hasta la extremidad de la plataforma y se precipitaron al agua, acompañados de una descarga cerrada.

Uno de los osos, herido en el cráneo, fué pronto á pique como una masa de plomo; los otros dos volvieron á la superficie á doscientos metros de la popa, nadando vigorosamente hacia la costa, distante unos cuatro kilómetros.

—¡Buen viaje!—gritó Mac Doil.—¡Ya sé que sois buenos nadadores y que llegaréis á la playa!

— Aunque distara cincuenta millas, conseguirían alcanzarla—dijo el ingeniero.

—Para otra vez, tengamos cuidado en no dejar abierta la escotilla—repuso Orloff.

—Muy hambrientos estarían, porque por lo regular huyen del hombre.

—Yo creo que tomaron al buque por el cuerpo de una ballena.

—Es probable, señor Orloff.

—De todos modos, nuestra despensa se ha enriquecido con carne fresca—dijo Mac-Doil.

—La carne de oso blanco es excelente.

—Es verdad—respondió Orloff.

—Salvo el hígado, que dicen que es venenoso.

—No siempre, Mac-Doil. Algunos marineros lo han comido impunemente, otros han enfermado y otros han muerto atacados de agudos dolores y de temibles diarreas. Ello es que los esquimales se lo dan á los perros, y nosotros haremos bien en tirarlo al agua para que no pueda siquiera hacer daño al valiente Camo.

—Decidme: ¿habéis muerto otros osos blancos?—preguntó el ingeniero á Mac-Doil y Sandoe.

—Nunca—respondieron los dos cazadores.

—Pues me consta que la Compañía de las pieles envía á Europa de mil á mil doscientas pieles al año.

—Es cierto—dijo Mac Doil.—Son los cazadores de las costas septentrionales. En nuestro distrito sólo se matan osos negros y grises.

—¿Y coméis su carne?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, os conferimos el encargo de prepararnos para la mesa una ración de oso.

—¡Con mil amores! Me pinto solo para hacer un asado. ¿Verdad, Sandoe?



CAPITULO X

En medio de los hielos.

Veinticuatro horas después el *Taimyr* salía del Estrecho del Príncipe de Gales, confirmando la suposición de Mac-Clure; esto es, que el canal desembocaba libremente en el de Melville.

Contra lo que esperaban los dos cazadores, el buque, en vez de seguir al Norte, tomó bruscamente al Sudeste, como si el ingeniero tuviera el propósito de bajar á la costa americana á través del Estrecho de Mac-Clintock.

¿Quería ver la costa oriental del Príncipe Alberto, aún inexplorada, y visitar la Tierra Victoria, terminando el viaje polar en el paralelo 79°? Nadie lo sabía, pues el mismo Orloff, interrogado por los cazadores, se encerró en una reserva absoluta.

La navegación del *Taimyr* era cada vez más ardua, pues no parecía sino que en el mar de Melville se hubieran congregado todos los hielos destacados de la costa de la Tierra del Príncipe Alberto y de Bank, de la isla de Melville, del Príncipe de Gales, del Rey Guillermo, de Bathurst y de la península de Boothia.

Era una sucesión continua de *ice-bergs* de enormes dimensiones, que avanzaban cabeceando peligrosamente y amenazando á cada paso caer sobre el buque y romperlo, á pesar de su robusta coraza de acero. Eran *packs*, *hummoks*, *streams* y *wacke*, con oquedades en su interior. Hacia el Sudeste y Noroeste

veíanse bancos con una circunferencia de quince á veinte millas, verdaderos *packs*, que no debían de tardar en convertirse en *ice-fields*.

Los reflejos que aquellos hielos despedían á la luz solar eran tan intensos, que cegaban. En medio de las masas que la corriente de los estrechos de Barrow, de Franklin, de Banck y de Mac-Clintock arrastraba al mar de Melville, acumulándolas en este vasto depósito, se veían numerosos anfibios calentándose á los tibios rayos del Sol.

En su mayoría eran focas, llamadas comúnmente de Groenlandia, *kadolik* por los esquimales, poco más largas de un metro, de pelo espeso y corto, color gris y cabos negros, y en la espalda una señal en forma de herradura muy oscura.

Distinguíamos muchas hembras fáciles de notar por su tamaño, inferior al de los machos y por la coloración azul de la herradura mencionada. Algunas de ellas jugueteaban con sus crías, de color blanco.

Tales focas son las más numerosas de todas, por más que son tenazmente perseguidas por todos los esquimales del continente, de las islas y de la Groenlandia, y por los cazadores de la bahía de Hudson. Se calcula que se matan al año cien mil, sin que esta carnicería disminuya la especie.

Sin estos anfibios, probablemente las tribus esquimales habrían mermado, pues aquéllos ofrecen mil recursos á los míseros habitantes de las regiones polares.

No menos numerosas eran las aves marinas y terrestres.

El *Taimyr* seguía avanzando penosamente á velocidad moderada, procurando mantener-

se á distancia de los *ice-bergs* que podían averiarlo y aun destrozarlo.

Espoloneaba furiosamente los hielos menores cortándolos como una navaja de filo colosal; atacaba los bancos, disgregándolos con golpe atronador; lanzábase fuera del agua moviendo furiosamente las hélices, que dejaba caer en medio de aquellos obstáculos, desmenuzándolos ó cortándolos con el espolón.

Orloff estaba en el timón guiando el coloso de acero. En sus manos, el gigantesco huso parecía un juguete, y lo lanzaba á derecha, á izquierda y al frente con precisión y seguridad maravillosas.

El ingeniero y los dos cazadores asistían desde la plataforma á aquella lucha monstruosa ante la fuerza mecánica y la resistencia inerte, pero siempre formidable, de aquellos albos y enormes colosos polares.

Una sonrisa de triunfo se dibujaba en los labios del valiente finlandés viendo á su monstruo acorazado asaltar y demoler aquellos hielos que por tantos siglos detuvieron los buques de los más intrépidos marinos de ambos mundos. Mac-Doil y Sandoe, no pudiendo reprimir su entusiasmo, lanzaban á porrillo enérgicos ¡cuernos de narval! y ¡por cien mil focas!

Pero aquella lucha no podía durar mucho, porque los grandes bancos no estaban lejos, y el buque, por robusto que fuera, no podía combatir aquella extensión inmensa de hielo compacto y de tanto espesor.

Orloff seguía haciendo trabajar el espolón como si quisiera probar la potencia del buque, y no cesaba de empujar á éste contra los hielos con una tenacidad rayana en locura.

Hasta había momentos en que osaba atacar los pequeños *ice-bergs*, á riesgo de derribarlos bruscamente sobre la proa.

En tan terribles choques, la máquina de acero retumbaba como si en su centro reventara una mina; pero ninguna de sus planchas vibraba: parecía formar una masa compacta.

Ya la lucha duraba media hora, cuando el ingeniero dió orden de parar la máquina. El *Taimyr* se encontraba entonces á unos doscientos pasos de un banco que tendría una circunferencia de doce millas.

—Bajad—dijo Nikirka á los dos cazadores. —Vamos á descender media hora.

Los cazadores bajaron con el ingeniero y se cerró la escotilla, en tanto que las hélices se ponían en movimiento á pequeña velocidad. Los tambores laterales quedaron abiertos para que entrara luz en los camarotes y en el salón; pero, con gran sorpresa de los cazadores, no se encendieron las lámparas eléctricas.

—Debajo de este banco no puede pasar la luz solar—dijo Mac-Doil. —Supongo que no iremos á ciegas, á riesgo de tropezar contra algún obstáculo.

—¡A doscientos metros!—se oyó gritar en aquel instante al ingeniero.

—¡Oh, oh!—exclamó Sandoe. —¡Bajamos más que la otra vez!

—No tengas cuidado; el buque es de confianza.

—Losé, Mac-Doil; pero quisiera saber adónde nos llevan estos hombres. ¿Sabes que es enojoso andar por estos lugares sin saber positivamente adónde?

—Son mudos como peces, y no hay medio de sacar nada en limpio. Comoquiera que sea, pagan bien y los seguiremos adonde quieran.

—¿Al Polo también?

—También. He tomado gusto á los osos blancos. ¡Ah! ¡Ya funcionan las hélices y nos hundimos! ¡Vamos á ver si hay peces!

En aquel momento el buque se sumergía lentamente para pasar el gran banco.

A doscientos metros de profundidad contuvo su descenso y siguió adelante á la pequeña velocidad de diez nudos.

Si bien había descendido más que la vez anterior, se veía bien en el salón donde estaban juntos el ingeniero y los dos cazadores. Era una luz tenue ligeramente verdosa, que de cuando en cuando se hacia más clara, como si el buque fuera encontrando lámparas eléctricas en el trayecto.

—¿De qué provienen estos extraños resplandores?—preguntó Sandoe al ingeniero, el cual no apartaba los ojos de una brújula puesta sobre una mesa.

—Es el reflejo de los hielos.

—¡Cosa extraña!—exclamó Mac-Doil.—Yo creía que no se veía debajo de los hielos.

—¿Por qué?

—Lo había oído decir así.

—¿Cómo os explicáis, entonces, que encima de los hielos se descubra aquella irradiación blanquecina que los navegantes polares llaman *ice blink*, y que no consiguen sofocar las nieblas mismas? Por qué los hielos no habían de transmitir por debajo una parte de esa luz. En esa confianza navego por debajo de este grande *pack* que estorbaba el paso, compro-

bando de una vez la luz que algunos ponían en duda (1). Ya podéis verla.

En aquel instante la luz de la estancia se hizo más diáfana, y hasta el agua que corría por los flancos del buque tenía reflejos perla-dos, como si á trechos recogiese los rayos luminosos.

Es cierto que á veces se hacia obscura á causa tal vez de algunas capas de nieve acumulada en el banco y que interceptaba la luz solar; pero los hielos proyectaban siempre el *ice-blink* lo bastante para ver los pocos peces que se divisaban por los tambores.

Poco á poco el buque aceleró su marcha. Orloff, que lo guiaba desde proa, seguro ya de no encontrar obstáculo debajo del *pack* á aquella profundidad de doscientos metros, había mandado seguir la marcha á quince nudos.

A través de los gruesos vidrios de babor, los dos cazadores espiaban con curiosidad á los raros habitantes de aquel mar: algún tropel de arenques, algún delfin ó narvales que rozaban con su cuerno los vidrios.

—Señor Nikirka—dijo de pronto Mac-Doil después de echar una ojeada á un termómetro allí colgado,—observo algo que no me explico. La temperatura ha subido. Antes que el *Taimyr* se sumergiese, el termómetro señalaba ocho grados, y ahora marca cuatro más y tiende á subir. De suerte que hace más frío encima de los hielos que debajo.

—¿Os sorprende eso?

—Mucho, porque creía que el agua estaría

(1) Este temor erróneo había preocupado también al señor G. L. Pesce, que en la *Revue Scientifique* de 1896 había proyectado ir al Polo Sur en un buque submarino.

más fría, especialmente á una profundidad como la en que estamos.

—Es verdad que cada metro que se baje se encuentra el agua más fría; pero la temperatura es siempre menor que la de la superficie. En estas altas latitudes se ha observado que bajo los hielos hace mucho menos frío, mientras que en los otros mares, en los ecuatoriales y tropicales, todo lo contrario; es decir, que el agua es muy caliente en la superficie, pero á cierta profundidad... ¡Hola! Hemos pasado el banco. ¡Ved la luz del Sol!

—¡Yo veo caza!—dijo Sandoe.

—¡Salgamos!—repuso el ingeniero.

Oyendo hablar de caza, Mac-Doil dió un salto hacia el objetivo de cristal, descubriendo efectivamente unos cuerpos de enormes dimensiones que se agitaban á los lados del buque, que andaba despacio.

—¡Son vacas marinas!—exclamó.—¡Es carne fresca!—añadió volviéndose al ingeniero.

—Mejor es el aceite que de ellas se recoge—repuso éste.

—¡Las escopetas, Sandoe!

—¿Qué intentáis hacer?—preguntó el ingeniero.

—Matar vacas.

—¿Para verlas hundirse en seguida? En esta caza, lo mejor es usar el arpón esquimal, que es la mejor arma. Dejad hacer á mis marineros: ya veréis como cogen algunos de estos colosos.

Oprimió un botón eléctrico, y funcionando las bombas expelentes, á poco subió á flote el *Taimyr*.

Mac-Doil y Sandoe se lanzaron á la escalera en el preciso momento en que dos marineros abrían la escotilla.

Casi súbitamente oyóse fuera un concierto ensordecedor de mugidos, como si el buque se encontrara en medio de una dehesa llena de toros encelados.

CAPITULO XI

Una caza de vacas marinas.

Un extraño espectáculo esperaba á los dos cazadores.

Una manada compuesta de un centenar ó más de animales de volumen extraordinario tenía cercado el buque, el cual se había detenido, mientras los anfibios mugían á más y mejor. Eran vacas marinas, llamadas *awak* por los esquimales.

Estos anfibios de los mares polares miden generalmente cuatro metros, con una circunferencia de tres y cuatro. Tales monstruos, que por su configuración se parecen á las focas, son de cabeza pequeña, hocico corto y obtuso, labios bigotudos, erizados como los de los gatos, y piel rugosa, llena de protuberancias producidas por las cicatrices de las heridas en sus luchas sangrientas con sus congéneres.

Acostumbran vivir en manadas numerosas en las inmediaciones de la costa, á la cual se retiran para descansar ó calentarse á los rayos del Sol, sin que por eso se dejen sorprender, pues tienen centinelas apostadas para advertirles cualquier peligro.

La manada que había rodeado el *Taimyr* debía de pertenecer á Tierra Victoria, cuyas costas se entreveían tras las montañas de

hielo que le bloqueaban, ó quizás estaban en aquel mar buscando moluscos, algas ó peces, que constituyen la principal alimentación de estos enormes anfibios.

A fuer de muy curiosos, según todos los viajeros árticos, habían acudido á ver aquella especie de cetáceo, creyendo tal vez que sería una ballena, para echarse encima.

Al ver á los cazadores, se apartaron prudentemente algunos metros, pero sin dejar de mirarlos con sus ojuelos brillantes, ni de rugir. Algunos machos viejos trataban, sin embargo, de morder el acero del buque con sus enormes caninos, que miden ochenta y noventa centímetros y pesan hasta cinco kilogramos.

—¡Qué animalitos! — exclamó Mac-Doil. — ¡Alguno hay que pesará una tonelada!

—Y más — repuso Orloff, que se había reunido con ellos.

—¿Es buena su carne? Tengo entendido que la comen los esquimales.

—Así es; pero es dura y tiene un sabor aceitoso que no me place. Lo que sí es apetitoso es la lengua, que he gustado muchas veces.

—He oído decir que las cazan encarnizadamente.

—Sí, aunque con menos provecho que á los osos blancos. Se calcula que de una vaca marina se sacan, entre la grasa, los colmillos, que son de buen marfil, y la piel, cerca de diez y ocho dollars (noventa pesetas).

—¡No vale la pena de matarla!

—Pues los cazadores de vacas hacen buen negocio matando muchos de estos animales y sin correr riesgo alguno, por más que estos anfibios son muy vengativos y se defienden fe-

rozmente en el agua. Básteos saber que se mandan anualmente á los mercados europeos de veinticinco á treinta mil kilos de su marfil.

—¿A cómo se pagan sus colmillos?

—A ocho francos el kilo los grandes, y á seis los más pequeños.

—No es mala ganancia, añadida á la de la piel y del aceite. Los cazadores deben de hacer estragos.

—Hasta el punto de que las vacas disminuyen, y acabarán por desaparecer en tiempo no lejano.

Durante esta conversación salieron dos marineros á la plataforma con arpones atados á sólidas cuerdas, á fin de acechar el momento oportuno para dar un buen golpe.

No tuvieron que aguardar mucho. Las vacas parecían atacadas de creciente curiosidad, y habían vuelto á rodear el buque, tratando de subir por las esferoides de proa y popa. Dos arpones tirados por brazos vigorosos hirieron á un grueso macho armado de largos dientes. Al sentirse herido, se sumergió dando un prolongado mugido; pero, arrastrado por las cuerdas, reapareció en la superficie tiñendo el agua de encarnado.

Los dos cazadores ayudaron á los marineros, temerosos de que la presa se soltara; pero dejaron las cuerdas para aferrar los arpones que el ingeniero les presentaba.

Las demás vacas, viendo herido á un compañero, se arrojaron contra el buque, mugiendo terriblemente, resueltas á vengar al moribundo.

Machos y hembras se apiñaban confusamente en torno de la plataforma, batiendo furiosamente el agua con sus colas, enseñando

los dientes, y haciendo locos esfuerzos para atacar á sus enemigos, sin hacer caso de los ladridos de Camo.

La horda daba miedo, y mal lo hubieran pasado los cazadores si montasen una chalupa en vez de un buque de acero.

Algunos machos habian conseguido asaltar la popa del *Taimyr* y se arrastraban sobre las planchas metalicas, que mordian rabiosamente con los dientes creyendo hacer mella en ellas, en tanto que otros lograban encastrarse á la balaustrada de la plataforma.

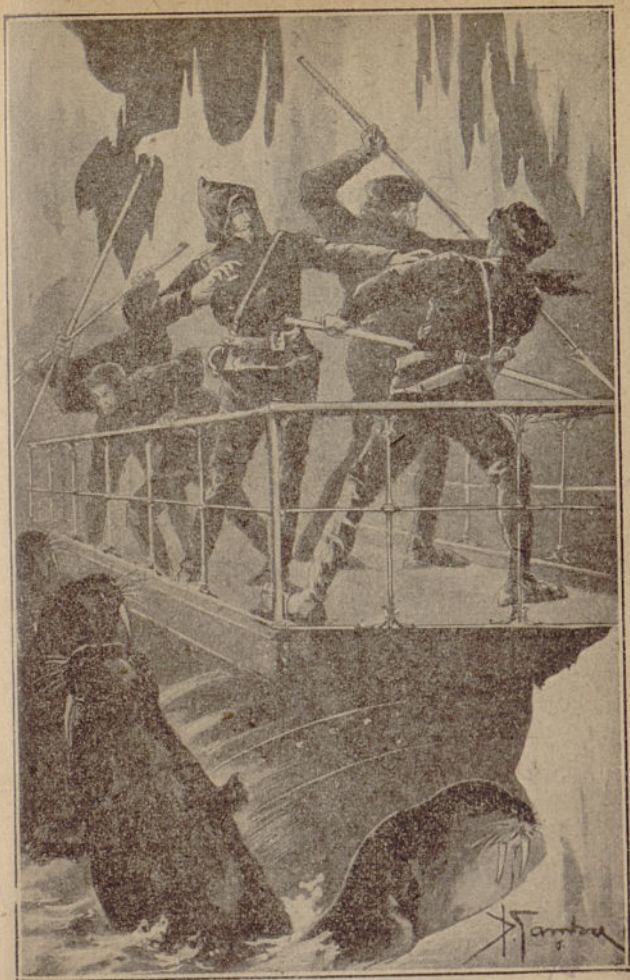
Mac Doil y Sandoe, empuñando los arpones, se disponían á hacer una matanza de aquellos pobres animales; pero el ingeniero los contuvo diciendo:

—Es inútil matarlos para perderlos. Bastantes enemigos tienen para que los rematemos sin necesidad. Limitémonos á rechazar á los que puedan causar daño en la balaustrada.

Dos marineros, ayudados por Orloff, trataban en tanto de remolcar al viejo macho; pero éste se defendía poderosamente, no obstante haber perdido tanta sangre, que el agua estaba teñida enteramente de rojo.

No sobrevivió mucho, porque los dos arpones le habian herido gravemente. Cuando el ingeniero le vió izado, mandó seguir la marcha para desembarazarse de aquella multitud de adversarios. Las vacas, viendo al buque marchar velozmente, se aprestaron á abandonarlo, si bien siguieron mugiendo temerosamente y batiendo el agua con furia.

Alejado el peligro, los marineros y los dos cazadores se apoderaron de la presa, que pesaba más de mil kilos. Mac-Doil apartó la lengua para salarla, se recogió la grasa cuida-



—Es inútil matarlos para perderlos.

8

dosamente para lubricar las piezas de la máquina, y la piel fué reservada á Camo, por no poder utilizarla de momento.

Durante esta faena el *Taimyr* continuaba rápidamente al Sudeste, guiado por Orloff, que había vuelto á su puesto. Como los hielos seguían siendo numerosos, iban dejando canales bastante anchos para el paso del buque, circunstancia que aprovechaba Orloff para guiarlo con sin igual pericia.

En aquella jornada el *Taimyr* hubo de descender otras dos veces para pasar debajo de dos vastos campos de hielo que se dirigían al Sur, como si se hubieran desprendido de la isla del Príncipe de Gales.

De noche siguió su ruta sin amenguar la marcha. En las tres horas que el Sol se mantuvo en el horizonte, el potente reflector de popa fulguró en los hielos sus haces luminosos, arrancándoles destellos diamantinos.

Al parecer, el ingeniero tenía prisa en arribar al sitio prefijado y no quería detenerse ni siquiera de noche, por más peligros que amenazaran al buque.

En la mañana del 27 de Mayo el *Taimyr* avistaba la costa oriental de la Tierra Victoria y seguía hacia la del Rey Guillermo, isla de considerable extensión entre la larga península de Boothia al Este, la península Adelaida al Sur, y el estrecho Victoria al Oeste.

Algo había de suceder en breve que diera á los dos cazadores una explicación acerca de la ruta inexplicable hacia las costas septentrionales del continente americano, porque el ingeniero y Orloff daban muestras de cierta agitación. Con frecuencia se asomaban á la plataforma, apuntaban los catalejos al Este,

y examinando con atención los mapas geográficos, hablaban animadamente.

Al mediodía salieron de nuevo para tomar la altura con el mayor cuidado mientras el buque seguía con una velocidad de 18 nudos por hora, rapidez nueva hasta entonces.

—Algo va á suceder—dijo Mac-Doil á Sandoe, que seguía atentamente las diversas maniobras de los comandantes.

—¿Si estará por terminar el viaje?

—O por empezar. No se regalan diez mil dollars por un simple paseo por los hielos.

—¿Qué vendrán á buscar aquí?

—Confío en que lo sabremos dentro de poco.

—¿Ves algo extraordinario?

—No veo más que una costa cubierta de hielos.

—¿Si buscarán algún hombre?

—¿En estos parajes? ¡Si no hay más que osos blancos!

—¡Silencio!

El segundo de á bordo, después de tomar la altura, decía al ingeniero:

—¡Ya estamos!

—¿De veras?

—Estamos á sesenta y nueve grados cinco minutos de latitud, y noventa y ocho grados veintitrés minutos de longitud, meridiano de Greenwich.

—La corriente los ha arrastrado durante veinte meses.

—Pero en tan largo tiempo sólo han corrido veinte millas, conforme decía el documento hallado en los dos *cairn* erigidos en la costa del Rey Guillermo por el teniente Gore y el señor Veaux.

—En ese caso. podemos encontrarlos inves-

tigando el fondo marino. ¿Habéis hecho tirar la sonda?

—Hace media hora. Ha dado mil ochenta metros.

—No creía yo que este canal tuviera tanta profundidad.

—Ya sabéis que el *Taimyr* puede descender más aún.

—Lo hemos probado, y sabemos cuál es su resistencia, señor Orloff; pero habrá poca claridad.

—La luz eléctrica reemplazará á la del Sol, señor Nikirka.

—¿Cuántas horas necesitamos para llegar á la boca del Pez Grande?

—Podemos llegar en treinta. ¿Queréis explorar aquel delta?

—Desearia encontrar algunos esquimales.

—Los encontraremos, sin duda, pues ha empezado la temporada de la pesca.

—Espero encontrar algún recuerdo y poder hacer alguna luz sobre el triste fin de los últimos compañeros de aquel desventurado. ¿Quién puede afirmar que hayan muerto todos?

—Ya han transcurrido diecinueve años.

—Alguno pudo quedar prisionero, ó desesperando de poder atravesar sólo los inmensos territorios que le separan de los colonos europeos, se habrá quedado en definitiva haciéndose adoptar por alguna tribu.

—Cabe en lo posible. ¿Doy orden de sumergirnos?

—Sí, señor Orloff: estoy impaciente por sondear este mar.

—Bajad—dijo Orloff á los cazadores.—Vamos á visitar el fondo marino.

—¿Y podremos verlo?

—Nadie os impide verlo á vuestro antojo.

—Vamos, Sandoe. Creo que semejante espectáculo está vedado á todo el mundo.

Bajaron al salón y se pusieron tras los vidrios de los tambores, ya abiertos, mientras los marineros se aprestaban á cerrar la escotilla.

—¿Has oído, Mac Doil?—preguntó Sandoe.

—¿Sabes de qué se trata?

—Todavía no; pero me parece que de buscar algo en el fondo del mar. He oído hablar de muertos.

—Y yo, de vivos desaparecidos hace ya diez y nueve años. ¿Qué historia será ésa? No lo adivino; pero ojos tenemos, y veremos de qué se trata.

En esto las hélices laterales empezaron á funcionar imprimiendo al buque un leve balanceo, y el ingeniero y Orloff se presentaron en el salón juntándose á los cazadores.

CAPITULO XII

En el fondo del mar.

Bajaba el *Taimyr* lentamente al báratro del Océano ártico manteniéndose ligeramente inclinado hacia popa.

La luz se cernía gradualmente en el salón, y el agua del mar se volvía poco á poco de color azul más obscuro, cortado por estrias más ó menos claras, producidas, al parecer, por el reflejo de las masas de hielo ó por la refracción de los rayos solares á través de los *ice-bergs* flotantes en la superficie.

Algún pez grande aparecía, si bien confundidamente, desapareciendo antes de que los dos cazadores pudieran darse cuenta de la especie á que pertenecía; pero bien pronto dejaron de ver seres vivientes, que parecían temerosos de los abismos marinos.

El *Taimyr* continuaba sumergiéndose, conservando siempre su inclinación de popa, mientras las dos hélices funcionaban con mayor velocidad para vencer la fuerte resistencia del agua, que tendía á subir al colosal cilindro lleno de aire.

El ingeniero, con los ojos clavados en el dinamómetro, contaba:

—Doscientos, trescientos, cuatrocientos...

—¡Diablo!—murmuró Mac-Doil oyendo este cuatrocientos.—¿Adónde vamos á parar?

La inmersión del buque iba siendo cada vez más lenta y fatigosa, no obstante el furioso aleteo de las dos hélices, cuyos broncos golpes se oían en el salón. Las máquinas debían de funcionar febrilmente, porque el golpe de los émbolos hacía temblar la armazón del buque, que soportaba una presión enorme, aunque no la que se calculaba antes á tanta profundidad.

La luz, en tanto, se amortiguaba, pero permitía ver confundidamente á través de los vidrios.

A quinientos metros era tan débil, que parecía la luz crepuscular. A aquella considerable profundidad, la luz solar era absorbida por la enorme capa de agua, aunque no tanto que la extinguiese completamente.

De pronto Mac Doil, que miraba ansiosamente á través de la gran lente de cristal, se volvió al ingeniero y dijo:

—¡Mirad!

A favor de la débil claridad veíanse surgir de la profundidad del Océano ártico como inmensas serpientes dentelladas, de color obscuro, rígidas, como si fueran de metal, pero que se contraían y enroscaban como si sobre ellas pasase una rápida é impetuosa corriente de agua.

—Son algas—dijo el ingeniero.

—¿A tanta profundidad?

—Ya os dije que en estos mares el agua del fondo es menos fría que en la superficie y permite el desarrollo de la vegetación mejor que afuera.

—Esas algas deben de ser enormes.

—No me sorprendería que tuvieran de ochocientos á mil pies—repuso el ingeniero.

El cual, volviéndose á Orloff, continuó:

—¿No os parece que estas algas son parecidas á las que forman el *kelp* de los mares australes?

—Sí—contestó Orloff;—y me sorprende que en estos mares no se vean aquellos sargazos flotantes que circundan el continente polar austral.

—La explicación es fácil, señor Orloff. Aquí es mayor la profundidad, y las algas no pueden tener mil metros de extensión; pero son las mismas. ¿No estropearán la hélice?

—Son poco espesas, y, además, me parecen muy frágiles.

Orloff decía bien. Aquellas algas enormes no crecían tan unidas como las *macrocystis pyrifera* que se extienden alrededor del continente polar austral formando praderas flotantes que los marinos ingleses apellidan *kelp*; debían de pertenecer, como dijo el ingeniero, á la misma especie, pues estaban igualmente

provistas de pequeñas vejigas y de ramificaciones en la cima en forma de láminas denticuladas.

El *Taimyr*, que se sumergió en medio de ellas, las apartaba violentamente haciéndolas ondular en todos sentidos, como si estuvieran animadas, y algunas, arrancadas por las paletas de la hélice, subían rápidamente á la superficie lejana del mar á impulsos de sus vejigas flotantes.

A seiscientos metros de profundidad se paró el buque un instante, como si no lograra vencer la resistencia del agua, y sufrió alguna oscilación; pero luego volvió á descender levantando ante las lentes olas de espuma que despedían extraños fulgores. De pronto las algas desaparecieron bruscamente, y á estribor del buque se vislumbró confusamente una masa oscura que parecía bajar á pico en las profundidades del mar.

Era una costa que parecía extenderse en dirección de la isla del Rey Guillermo, formando el margen de un profundo valle submarino, en el que entraba entonces el *Taimyr*. Así se lo indicó Orloff al ingeniero, el cual se limitó á asentir dos veces con la cabeza.

La muralla rocosa, que probablemente servía de base á la isla del Rey Guillermo, si bien no era visible á la luz crepuscular, permitía distinguir grandes hendeduras, puntas agudas y cierta vegetación que no parecía de algas. Sería tal vez aquella especie de lino blando y viscoso que se encuentra en los cascos de muchos buques, y que se recoge en las inmensas llanuras submarinas del Atlántico y del Pacífico á las profundidades de cuatro y cinco mil metros, desmintiendo la vieja

aserción de que á quinientos metros bajo el mar la vegetación es nula ó poco menos.

Entre aquellos vegetales, que se entrelazaban confusamente, brillaban misteriosas vislumbres; ora rayos de luz verdosa, ora puntos luminosos azulados que se movían rápidamente, ora como nimbos de chispas que parecían producirse por montículos fosforescentes.

¿Qué misteriosos habitantes del fondo marino se agitaban en aquella extraña pradera á setecientos metros de profundidad?

Mac Doil y Sandoe, con los ojos en el vidrio de la lente, miraban mudos, si bien su rostro delataba una viva emoción. Parecían sorprendidos, inquietos, casi aterrados de bajar al fondo de aquel báratro y de sentir que pesaban sobre su cabeza centenares de metros cúbicos de agua.

Mientras tanto el *Taimyr* parecía que iba bajando al reino de las tinieblas eternas á un mundo nuevo y pavoroso.

—¡Mil metros!—exclamó el ingeniero rompiendo el silencio que reinaba en el salón.

—¡Mil metros!—repitieron atemorizados los cazadores.—Pero ¿hasta dónde bajamos?—preguntó Mac-Doil apartándose de la lente.

Nikirka no respondió: parecía prestar toda su atención á las poderosas pulsaciones de la máquina, que, cada vez más febril, hacía vibrar extrañamente la coraza de acero del buque.

—Señor—repitió el hebridano con voz alterada,—¿y si no pudiéramos subir?

El ingeniero miró al cazador y le dijo:

—¿Tenéis miedo?

—No; pero...

—Mi buque es seguro, y me sorprende que

vos, qué habéis afrontado tan valerosamente los osos blancos, os impresionéis ahora.

—Lo confieso...

—¡El fondo!—dijo á esto Orloff.

Al oír estas palabras, Mac-Doil se precipitó nuevamente al vidrio. Una extensión inmensa, oscura, indefinida, con luz casi imperceptible, parecía volar al encuentro del buque saliendo de la superficie de la Tierra, y despidiendo chispas multicolores. En vez de hallarse en el fondo del mar, parecía estar el *Taimyr* en medio de una enorme nube del color de la pez, pero á través de la cual se viera centellear algunos astros.

¿De qué provenían aquellas luces? ¿Qué peces desconocidos, qué crustáceos, qué monstruos de forma inconcebible vivían y se multiplicaban allá abajo?

El buque descendía siempre en aquellas aguas tenebrosas, jamás iluminadas por un rayo de sol, y que ningún ojo humano había encontrado hasta entonces; pero las luces crecían y se multiplicaban. Ora consistían en simples puntos luminosos, ora en chispazos fugaces, ora en ondas que parecían producidas por chorros de metal fundido.

Mac-Doil, Sandoe, el ingeniero y Orloff, pegados al vidrio, miraban casi sin respirar.

Los primeros campeones de aquel mundo submarino empezaban á aparecer en torno del buque, subiendo del fondo. ¿Qué extraños y medrosos seres se movían ante el vidrio? La luz eléctrica, bruscamente encendida en el salón y que hacía brillar las dos grandes lentes, permitía verlos con claridad.

Eran peces que parecían anguilas, de un metro de longitud, con los órganos de la loco-



—El fondo del mar.

moción casi rudimentarios ó con bocas enormes y deformes, semejantes á los *macruros* (1); eran peces cilíndricos, con tentáculos en la cabeza y ojos fosforescentes; serpientes de mar ó parecidas á ellas y delgadas como cintas; eran peces de forma aplanada formados por una materia transparente, como los *lectocephalus* ó ciertas extrañas medusas en forma de globos luminosos, con tentáculos plumosos y larguísimos.

En el fondo otros extraños seres aparecían ofreciendo una visión multicolor. Ya espléndidas *brisingue* ó estrellas gigantescas, muéllamente tendidas en el fondo tapizado de una vegetación no conocida aún, despidiendo rayos de luz sanguínea, violácea ó amarilla, como si sus puntas estuviesen adornadas de piedras preciosas; ya anélidos filamentosos con brillo de esmeralda, de amatista ó de granate; luego los espongiarios, de formas variadas y elegantes, abriendo y cerrando sus inmensas, fúlgidas corolas, y moluscos que se arrastran esparciendo una luz azulada ó rosa pálido, como zafiros ó rubíes vivientes, y miríadas de larvas de crustáceos de ojos fosforescentes.

De un golpe desapareció aquella obscuridad completa, rota solamente por aquellas variadas luces, pero que no llegaba al resto del agua, y un inmenso resplandor, blanco, se difundió y penetró en el buque, iluminando como el sol el valle submarino.

El buque había puesto en movimiento, y el género fué pescado en 1882 por la tripulación, en el Atlántico oriental, á 2 300 me-

las hélices de popa funcionaban y el gigantesco huso maniobraba entre aquellas aguas profundas, mientras el potente reflector eléctrico de popa proyectaba sus rayos luminosos.

Los habitantes submarinos, deslumbrados por aquella luz que iluminaba el fondo del valle, ó acaso asustados, no habiendo visto nunca un rayo luminoso bajar hasta allí, se agitaban y huían en todas direcciones. Saltaban, se contraían, ó se ocultaban entre la vegetación submarina buscando un refugio bajo las arenas y el légano.

El buque deslumbrante avanzaba sobre el fondo marino, mostrando á los asombrados cazadores nuevas maravillas, nuevos seres, sorpresas nuevas. Tan pronto pasaba sobre llanuras por la que se arrastraban millares de crustáceos de todas formas; ora bordeaba una sima en la que se descubrían largas filas incrustadas de grandes concháceas con reflejos de madreperla ó con los colores del iris, y que parecían pertenecer á la especie de los *halio-**tes* gigantes, tan numerosos en los mares septentrionales de la China y del Japón; ó bien rastreaba por vallados de paredes cortadas á pico, que á la luz eléctrica mostraban gigantescas *tridacnes*, de un metro de diámetro, ó rosadas *gorgonias*, cuyas hojas reticulares se distendían como abanicos, ó centenares de grandes *actineos* en forma de masas cilíndricas con tentáculos cónicos, parecidos á grandes flores azules. A veces el *Taimyr* con su agudo espolón hendía montones de medusas que flotaban libremente, ó bien se mantenían aferradas á las cimas de ciertos extraños espongiarios.

A intervalos se descubrían otros peces en el fondo del Océano ártico: esqueletos de vacas marinas incrustados de crustáceos que se disputaban la última carroña, ó de focas, ó de narvales que mostraban aún amenazadores su larga defensa de marfil.

Veíase también el esqueleto de una ballena enorme engastado entre dos rocas. Las gigantescas costillas, las inmensas quijadas, entonces desnudas de carne, y la potente cola estaban cubiertas de larvas de crustáceos, de cangrejos armados de robustas pinzas, de serpientes de mar y de conchideas.

¡Quién sabe desde cuánto tiempo yacía allí aquel gigante del mar! Quizás desde muchos lustros, desde siglos, y pasarían otros tantos antes de que la enorme osamenta fuera destruída por las sales marinas ó pulverizada por los habitantes del fondo marino.

En su marcha, el buque cortó con el espolón un *kayak* esquimal flotante entre dos aguas. El ligero esquife de piel se rompió á medias, y los dos cazadores vieron salir de él un esqueleto humano. El misero despojo volteó un instante en el agua y fué á sepultarse en el fondo, donde le asaltó súbitamente una miríada de cangrejos famélicos.

Algo negro se dibujaba en la extremidad de los rayos de luz, al borde de aquel abismo, y que revestía proporciones colosales.

El ingeniero y Orloff cambiaron una mirada, mientras Sandoe y el hebridano se separaban del vidrio dando un paso atrás. Aquella masa tenía una forma demasiado conocida de los cuatro para que pudieran engañarse.

—Uno de los buques tal vez—murmuró el ingeniero.—Quiero verlo. ¿Dónde estamos?

—A veinticuatro millas de la costa, si mis cálculos son exactos—contestó Orloff.

El buque moderó su andar y viró lentamente de modo que el reflector pudiera iluminar aquella masa. Los cuatro hombres se acercaron al vidrio de estribor poseídos de viva emoción.

—¿Un barco?—preguntó al fin Mac Doil con voz ahogada.

Ni el ingeniero ni Orloff respondieron: seguían mirando, y parecía que toda su atención estaba concentrada en aquel objeto. Con pocas bordadas el *Taimyr* se puso á su lado. Sí; aquella masa negra era el casco de un buque grande, reclinado por estribor, pero sin mástiles ni obra muerta. Tenía rotas las amuras, como si hubiese soportado una enorme presión, y por las hendeduras aparecían cajas y barriles en montón desordenado.

A popa de aquel barco y colgado de un asta se veía un paño rojizo, restos de una bandera.

El *Taimyr* siguió virando, describiendo un círculo alrededor de la nave naufraga y proyectando el resplandor de su lámpara eléctrica.

De pronto, al pasar frente á la popa de aquel barco, el ingeniero cogió de un brazo á Orloff, y le mostró las letras que se veían distintamente, diciéndole con voz emocionada:

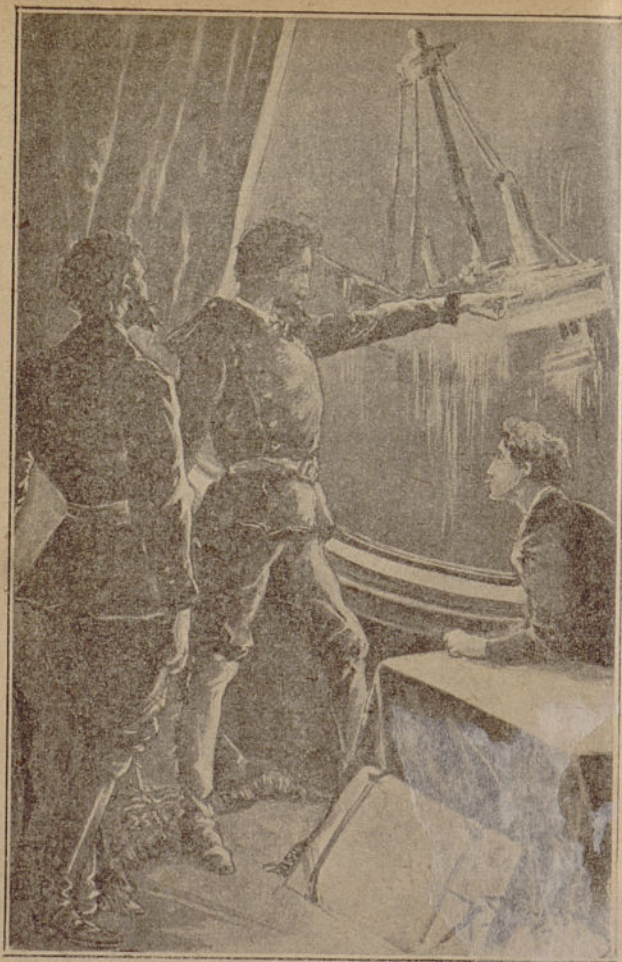
—¡Mirad!

—¡Terror!—leyó Orloff.

CAPITULO XIII

Un drama polar.

¡El *Terror!* Mac Doil no era científico ni había navegado nunca en los mares árticos, pero aquel nombre fué para él una revelación.



...y le mostró las letras que se veían distintamente...

¡El *Terror!* El nombre de aquella nave era demasiado conocido en todas las regiones de la América Septentrional, y el cazador lo había oído muchas veces nombrar en las costas de Alaska, juntamente con el de otro buque y un nombre célebre que recordaba una de las más tremendas catástrofes ocurridas en aquellas regiones glaciales.

Oyendo pronunciarlo á Orloff, volvióse al ingeniero, el cual no separaba los ojos de aquellos restos que poco á poco se iban pudriendo en el valle submarino.

—¡El *Terror!*—exclamó.—¡Uno de los barcos de Franklin, tal vez! ¡Hablad, señor Nikirka!

Esté hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y el *Erebus*?

—No estará lejos.

—¿Lo veremos?

—Así lo espero.

—¿Seguimos?—preguntó Orloff.

—Sí—contestó el ingeniero.

Orloff tocó en un botón eléctrico que comunicaba con el asiento del timonel.

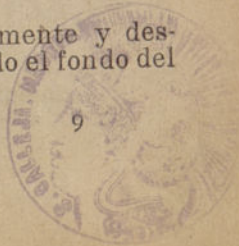
El *Taimyr* había descrito media virada á estribor, y continuó la marcha hacia el Norte, siguiendo siempre el valle.

La masa del *Terror* iba desapareciendo á medida que el *Taimyr* se alejaba; pero el ingeniero seguía mirándola cada vez más emocionado.

Un suspiro se le escapó de los labios, y MacDoil le oyó murmurar repetidas veces:

—¡Desgraciados! ¡He aquí á lo que los condujo la fascinación del Polo!

El *Taimyr* andaba moderadamente y describía muchas vueltas explorando el fondo del valle.



De cuando en cuando, en medio de los crustáceos que pululaban en las rocas y entre las grietas, aparecían objetos que debían de haber pertenecido á buques. Anclas amarradas aún á sus cadenas, algún bote desfondado, jarcias que se mantenían rígidas como si tendiesen á subir á flote, fragmentos de tablas con planchas de cobre, y detrás de una roca, dos pedazos de mástiles, pero sin penoles ni entenas.

—¡Helo aquí!—dijo el ingeniero.

—Sí—contestó Orloff.

El *Taimyr* maniobraba lentamente virando alrededor de la roca. No bien la hubo pasado, apareció un segundo buque, deshecho y descuartizado como el otro, pero con el puente intacto y abiertas las escotillas.

Cuando la luz le dió de lleno, vióse salir de aquellas aberturas legiones de monstruos marinos, peces de nueva especie, calamares monstruosos, crustáceos de extrañas formas. Asustados por el resplandor que penetraba á través de las hendeduras del casco iluminando el interior de la estiva, se apresuraban á salir de su tenebroso escondite, donde largos años haría disfrutaron de tranquilidad completa.

El *Taimyr* pasó al largo para evitar las rocas en que estaba acostada la pobre nave, y se detuvo ante la popa, en la cual se veían unas letras que conservaban su color dorado.

—¡El *Erebus!*—dijo Orloff.

—Sí; el segundo buque—repuso el ingeniero.—He aquí el sitio donde se desarrolló el drama polar que ha costado á Inglaterra uno de sus más valientes almirantes.

—¿Murió aquí?—preguntó Mac-Doil.

—No—contestó el ingeniero.

—¿Eran éstos los buques que buscabais?

—Sí.

—Pero ¿con qué objeto?

—Para reconstruir la dramática historia de aquella desgraciada expedición. ¿La conocéis?

—He oído hablar muy vagamente de ella en Alaska. Se hablaba de expediciones organizadas en grande escala para encontrar á los supervivientes perdidos en el mar polar.

—Oídme, pues, y sabréis datos que acaso se ignoran en Europa, por más que treinta y dos buques ingleses y ocho americanos, mandados por los más intrépidos exploradores polares, como Austen en los buques *Risolute*, *Intrepid*, *Assistance* y *Pionneer*, Penny con *Lady Franklin* y la *Sofie*, Kallet con *Resolute* y el *Intrepid*, Collinson, Mac-Clintock y otros, hayan investigado estas regiones paso á paso para dilucidar la misteriosa desaparición de ciento treinta hombres.

«Fué la expedición más numerosa y mejor organizada que salió de los puertos ingleses, y el hombre que la dirigia, el más intrépido marino de que podía envanecerse Inglaterra en aquella época. El nombre de John Franklin era popular en Europa y en América. Soldado valeroso, había tomado parte en algunos combates navales, incluso en el glorioso de Trafalgar; y como explorador audaz había ya hecho no pocos descubrimientos en las extensas costas de la América Septentrional.

»La ciencia contaba con el éxito; no dudaba ver descubierto el famoso paso del Noroeste, y tal vez el misterioso Polo ártico.

»El 26 de Mayo de 1846 el *Erebus* y el *Terror* zarpaban de las costas inglesas seguidos por

los augurios de todas las naciones de Europa. Ciento treinta hombres escogidos entre los mejores oficiales y marineros los tripulaban. El 26 de Julio la expedición fué vista por los balleneros de la bahía de Baffin, y luego nadie más volvió á verla. Empezaron á despertarse temores, fueron perdiéndose las esperanzas y corrió la voz de que había ocurrido una tremenda catástrofe.

»Inglaterra y los Estados Unidos alistaron las primeras expediciones, que no dieron resultado: siguió el misterio en tinieblas. Lady Franklin, la animosa mujer del almirante, no desesperaba, y armó otras expediciones. En 1851 alistó el *Prince Albert* y lo envió á las regiones polares; pero los expedicionarios sólo descubrieron una tienda vacía erigida en la punta Walter y que había pertenecido á los buques de Franklin.

»En 1853 armó el *Fénix*, sin conseguir mejores resultados. El desventurado Renato Bellot que lo mandaba, quedó en una grieta de los hielos que estaba explorando.

»La esperanza de encontrar los dos buques y á sus tripulaciones se fué perdiendo poco á poco á medida que pasaban los años, pero sin dejar de sucederse las expediciones. Se quería á todo trance conocer la suerte que había cabido á los ciento treinta hombres perdidos en los hielos del Polo.

»En 1859 Mac-Clintock, movido por lady Franklin, intentó por tercera vez una nueva expedición, y fué á investigar con el *Tosc* el estrecho que lleva su nombre y la costa de la isla del Rey Guillermo. Sus pesquisas fueron coronadas por el éxito, y al cabo de trece años pudo encontrar las huellas de las tripulacio-

nes del *Erebus* y del *Terror* y conocer la triste suerte que les cupo.

»En las costas del Rey Guillermo se recogieron los primeros vestigios de la expedición: azadas, utensilios de cocina, cordaje, velas y un sextante que tenía grabado el nombre de Franklin Hornbhy, seguido de una *R* y una *N*, iniciales de los objetos pertenecientes á la marina real inglesa.

»Entretanto, el 6 de Mayo el teniente Gosborne, á las once y quince descubrió á cuatro millas del punto donde acampara con sus hombres un *cairn*, ó sea una pirámide de piedras, dentro de la cual había una caja de hojalata con la relación de la expedición de Franklin, acompañada de estas líneas: «Quienquiera que encuentre estos papeles, sírvase enviarlos al secretario del Almirantazgo en Londres, ó al cónsul inglés más próximo, si le es más cómodo.»

»Más tarde se descubrió otro montón más pequeño con las siguientes indicaciones: «Esta señal ha sido erigida por las tripulaciones de los buques *Erebus* y *Terror* en Victory Point, isla del Rey Guillermo, donde desembarcaron el 22 de Abril de 1846 abandonando los buques, y de donde partieron el 26 en dirección meridional.» Alrededor de los dos *cairn* se encontraron muchos restos de los dos buques, ropas y utensilios, que fueron recogidos por MacClintock.

»Por último, este mismo, á los 69° 09' de latitud Norte y 99° 27' de longitud, cerca de las bocas del Gran Pez, ó de Backs, encontraba un bote perteneciente á los buques perdidos, puesto sobre un rodillo de encina, con un esqueleto humano oculto en un montón de ropa, y

poco después otro esqueleto medio devorado, dos escopetas de dos cañones, cargadas aún, libros de rezo, algunos relojes de bolsillo, cucharas y tenedores de plata, municiones, cuarenta libras de chocolate, un poco de té y algunos paquetes de tabaco.

»Sólo entonces pudo reconstruirse el viaje de las dos naves y conocerse las diversas fases del desastre. Así pudo saberse que la expedición había llegado á 77° de latitud, saliendo del canal de Washington, y que allí se volvió al oeste de la isla de Cornualles, estando bloqueada por los hielos cerca de la isla Beckey. Al año siguiente la expedición estuvo detenida á 69° 05' de latitud y 98° 23' de longitud, á unas quince millas de la costa noroeste del Rey Guillermo.

»La segunda invernada hubo de ser fatal. Durante veinte meses las dos embarcaciones fueron arrastradas por el estrecho Mac-Clin-tock, hasta que las tripulaciones, perdida toda esperanza de verlas libres, las abandonaron. De ciento treinta, quedaban ciento cinco, habiendo perecido nueve oficiales y quince marineros, y también el almirante, el 11 de Junio de 1847. Los desgraciados, guiados por Crozier, comandante del *Terror*, y por Fitz James, comandante del *Erebus*, acercáronse á la isla del Rey Guillermo el 22 de Abril de 48, emprendiendo la marcha el 25 hacia el Sur.

»Su proyecto era llegar al río del Gran Pez; pero las largas invernadas y el escorbuto los habían debilitado haciéndolos incapaces para tan largo viaje. Lo que después sucedió, se ignora, aunque se supone. Sábese que la caravana, diezmada por el hambre y los sufrimientos, fué encontrada por algunos esquimales

cerca de la bahía de Washington, y que pronto fueron abandonados. Algunos trataron de pasar al estrecho de Simpson; pero llegaron tarde para intentar la travesía en los hielos. Allí invernarón, sin duda, en número de diez, llevándose consigo los libros de á bordo, los diarios é instrumentos.

»¿Qué les ocurrió? Probablemente, estos últimos supervivientes de la expedición fueron á morir de hambre cerca de Starvation Cove, mientras sus otros compañeros morían en la costa ó eran sepultados por los hielos del Océano.

»¿Quién puede decir las horribles escenas que pasarían entre aquellos desventurados? Los restos encontrados en un caldero entre los hielos, no dejan duda sobre lo que pasó. Las escenas de antropofagia de la *Medusa*, que horrorizaron á Europa, se repitieron también entre los hielos y las nieves de la región polar.»

Calló el ingeniero, mientras Mac-Doil y Sandoe seguían mirándole como si hablara.

Una brusca sacudida los sacó de su inmovilidad.

—Subimos—dijo Orloff.

Efectivamente; el *Taimyr* abandonaba el fondo del mar y subía á toda máquina, inclinado á popa. Su espolón hendía las aguas con gran ímpetu haciendo vibrar las planchas metálicas, mientras á lo largo de las lentes corrían oleadas de blanca espuma.

La luz del día volvió á entrar del tambor de popa, y apagaron la eléctrica. El buzo gigante en un minuto salvó la enorme cortina de agua, se encabritó como un corcel sobre la superficie de las ondas y volvió á caer con sordo ruido, levantando dos montañas de agua, y el

Taimyr se lanzó hacia el Sur, abandonando aquellos tristes parajes.

CAPITULO XIV

Los esquimales.

El buque seguía en dirección al Sur con una velocidad de dieciocho nudos con rumbo á la península de Adelaida, que forma parte de la costa septentrional de América, y que se extiende entre el estrecho de Victoria y la grande península de Boothia.

Al parecer, el ingeniero tenía prisa por descubrir la costa americana, pues el buque avanzaba con ímpetu irresistible á través de los hielos que estorbaban el paso, sin desviarse una línea.

Aquella masa de acero obraba como un ariete de incalculable potencia, destrozando *streams, palks* y *hummoks*, atreviéndose hasta contra los bancos, por entre los cuales se abría paso con su espolón.

¿Adónde lo guiaba Orloff, que era el que empuñaba el timón? Mac-Doil y Sandoe se lo preguntaban, sin poder adivinar la nueva ruta del buque, y el ingeniero seguía silencioso.

El 28 de Mayo el *Taimyr* avistaba las costas septentrionales de Adelaida; pero, en vez de continuar hacia tierra, se desvió al Este, como si tuviera intención de dirigirse á la bahía de Elliot, que está en la península de Boothia.

La misma noche cambiaba otra vez de ruta y navegaba hacia el Sur, internándose en aquel profundo golfo que se forma en las bo-

cas del Gran Pez, y al día siguiente se detenía cerca de una costa desierta, en la cual se descubrían algunas canoas de huesos de ballena que usan las tribus esquimales para la caza de la foca ó de la morsa y para la pesca de narvales.

El ingeniero y Orloff salieron á la plataforma, y los dos cazadores, ávidos de noticias, corrieron tras ellos.

—¿Creéis encontrar sus huellas?—preguntaba Orloff.

—Difícil será, habiendo transcurrido tantos años; pero algunos objetos que pertenecieron á aquellos desgraciados, espero encontrarlos en manos de los esquimales. ¡Ah! ¡Fortuna sería poder recobrar los diarios de bordo!

—Me parece que la costa está desierta.

—Estos *kayaks* indican que sus dueños no estarán muy lejos.

—Es probable. ¿Desembarcamos?

—Sí.

—Id á buscar nuestras escopetas—dijo Orloff á los cazadores.—Nos acompañaréis.

Poco después los cuatro, seguidos del mastín, desembarcaban en un banco de hielo, y se dirigían á la costa, que surgía á un kilómetro de distancia con una elevación de cien metros.

Sobre la nieve, reblandecida por el Sol, se descubrían algunas huellas de pasos pertenecientes, sin duda, á los dueños de las canoas, y que parecían recientes. Algunas aves revoloteaban; entre ellas, los pequeños *plectrophanes nivales* y el minúsculo *auk*, que cazan los esquimales con unas redes parecidas á nuestras mangas de coger mariposas. Veíanse también algunas martas, llamadas de Charsa, con una

cola de cuarenta centímetros, y comadrejas cuya piel llega á valer 80 francos.

En cuanto las vió, el perro se apresuró á embestirlas; pero llegaba siempre tarde, porque los animalitos corrian á esconderse en sus madrigueras.

Ya en la costa, se encontró de improviso con un soberbio lince polar. Antes que los dos cazadores pudieran echarse á la cara las escopetas, el perro le había estrangulado, á pesar de las garras de ese habitante de las nieves. Estos lince polares son los más grandes de su especie, altos de medio metro y largos de uno, sin contar la cola, que mide veinte centímetros. Su piel es bellísima, su hocico se parece al de los leones jóvenes, adorna su cabeza una pequeña crin gris, y sus orejas, unos penachos blanquecinos y eréctiles.

En toda la costa septentrional de América estos animalitos son tenazmente perseguidos, pagándose sus pieles de cuatro á seis dollars, además de que su carne es apetitosa. Calcúlense en unos veinte mil los que sé cazan todos los años.

Mientras Mac-Doil se aprestaba á cargar con la pieza, con intención de regalársela al cocinero de á bordo para que hiciera con ella un buen asado, el ingeniero se subió á una roca cubierta de hielo, desde cuya cima se podía descubrir una vasta extensión.

—¡Humo!—exclamó.

—¿Lejos?—repuso Orloff.

—A menos de un kilómetro. Lo veo alzarse detrás de una curva de la costa.

—Y yo veo á un hombre que viene hacia nosotros—repuso Sandoe.—Diríase que es un

pequeño oso blanco; pero debe de ser un esquimal.

—Bueno—dijo Orloff.—Así nos ahorramos una marcha.

Todas las miradas se fijaron hacia el sitio que indicara el cazador. Un hombre, que hasta entonces debía de haber estado oculto en algún repliegue del terreno, se acercaba con cierta prudencia.

Era un individuo de baja estatura, menos que mediana, bastante grueso, á causa, sin duda, de su vestido de piel de oso y de otras pieles que llevaría debajo. Un capuchón, que parecía de piel de perro, le cubría la cabeza, y en la mano llevaba un arpón cuya punta estaba formada por un pedazo de cuerno de narval.

El ingeniero le salió resueltamente al encuentro, extendiendo los brazos en señal de paz, y se detuvo á diez pasos de él.

Aquel esquimal parecía bastante joven; quizás no llegaba á los treinta años. Tenía la cara larga y las mandíbulas salientes, como todos los de su raza; la frente, estrecha y baja, la nariz, chata, los ojos, algo oblicuos, como los de los mongoles, vivos é inteligentes; largos los cabellos y negros, mientras su piel era aceitunada y untada de grasa. Miró á los extranjeros algunos instantes con curiosidad, y les dijo:

—*Nalegah tima!*

En vez de responder á estas palabras, que significan «cabeza, salud», el ingeniero le preguntó en inglés quién era y dónde estaba su tribu.

Con gran sorpresa de todos, el esquimal le respondió en la misma lengua, si bien involu-



El ingeniero le salió resueltamente al encuentro...

crando algunos vocablos que debían de ser esquimales, ó tal vez danesas.

—Yo me llamo Kalutunak—dijo.—Mi tribu reside detrás de aquella montaña de hielo que se levanta en la playa; allí donde sale una columna de humo. ¿Y tú, de dónde vienes?

—De los lejanos mares de Occidente.

—¿En uno de aquellos grandes cajones flotantes?

—Sí, pero que se parece á una ballena.

—Quisiera verla. Hace muchos años que no se presenta ninguna en esta costa, muchos años que no veo hombres de piel blanca.

Luego, mirando al lince polar que Mac-Doil llevaba al hombro, añadió:

—¿Me lo regalas? Kalutunak no tiene carne marina en su cabaña, y las focas no han acudido aún á estas costas.

—Kalutunak llevará á su choza el lince polar y se lo comerá, si me dice de quién ha aprendido la lengua de los hombres blancos.

—La he aprendido de un hombre llegado de los mares del Norte hace muchos años, y á quien mi padre recogió muerto de hambre en nuestras costas.

—¿Cuándo?—preguntó el ingeniero con emoción.

El esquimal se miró los dedos como si contara, y dijo:

—Han transcurrido trece inviernos.

—¿Iba solo aquel hombre?

—Sí, porque sus compañeros murieron de hambre y de fatiga.

—¿Dónde murieron?

—En una costa desierta, á una hora de trineo de aquí.

—¿Vive aún el hombre blanco?

—No; murió poco tiempo después.

—¿Ha dejado objetos á tu tribu?

—Sí; instrumentos que no conocemos y que el *angekok* conserva todavía.

—¿Puedes llevarme á la playa donde murieron los compañeros del hombre blanco?

—Sí, si lo queréis.

—Si así lo haces, te regalo una escopeta.

Los ojos del esquimal brillaron de contento.

—¿Y me enseñaréis á usarla?

—Sí.

—¿Y me daréis pólvora?

—Te la daremos.

—Así tendremos dos.

—¿Por qué dos?

—Porque mi padre posee la del hombre blanco; pero falta la pólvora y no dispara.

—Llévame á tu tribu.

—Sígueme.

Los cuatro europeos y el esquimal emprendieron la marcha siguiendo la costa, cortada por altas rocas revestidas aún de su manto invernal, si bien el Sol empezaba ya á derretir las nieves y los hielos.

En algunos pequeños espacios descubiertos se apresuraban á brotar tímidamente las primeras plantas primaverales: pequeños ranúnculos, saxifragas, graciosas *lichynis* de color purpúreo que desafían las nieves, y pequeños *monties* de blancos pétalos. En algunas hendeduras, resguardadas de los frios vientos del septentrión, se veían adormideras de pétalos dorados y algún grupito de sauces enanos, de ocho á diez centímetros de altura.

A la media hora la comitiva llegaba al campamento esquimal, situado al fondo de una especie de *fiord* resguardado por altas

rocas cortadas á pico. Se componía de una media docena de chozas de hielo de forma circular, con pequeñas ventanas y una galería baja y estrecha, apenas suficiente para dejar pasar un hombre á rastras, y que servía de entrada, impidiendo así la dispersión del calor interior.

La pequeña tribu, compuesta de ocho hombres, de cinco ó seis mujeres, de algunos niños y de una numerosa jauría de perros, avisada por Kalutunak, se apresuró á salir al encuentro de los europeos con el *angekok* al frente; personaje importante que resume las funciones de médico, de hechicero, de consejero general y á veces de jefe, cuando la tribu es poco numerosa.

Todos ellos eran de pequeña estatura, membrudos y robustos; vestían abrigo de pieles de gorza ó de foca, calzones de piel de oso blanco: los de las mujeres, no sin cierta elegancia, eran blancos con algunas tintas rosadas, y cosidos estrechamente con nervios de animales.

El *angekok*, que como distintivo de su alto cargo llevaba una cadena de pedacitos de hueso de ballena, invitó cortésmente á los europeos á que entrasen en su choza.

Aunque el ingeniero hubiera preferido permanecer fuera, previendo el tufo del interior, se vió obligado á aceptar la invitación.

Entraron los cinco en un estrecho corredor, deslizándose uno tras otro como serpientes, y llegaron á la habitación del brujo, no sin sentirse acometido de estornudos y golpes de tos Mac-Doil, pues la galería estaba llena de humo acre y apestaba á pescado rancio.

La choza era bastante pequeña, pues no

mediría más de quince pies de diámetro por seis de altura, y sucia como una porqueriza.

En medio, colgada del techo, pendía una extraña lámpara ó *kotluk* formada por un pedazo de piedra excavada, en la que se alzaba una llama fuliginosa alimentada por aceite de foca; en las paredes se veían pieles que formaban el llamado *kolopsut*, y que debían de servir de vasijas, amén de algunos sacos de pieles con pedazos de foca ó de vaca marina, asados y conservados con grasa de ballena, gruesos pedazos de sangre helada (plato delicioso entre los esquimales), arpones, cuchillos, cuernos de narval, y en los rincones, osamentas de todas clases y pieles de pescados que despedían un olor insoportable de carne putrefacta.

—¡Al Diablo el brujo y su choza! —dijo Mac-Doil parándose al extremo del corredor.— Sandoe, amigo mío, vámonos, ó si no, nos ahogamos en este chamizo.

—Soy de tu opinión, Mac-Doil. Prefiero helarme fuera.

Tampoco el ingeniero y Orloff estaban á su gusto entre aquellos olores nauseabundos, por lo que, pretextando que no podían aguantar el calor, se apresuraron á salir, dejando al brujo avergonzado por aquella súbita retirada.

—No sé cómo pueden vivir en esta cueva de osos—dijo Mac-Doil á Orloff una vez fuera y respirando á bocanadas el aire.

—Están acostumbrados, Mac-Doil.

—¿Es que no tienen olfato los esquimales?

—Mejor que el nuestro; pero están á gusto en sus chozas, y también en estos desiertos de nieve.

—Si probaran nuestras casas europeas y nuestro clima, estoy convencido de que no volverían más á estos países del frío.

—Pues estáis equivocado. Muchos navegantes árticos han llevado á Inglaterra esquimales y—¿lo creeréis?—al cabo de algún tiempo se encontraban mal en medio de la civilización, suspiraban por su vida libre y miserable, y acababan por enfermar de una nostalgia tan aguda, que obligaba á llevarlos á su país de hielos para que no muriesen.

—También he oído eso en otras ocasiones.

—Los hombres libres no pueden adaptarse á nuestra civilización, y prefieren su vida errante y llena de privaciones, querido Mac-Doil. Parece que donde estamos hay algo nuevo y que el señor Nikirka ha podido obtener lo que deseaba.

—¿Qué?

—¡Silencio! Lo sabréis después.

CAPITULO XV

Despojos de la expedición de Franklin.

Durante este coloquio, el ingeniero había hablado largamente con el brujo de la tribu y con Kalutunak, que era el único que sabía el inglés. La entrevista debió de dar buenos resultados, pues á poco el *angedkok* presentó al ingeniero una escopeta de marca inglesa con un grabado en que se leía: Fitz James, el nombre del comandante del *Erebus*, uno de los dos buques de la expedición de Franklin; un cronómetro con las iniciales *N* y *R*; un viejo reloj de plata, y una biblia que debía de haber

pertenecido al teniente Gore, pues su nombre estaba escrito en la cubierta del pergamino; pero faltaban los diarios de á bordo, por haber gastado los papeles para cargar la escopeta cuando faltaron las cápsulas.

Aquellos objetos, ya no cabía duda, habían pertenecido á las tripulaciones de la desgraciada expedición, y probaban claramente que el último sobreviviente había logrado ganar la costa del continente americano, dando así fin á las infinitas suposiciones hechas en Inglaterra y en América acerca de la suerte cabida á los últimos marineros de Franklin. Como aseguraba el brujo de la tribu que á algunas millas mas al Norte, en una playa desierta, habían encontrado cadáveres y algunos objetos, el ingeniero, que se había propuesto esclarecer el drama que conmoviera al mundo, decidió trasladarse allí, prometiendo á la pequeña tribu cuchillos y algunas botellas de aguardiente.

La promesa era demasiado tentadora para que el *angekok* y su tribu no se decidieran á acompañarle; pero, estando ya los hielos en condiciones favorables, se resolvió trasladarse allá en trineos.

Cuatro de estos ligeros vehículos, construídos con huesos de ballena y con correas de piel de foca, fueron sacados de una choza de hielo que servía de almacén á la pequeña tribu, y á cada uno fueron enganchados diez perros dispuestos en un solo tiro, pero con una trailla de veinte pies para que estuvieran distantes de los patines.

Los cuatro europeos se acomodaron en ellos acompañados del *angekok*, de Kalutunak y de dos jóvenes esquimales armados de un reben-



Los cuatro europeos se acomodaron en ellos acompañados del *angekok*, de Kalutunak y de dos jóvenes esquimales...

que de mango corto y una correa larga de veinticuatro pies, de piel de foca sin curtir, más ancha en la extremidad anterior que en la posterior, y rematada por un pedazo de nervio endurecido; instrumento terrible en manos de aquellos aurigas, porque con un solo golpe son capaces de arrancar un pedazo de piel al perro desobediente.

A un silbido de los conductores, los perros partieron al galope, ladrando desesperadamente, moviéndose con cierto desorden al principio y tirando cada uno por su lado y á su capricho hasta que algunos golpes de fusta los hicieron conocer lo que amenazaba á sus espaldas, y entonces corrieron á marcha regular y tan rápida, que hacían diez kilómetros por hora.

Estos animales, tan útiles á los habitantes de las regiones polares, que sin ellos quizás no podrían vivir, son de buena alzada, de unos sesenta centímetros. Tienen las orejas tiesas, el pelo, espeso y lanoso, cola vellosa y rastrera, ojos oblicuos y astutos, como de lobo, animal con el que tienen bastante parecido.

Mucho se ha encomiado á estos perros; pero en lo que se ha dicho y escrito sobre ellos hay mucho de erróneo. Están muy distantes de parecerse á los nuestros. Prestan preciosos servicios, es verdad, pues son capaces de arrastrar entre diez un trineo cargado de cuatrocientos kilogramos, y ayudan eficazmente á sus amos en la caza; pero no son de suyo muy afectuosos, y sólo obedecen por miedo al látigo.

Son rateros, sagaces, malos, cuando pueden serlo sin correctivo, y se vuelven fácilmente salvajes. Buscan todos los medios para

volcar el trineo que arrastran ó llevarlo en medio de obstáculos para desasosegar á sus amos; y si no temieran á la fusta, serian capaces de destrozarlos, ni más ni menos que como hacen los lobos.

El ingeniero y sus compañeros hicieron pronto la experiencia de la pésima índole de aquellos perros. A pesar de los gritos de los conductores y de los amenazadores chasquidos del látigo, se enredaban á menudo con la trailla y procuraban arrastrar el trineo hacia las rocas, ó perseguían á las zorras y comadrejas que veían ante su paso, ya que estos perros son excelentes cazadores más bien por cuenta propia que de la de sus amos.

Por fortuna, allí se encontraba Camo, que estaba acostumbrado á poner orden entre los perros del Kamtchatka, peores que los esquimales, lanzando roncós ladridos acompañados de oportunos mordiscos, que obligaban á los discolos á reportarse.

Al cabo de una hora de marcha más ó menos desordenada, pero siempre veloz, los cuatro trineos llegaron á una playa que formaba una pequeña bahía, invadida en parte por los hielos y amparada por rocas cortadas á tajo.

En una pequeña llanura aún cubierta de nieve, el ingeniero vió en seguida una cruz medio hundida, construída con dos maderos de un buque y plantada sobre un túmulo de vastas proporciones.

—Allí descansan los compañeros del hombre blanco —dijo Kalutunak.

—¿Quién les dió sepultura?

—El hombre blanco, ayudado por mi padre.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé, porque sólo encontraron restos de esqueletos. Los osos blancos habían dado cuenta de ellos.

El ingeniero y sus compañeros bajaron de los trineos y se acercaron al túmulo descubriéndose la cabeza. Alrededor de la tumba, medio tapada por la nieve, en parte derretida por el Sol, se veían los restos de un trineo, la popa medio destrozada de una pequeña ballenera, pedazos de vidrio negro y algunos andrajos.

Los dos cazadores y Orloff, por orden del ingeniero, excavaron la nieve de la tumba, con la esperanza de descubrir algunos objetos de la pertenencia de las víctimas; pero sin resultado. Quizás el último sobreviviente ó los esquimales se quedaron con todo.

Únicamente excavando más adelante y descubriendo el interior de la sepultura se hubiera descubierto algo; pero el ingeniero no se atrevió. Por lo demás, sabía ya lo bastante acerca del miserable fin de aquella expedición, y un nuevo hallazgo no hubiera dado más luz sobre el epílogo del *Erebus* y del *Terror*.

—Regresemos—dijo.—Este lugar es demasiado triste.

Volvieron á los trineos y regresaron al campo esquimal, donde el señor Nikirka tuvo el último coloquio con el *angedkok* y con Kalutunak, y por la noche los cuatro europeos se volvieron al buque, llevándose la escopeta, el cronómetro, el hacha y la Biblia pertenecientes á la expedición Franklin.

—¡Cuerno de narval!—exclamó Sandoe, así que se vió solo con Mac-Doil.—Veremos lo que resultará de todo esto. ¿Si habrá terminado nuestro viaje?



... se acercaron al túmulo descubriéndose la cabeza.

—No sé qué decirte, ¡por cien mil ballenas!
—repuso el hebridano.—El ingeniero tenía vivos deseos de saber el fin de las tripulaciones del *Erebus* y del *Terror*. Ahora que lo sabe ¿adónde querrá ir?

—Tal vez á buscar otros buques náufragos y otros muertos.

—¡Vaya un viaje fúnebre!

—O querrá regresar á Europa para llevar á Inglaterra las últimas reliquias de la expedición.

—¡Bella ocasión para regresar á mis Hébridias con diez mil dollars!

—Y yo, á las Far-Oer.

—Amigo Sandoe, se me figura verme en la taberna de maese Craig bebiendo un buen vaso de *gin*.

—Y yo, encontrar cierta rapaza que me hacía la boca agua; la hija de Luf-Doe, el más rico pescador de las islas. ¡Ah! ¡Cuando el viejo me vea con un bolsón repleto de dollars flamantes, ya no me dirá que nones!

—Vamos á dormir y á soñar con vuestras islas.

Los dos cazadores subieron á sus hamacas y se durmieron, soñando el uno con la taberna del señor Craig, y el otro, con la rubia de Luf-Doe.

A la mañana siguiente se despertaron con una diana de ladridos, entre los cuales se distinguían los de Camo.

—¡Hola!—dijo Sandoe.—¡Perros y esquimales á bordo! ¿Qué significa esto?

—Temo, querido amigo, que el señor Craig no vuelva á verme tan pronto como yo esperaba, y que tu rubia tendrá que esperar algo más.

—El buque anda. ¡Vamos á enterarnos de adónde va!

Bajaron al salón, y viendo bajar la luz de la escotilla, subieron á la plataforma, en la que vieron á Orloff, que estaba fumando flemáticamente un cigarrillo.

—Señor Orloff—preguntó Mac-Doil,—¿adónde vamos? Ya no veo la costa de los esquimales.

—Los esquimales quedan ya muy lejos.—Hace seis horas que navegamos.

—Pero ¿hacia dónde?

—Al Norte, por ahora.

—¡Diablo!—repuso Mac-Doil, rascándose la cabeza.—¿E iremos muy lejos?

—Es probable.

—¿A buscar otro buque?

—No lo creo.

—¿Otros muertos?

—Creo que el ingeniero tiene bastantes con los del *Erebus* y del *Terror*.

—Pero ¿qué hace Kalutunat á bordo? Me parece haber oído su voz.

—El ingeniero ha querido embarcarle. Un esquimal puede ser útil en estas regiones.

—Un esquimal, está bien; pero ¿y los perros? Para cazar bastaba Camo.

—También pueden ser útiles los perros esquimales.

Mac-Doil no insistió, ó creyó mejor silbar un aire de su país para consolarse de sus desilusiones. Dió dos ó tres vueltas por la plataforma, y cogiendo del brazo á Sandoe, le llevó á la escalera diciéndole con resignación:

—Visto que el señor Craig no puede darme de beber, vamos á ver al cocinero, amigo Sandoe. También tiene un excelente *gin*. Europa

se ha ido al diantre. ¡Vamos al Norte con estos diablos de hombres!

CAPITULO XVI

El polo magnético.

El rápido curso del *Taimyr*, continuado durante la noche, duró veintidós horas, pues el buque volvió á pararse en otra costa que parecía pertenecer á la gran península de Boothia.

Ante los nuevos bancos de hielo que le cercaban no se veían canoas esquimales ni una columna de humo que indicase la presencia del hombre.

Mac-Doil y Sandoe, que ya estaban resignados y habían trabado estrecha amistad con los esquimales, aunque sin poder sacarles de la boca el motivo de su embarco, se apresuraron á salir á la plataforma para saber algo de lo que ocurría; pero no encontraron á Orloff ni al ingeniero, los cuales no comparecieron hasta el mediodía, con brújula y sextante para tomar la altura.

Al echar una mirada á la brújula para cerciorarse de la dirección del buque, vieron con gran asombro que la aguja imantada, en vez de estar horizontal, estaba muy inclinada.

—¿Está desequilibrada esta brújula?—preguntó Mac-Doil.

—No—respondió el ingeniero: su inclinación depende del sitio donde nos encontramos.—¿Habéis concluido, señor Orloff.

—Sí, señor Nikirka. Estamos á setenta grados cinco minutos diez y seis segundos latitud Nor-

te, y noventa y seis grados cuarenta y seis minutos cuarenta y cinco segundos latitud Oeste.

—Añadiendo un segundo á la latitud, por estar nosotros algo distantes de la costa, tendremos el punto exacto. Santiago Ross no se equivocó ni en un segundo.

—¿Seguimos la marcha?

—Sí—contestó el ingeniero bajando la escalera.

—Señor Orloff—preguntó Mac-Doil,—¿dónde estamos?

—En el polo magnético.

—¿Qué significa eso?

—Pues lo que oís.

—¡Pero si estamos cerca de la costa americana! ¿Es que hay dos polos?

—Claro que sí. El magnético, que está á pocas millas de nosotros, cerca de la costa occidental de Boothia, á setenta grados cinco minutos diez y siete segundos de latitud, y noventa y seis grados cuarenta y seis minutos cuarenta y cinco segundos de longitud Oeste; y el geográfico ó real, que se encuentra á los noventa grados.

—¿También en el Sur hay dos polos?—repitió Mac-Doil.

—Sí; pero no se sabe con seguridad dónde se encuentra, pues, según Hasten, está situado á los setenta grados de latitud y ciento noventa de longitud, y según Daperry, á setenta grados ochenta minutos de latitud y ciento treinta y cinco de longitud.

—¿Y quién descubrió este polo magnético boreal?

—Ross, un sobrino de Juan Ross, el célebre explorador que en 1829 visitó estos lugares descubriendo la península de Boothia.

—Pero decidme, señor Orloff: ¿qué influencia ejerce el polo magnético en la brújula?

—Una desviación peligrosa para los navegantes, porque la aguja no da indicaciones exactas. A cada paso que un buque da hacia el polo, las agujas tienden á inclinarse ora al Norte, ora al Sur, si se acerca al polo austral, y para mantenerla horizontal, es necesario ponerla en un extremo un pedazo de laca ó algo por el estilo. Cuando el buque llega al polo magnético, la aguja, si está libre, toca con la punta al fondo de la bitácora, y no se mueve más. Alejándose, parece que se vuelve loca, pierde su propiedad de señalar al Norte y sufre cambios de Oeste á Este.

—¿Y de qué proviene esa atracción?

—Pregunta esesa que no tiene respuesta, pues los sabios no han podido dar con la explicación.

—¿Y cómo vais á arreglaros, ahora que la brújula no sirve?

—Será necesario hacer muchas observaciones colocando la brújula en distintos sitios del buque, para tomar una media, que no siempre será exacta.

—¿Seguimos aún hacia el Norte?

—Bajamos al Sur del polo magnético —repuso Orloff riendo;—pero nos encaminamos al polo geográfico.

Entretanto, el buque emprendía la marcha á ocho y diez millas de la costa de Boothia, entrando en el canal de Franklin, que baña las costas de Boothia y de Sommerset al Este, y la isla del Príncipe de Gales al Oeste.

Libre como estaba el mar de hielos, y viéndose muy pocos *ice-bergs* flotantes, precipitaba su marcha como si el ingeniero quisiera llegar pronto á altas latitudes.

De cuando en cuando en los bancos de hielo se veían aparecer focas y vacas marinas, que se sumergían no bien divisaban el extraño paso del *Taimyr*. Otras veces eran bandadas de delfines que corrían en torno del buque, tomándolo por una ballena. Estos monstruos son los más grandes de todos, porque alcanzan seis y ocho metros, y están dotados de prodigiosa fuerza. De instintos belicosos, rompen contra las ballenas con furia increíble, tratando de cercenarle la lengua. Al advertir que las planchas metálicas del buque desafiaban sus robustas mandíbulas y que el espolón les daba peligrosos golpes, se apresuraron á dejarlo en paz.

Durante todo el día, el *Taimyr* continuó su marcha á lo largo de la península de Boothia, y al otro, á eso del mediodía, doblaba la punta septentrional, internándose en el estrecho de la isla de Sommerset ó canal de Murchison.

El 1.º de Junio se encontraba en aguas del canal de la Regente, amplio bajo de mar que baña las costas orientales de la isla de Sommerset y de la península de Boothia y las occidentales de la Tierra de Baffin, de Cokburn y de la isla de Puerto Bowen.

Había aún muchos témpanos en el canal; pero el buque no se inquietaba por eso y seguía rápidamente al Norte, sin perder de vista la isla de Sommerset.

El 3 atravesaba el canal á la altura del paralelo 73 y tocaba las costas de la Tierra de Cokburn, una de las menos conocidas, pues se ignora todavía si está unida á la de Baffin ó separada por algún canal.

En aquella costa había acumulados grandes bancos de hielo que hacían imposible toda ex-

ploración, por más que el verano polar hubiera empezado y la temperatura oscilase entre 3 y 7º centígrados.

CAPITULO XVII

Los furores del Océano Ártico.

El 5 de Junio el buque navegaba en aguas del estrecho de Lancaster, otro vastísimo canal avistó entre las costas septentrionales de Baffin y la isla de Devon septentrional.

Atravesaba á la sazón los parajes explorados por el más incansable de los viajeros árticos, Parry, el primero que se lanzó á la busca del famoso paso del Noroeste. Puede decirse que este valiente marino es el más célebre de todos y el más afortunado, pues logró descubrir muchos pasos que habían de conducir á otros marinos á los mares del Norte.

El tiempo, que hasta entonces se mantenía bonancible, empezaba á echarse á perder.

De las costas meridionales de la isla de Devon, á impulsos de un viento glacial Norte, avanzaban grandes nubarrones, mientras el estrecho se hacía peligroso á causa de las gigantescas oleadas que hacían oscilar los témpanos, ya numerosos.

A cada paso algún enorme *ice-berg*, perdido el equilibrio, se precipitaba con fragor sobre algún banco con espantable ruido, rompiéndolo y desmenuzándolo.

El viento silbaba siniestramente entre aquellos témpanos y levantaba monstruosas olas, que chocaban entre sí violentamente. Sin embargo, el buque se mantenía en la superficie y

no cejaba en su marcha. Ni siquiera se cerraron las escotillas, y eso que á veces alguna ola entraba dentro. El gigantesco huso parecía dotado de grandes cualidades náuticas, pues saltaba ágilmente en las ondas, conservando siempre descubierta su superficie. No obstante, se dejaba sentir mucho el vaivén, si bien ninguno de los tripulantes sufría del mareo.

Como seguían aumentando la niebla y los témpanos, la navegación se hacía difícil para el buque, mayormente teniendo la brújula desviada.

Orloff se había puesto en el timón; pero no pudiendo atisbar los hielos, algunas veces el buque tropezaba violentamente contra alguno.

Hacia la noche el mar estaba borrascoso, espantable. Las ráfagas silbaban impetuosamente; las aguas del estrecho se levantaban en montañas, corriendo veloces hacia las desoladas playas de Cokburn, donde se rompían con ensordecedor rugido; los témpanos danzaban furiosamente, ora fulgurando sus crestas espumeantes, ora precipitándose en los acantilados, con detonaciones tales, que parecían descargas de dinamita.

El ingeniero, cubierto con una capa de tela encerada, había subido á la plataforma con los dos cazadores, y parecía que le divertía aquel espectáculo pavoroso, mientras su buque desafiaba impávido la tempestad y espoloneaba gallardamente los hielos. El reflector, que se había encendido para disipar la obscuridad de la noche, hacía aquella escena más singular, rielando su luz en los *ice bergs*, que brillaban como diamantes de proporciones fantásticas.

—¡Diantre!—exclamó Mac-Doil.—¡Es un espectáculo que no cansa el mirarlo!

—Decís bien—respondió el ingeniero:—es un espectáculo que únicamente en estas latitudes se puede ver y admirar.

—¿No correrá peligro vuestro buque con este mar enfurecido?

—No.

—¿No puede tener un encuentro con los *icebergs*?—¿Y si uno se desploma sobre nosotros?

—Procuraremos sumegirnos.

—Es verdad, señor Nikirka. ¡Cuántos buques quisieran imitar al vuestro!

—Hay alguno que pasa ahora.

—¿Cuál?

—¡Escuchad!

Entre los bramidos de las olas y el crujir de los témpanos, se oían voces humanas salir del fondo de la niebla. Una gran sombra flotaba entre los rayos luminosos del reflector, oscurecida por los húmedos vapores que el viento esparcía en todas direcciones.

—¡Luz á estribor!—gritó una voz.

—¡Un fenómeno!—gritaba otra.

—¡A la orza, timonel! ¡A las gavias!

Pero el buque ya había pasado, y las voces se perdieron entre los silbidos del viento y el fragor del oleaje.

—¿Quiénes serán?—preguntó Sandoe.

—Balleneros ingleses—contestó el ingeniero.—Descendamos antes de que mi buque pueda causar algún desastre.

Cerróse la escotilla, y funcionando las hélices laterales y llenos de agua los receptáculos del buque, bajó á quinientos metros de la superficie, profundidad á que no podía llegar la punta del más colosal *ice-berg*.

—Decídmelo ahora.

Orloff se encogió de hombros, y, como la vez anterior, no respondió.

Al día siguiente el buque navegaba bajo las aguas de la bahía de Baffin.

CAPÍTULO XVIII

Un buque embestido.

Esta bahía, así llamada porque el marino que la descubrió creía de buena fe que no había otro desagüe al Norte ni al Oeste, es uno de las más vastas que se encuentran en las costas y archipiélagos de la América Septentrional, extendiéndose del 70° al 80° paralelo.

Al Oriente baña las costas de la Groenlandia, y á Occidente, la Tierra de Baffin, de Devon y de Lincoln, de Ellesmera y de Grinnel, últimamente descubierta, formando anchas ensenadas y canales, casi siempre intransitables á causa de los hielos que se amontonan en su superficie.

Su descubrimiento no es tan antiguo como el de la bahía de Hudson, hecho por el navegante de este nombre, desaparecido misteriosamente por una alevosía de su tripulación en 1654.

En aquella época Guillermo Baffin, que ya había tomado parte en otras expediciones polares con Hudson, Button, Gibbins y Bileth, y hecho la campaña de 1612, 1615 y 16 con Hall, se lanzó denodadamente entre los hielos del estrecho de Davis, y llegaba á la bahía que lleva su nombre esperando encontrar el paso

del Noroeste; pero después de una larga navegación se vió obligado á retroceder, afirmando erróneamente que no había ningún paso.

Más tarde Jones, Middleton y otros ingleses exploraron la costa, averiguando lo contrario, aunque sin avanzar al Oeste, hasta que Ross y Parry consiguieron descubrir los estrechos del Príncipe Regente y de Lancaster.

Cuando el *Taimyr*, dejando la costa de la isla de Bylot, entró en aguas de aquella bahía, se encontró súbitamente ante enormes *icebergs* que navegaban hacia Occidente bajando del canal de Smith. Los había de todas dimensiones y formas: algunos pesarían hasta mil toneladas. Unos eran agudos, en forma de pirámides; otros parecían dados gigantescos, y otros verdaderas fortalezas flotantes, erizadas de puntas, de agujas, de extrañas torres semiderrocadas, de almenas y de cúpulas y arcadas de admirable valentía.

Los rayos del Sol al iluminar aquellos gigantes les arrancaban mil tintas de diamante, de topacio ó de esmeralda con incrustaciones de perlas y amatistas.

A veces alguna pirámide ó alguna almena se derribaba con estrépito, con verdaderas detonaciones que se propagaban indefinidamente entre aquellos colosos; otras veces alguna montaña, perdido el equilibrio á causa de las aguas, que estaban menos frías que el aire, se quebraba bruscamente levantando olas enormes, las cuales hacían oscilar á los otros colosos causando nuevas caídas.

El ingeniero, prevenido de la presencia de aquellas barreras polares, salió á la plataforma en compañía de Orloff, y las examinó atentamente con el anteojo, buscando un paso

bastante ancho para el *Taimyr*, á fin de que el buque no corriera el riesgo de romperse ó inutilizarse.

—Y bien, señor Nikirka—dijo Orloff al cabo de algunos minutos;—¿creéis llegado ya el momento?

—Aún no—respondió el ingeniero.—Detrás de estas barreras encontraremos el mar libre, porque hacia el Norte no descubro el *ice-blink*.

—¿Creéis que los grandes campos de hielo estén aún lejos?

—Tal vez no lo estén tanto, pero pasarán algunos días antes de encontrarlos. Torzamos hacia la costa groenlandesa, señor Orloff.

—¿Tenéis intención de seguirla?

—Sí; hasta donde podamos.

—Entonces, vamos al Este.

Tras este breve coloquio, del cual Mac-Doil, que estaba siempre alerta, no pudo sacar nada en claro, los dos comandantes bajaron, y el *Taimyr* siguió su marcha metiéndose audazmente por entre los *ice-bergs*.

Su curso á flor de agua fué de muy breve duración, porque las montañas de hielo crecían en número á cada momento y se rompían con frecuencia, con grave riesgo de hacer peligroso el pasaje á su lado. El ingeniero, no queriendo moderar la velocidad ni perder tiempo en busca de otros pasos, hizo cerrar la escotilla y dió orden de sumergirse á 450 metros para pasar por debajo de aquellos obstáculos.

Así pudo el *Taimyr* seguir libremente su marcha hacia las costas occidentales de la Groenlandia. Mac-Doil y Sandoe se habían puesto á los vidrios en compañía de Kalutunak, esperando ver peces; pero el Océano Ar-

tico, á lo menos en aquellas regiones, parecía muy escaso de habitantes, aunque siempre había enormes narvales, focas solitarias y algunas bandadas de arenques y de merluzas.

Así y todo, pudieron ver una enorme ballena en el momento en que salía á la superficie para respirar ó para ir en busca de su sopa de *boete*. Al ver al buque, el cetáceo se le acercó para darle un coletazo, creyéndole un congénera suyo, y le siguió por algunos instantes batiendo vigorosamente las aguas; pero conociendo su error, se apresuró á subir, y desapareció á los ojos asombrados de los dos cazadores y del esquimal.

Hacia las cuatro de la tarde el ingeniero, no viendo en las aguas los reflejos blancos proyectados por los hielos, y creyendo haber superado la formidable barrera de *ice-bergs*, dió orden de salir á flote para darse cuenta de la situación y cerciorarse de si había mar libre.

Ya el buque estaba casi en la superficie, cuando de pronto se sintió un choque formidable, que causó gran sobresalto á todos y enorme deterioro en los muebles.

Las planchas metálicas no cedieron, pero resonaron con un fragor metálico ensordecedor.

—¡Diantre!—exclamó Mac-Doil poniéndose rápidamente en pie.—¿Se habrá roto la máquina?

—¡Huyamos!—gritó Sandoe.—¡Quizás vamos á estallar!

Y arrastrando consigo al esquimal, que parecía absorto, se precipitaron á la escalera, encontrándose con el ingeniero y Orloff, que salían de sus camarotes.

—¿Adónde vais?—preguntó el ingeniero con voz tranquila.

—¡Cáspita!—respondió Sandoe.—¡La máquina ha estallado!

—¡Nada de eso! La máquina funciona, y seguirá así por mucho tiempo.

—¿No habéis oído el choque?—preguntó Mac·Doil, asombrado de la calma del ingeniero.

—¡Bah! Hemos chocado, y nada más.

—¿Contra qué?

—Pronto lo sabremos.

—Pero el buque está inmóvil.

—Lo sé.

En aquel instante llegó el marinero que llevaba el timón, acompañado del maquinista.

—Se ve una masa oscura ante la proa del buque—dijo el primero.

—¿No es un banco?—preguntó Nikirka.

—No, señor; estoy seguro de ello.

—¿Funciona bien la máquina?

—Sí—respondió el maquinista;—pero las hélices dan vueltas sin avanzar.

—Eso quiere decir que tenemos delante una masa mucho mayor que el *Taimyr*. ¿No os parece así, señor Orloff?

—Quizás habremos embestido á un barco.

—Pues no se oye ruido alguno.

—Será un buque abandonado.

—¿Está hundida la plataforma?

—En un metro de profundidad.

—Dad máquina atrás, y haced funcionar las hélices laterales en sentido inverso. Hay que desatracar el espolón.

Orloff palideció.

—¿Oís?—dijo.

—Sí—contestó el ingeniero algo inquieto.

—Señores, ¿qué pasa?—demandó Mac-Doil.

—Pasa que nos hundimos junto á la nave que hemos embestido sin advertirlo.

—¿Y no volveremos más á flote?

El señor Nikirka se encogió de hombros y dijo:

—No me preocupa mi buque, sino los hombres que acaso tripulan esa embarcación, y á quienes no podemos socorrer.

Esto diciendo se trasladó al mirador de proa acompañado de Orloff, mientras el buque se inclinaba como si un peso enorme le llevara al fondo del Océano. Ya no cabía duda: el *Taimyr*, al salir á la superficie sin moderar su velocidad, dió con el espolón en la quilla de un velero ó de una nave ballenera, la cual, llenándose de agua, se iba á pique, arrastrando consigo al *Taimyr*.

Ya en su sitio, los dos comandantes miraron delante de sí, y vieron á tres metros de distancia una masa enorme, negruzca, dentro de la cual había entrado, no sólo el espolón, sino una cuarta del gigantesco huso.

—Sí, es un barco—exclamó el ingeniero conmovido.—¡Qué desastre hemos hecho!

—Lo extraño es no oír ningún ruido. Lo más probable es que sea una quilla abandonada. ¿Qué barco ballenero osaría remontarse á estas latitudes? Mirad que estamos en el paralelo setenta y cinco.

—¡Ojalá sea así, porque me dolería en el alma haber causado una desgracia!

—Creo, señor Nikirka, que debemos preocuparnos de nosotros más que de esta quilla que se ha ido á pique.

Orloff tenía razón. Por más que el *Taimyr* maniobraba, no conseguía sacar el espolón

del barco, que, anegado completamente, se hundía con rapidez.

—¡Bah!—repuso el ingeniero sin preocuparse mucho de lo que pasaba.—Conseguiremos ponerlo en libertad. Cuando lleguemos á cierto fondo, el *Taimyr*, por su propia densidad, tenderá á subir, y abandonará su fúnebre compañía.

—¿No se habrá estropeado el espolón?

—No temáis: está á prueba de rocas, y podría desfondar un acorazado sin sufrir la más pequeña avería.

Entretanto los dos buques se iban hundiendo. Pudo observarse que el barco náufrago estaba desarbolado y que tenía medio destrozada la obra muerta. No se veía ninguna chalupa ni ningún bulto humano. Tratábase, sin duda, de un buque abandonado quizás desde mucho tiempo.

Las cuatro hélices seguían girando, pero sin resultado, imprimiendo á los dos buques enormes sacudidas. A proa se oían crujidos violentos y continuos, mientras la popa estaba en alto, impelida por la fuerza ascensional del agua. Ya habían bajado á cuatrocientos metros, cuando el *Taimyr* se libró bruscamente de aquel casco inútil, abandonándolo á su suerte. Entonces se le pudo ver bien, y un estremecimiento de horror sobrecogió á los dos comandantes. Aquel barco era un hermoso brik de unas trescientas toneladas, cubierto de nieve y de hielo, con el mastil destrozado, pero con antenas, con velamen y con chalupas suspendidas en las amuras. Algunos cadáveres cubiertos de pieles se movían en su seno á impulsos del agua. Alguno era arrastrado en alto, y se le veía rodar por algunos instantes

como si hubiera vuelto á la vida, y luego anegarse nuévemente.

Varios peces acudieron á la presa, prontos á precipitarse sobre las víctimas de los fríos polares.

—¡Una nave ballenera, señor Orloff!—exclamó el ingeniero con voz triste.

—Sí, señor Nikirka; veo á popa el hornillo para la fusión de la grasa.

—¿A qué nación pertenecerá?

—Quizás podamos saberlo.

El ingeniero dió órdenes al timonel. El *Taimyr* volvió á sumergirse describiendo una gran curva. En breve se puso al costado de la ballenera, y al pasar por su popa pudieron leer claramente en letras blancas: *Labrador* —*S. John*.

—Una nave ballenera de Terranova—dijo el ingeniero.

—¡Descansen en paz!—murmuró Mac Doil.

El *Taimyr* volvió á subir á la superficie, dejando atrás á la ballenera. A poco ésta volvía á aparecer entre dos aguas; pero el *Taimyr* subió rápidamente, como si tuviera miedo de sentirse atraído á los pavorosos abismos del Océano.

Cuando Mac-Doil vió un rayo de sol, dió un suspiro, mientras el ingeniero y Orloff se miraban.

—¡Quién sabe!—murmuró el primero.

—¡Esperemos!—repuso el segundo.

—¡Venid, señor Orloff!

Salieron entrambos á la plataforma, abiertas como estaban las escotillas, y miraron alrededor. A dos ó trescientos metros á popa flotaban algunos restos de buque: mástiles, un bote con la quilla al aire, barriles, cajones,

etcétera. Era cuanto quedaba de la nave ballenera.

—¡Qué triste encuentro!—dijo el ingeniero. —Si fuera supersticioso, lo tomaría por un funebre presagio.

—Vuestro buque es sólido—añadió Orloff,—y además, tenemos torpedos para abrirnos paso entre los témpanos.

—¿Creéis que estamos cerca? A juzgar por el aire helado que sopla, los *ice-fields* no han de estar lejos.

—Veo un vasto canal á través de un banco. Si no encontramos libre el paso, lo forzaremos á espilonazos, ó pasaremos por debajo.

—Seguimos al Este, señor Orloff, hasta que veamos las costas de Groenlandia.

—¿Queréis desembarcar allí?

—Sí: antes de intentar la gran travesía submarina, hemos de proveernos de carne fresca para evitar el escorbuto. Además, las provisiones nunca están de más en estos parajes.

CAPITULO XIX

Una cacería de osos.

El banco que amenazaba cerrar el paso al *Taimyr* era el más grande que hasta entonces habian visto los viajeros, pues mediría unas veinte millas de largo por catorce de ancho.

Debía de formar parte de la avanzada de *ice-fields* ó campos sin límites que se extienden al otro lado del paralelo ochenta hasta el Polo, pues ya se ha perdido la esperanza de que bajo la estrella polar se extienda el famoso mar libre admitido algún tiempo por marinos y sabios.

El coloso parecía el fantasma de una ciudad arruinada por algún tremendo cataclismo. Veíanse montones de pirámides truncadas ó desmoronadas; torres que amenazaban tambalearse al primer choque, arcos semi-rotos y cúpulas extrañas medio deshechas. A sus flancos, enormes *ice-fields* se habían soldado, como si quisieran con su masa monstruosa defenderle de un ataque ó servirle de baluarte contra algún choque. Una luz deslumbradora surgía del banco, haciendo resaltar doblemente el tinte azulado del mar que le circundaba.

El *Taimyr*, guiado por Orloff, se había lanzado en un vasto canal abierto á través del coloso y que parecía prolongarse algunas millas. Aquel corte, producido tal vez por la presión de los hielos, no era recto, sino que serpenteaba caprichosamente y estaba inundado de fragmentos de *hummok* y de *streams*, los cuales tendían á unirse para cerrar el paso, si bien el espolón del buque los rompía fácilmente. Las orillas del canal estaban pobladas de volátiles, especialmente de *eiders* ó *edredón*, aves preciosas, muy buscadas por los cazadores noruegos é islandeses. Estos volátiles, que se encuentran solamente en las regiones nortes muy frías, se parecen á nuestros ánades; tienen el dorso, el vientre y el cuello blanco, y la cabeza, adornada con espléndido copete verde con reflejos de oro. Como se alimentan de gusanos y de peces, su carne no es muy apetitosa.

Lo que vale son sus plumas, de una elasticidad y ligereza tales, que constituyen en el comercio un artículo de lujo para la fabricación de almohadas y cojines.

En cuanto descubren un nido, los cazadores proceden á saquearlo, procurando no estropear los huevos ni desplumar á los pájaros completamente. Al poco tiempo vuelven para repetir el latrocinio, desechaando las plumas del macho por ser más bastas y menos apreciabiles.

No es cosa fácil acercarse á esos nidos, pues están situados en sitios inaccesibles y cuestan muchos percances á los cazadores. Algunos de éstos prefieren matar los pájaros á escalar sus nidos, pues las plumas tienen la particularidad de conservar toda su finura, por lo cual los esquimales los llaman *cabello viviente*.

Mac-Doil y Sandoe, que de buena fe los creían ánades, querían desembarcar para matarlos á tiros; pero el buque seguía adelante por el canal, á gran velocidad, como si el ingeniero quisiera salir pronto de aquel mal paso.

No eran infundados sus temores, pues el banco parecía moverse. Los dos cazadores, que seguían en la plataforma, á pesar de los catorce grados bajo cero que señalaba el termómetro, le oían crepitar al desmoronarse alguna pirámide.

Al mediodía, cuando el ingeniero subió á tomar la altura, los cazadores divisaron en el campo de hielo algunas focas, las cuales se calentaban al sol con tanto deleite, que no se movieron al acercarse el buque.

Ya tomada la altura, el ingeniero las contempló con curiosidad y dijo á Orloff:

—¿Habéis observado alguna vez los agujeros que las focas abren á través de los hielos?

—Sí; muchas veces.

—¿Es cierto que los abren hozando con la nariz?

—No hay tal, señor Nikirka: lo que hacen es abrirlos cuando el hielo es tenue, y los mantienen abiertos, entrando y saliendo por ellos muchas veces.

—Es verdad—afirmó Mac-Doil.

—Son tan necesarios esos respiraderos á las focas, que no pueden estar en el agua más allá de quince minutos.

—Entonces, dentro de dos ó tres minutos una de esas focas caerá en las zarpas de su enemigo—repuso el ingeniero.—Mirad allá abajo, cerca de aquella aguja que se levanta á unos setecientos pasos de esta orilla.

—¡Es un oso blanco!—exclamó Mac-Doil.

—Que espía á una foca—añadió Sandoe.

—Señor Orloff—dijo el ingeniero,—haced parar el buque, y vamos á cazar á ese glotón.

El *Taimyr* se paró al margen del gran banco, y los dos comandantes, Sandoe y Mac-Doil, armados de fusiles y cuchillos, y Kalutunak con una pica, saltaron á la orilla, ocultándose detrás de un témpano.

El oso, un viejo macho, á juzgar por la piel, que empezaba á ponerse amarillenta, media más de doce pies de largo, y estaba tan embebido espionando á la foca, que no reparó en la vecindad de los cazadores, y eso que el olfato y la vista de este animal son admirables.

Tendido en el hielo con el hocico en el borde del agujero abierto por el anfibio y una garra levantada para apoderarse en seguida de la presa, conservaba una inmovilidad absoluta; tal, que hubiera podido tomársele por un *hummok* tumbado.

Los cinco hombres andaban á rastras por entre los montones de hielo, uno tras otro, para ponerse á buen tiro. Estaban ya á unos

cien pasos y se preparaban á separarse para rodear al feroz carnívoro, cuando le vieron bajar bruscamente la zarpa que tenía alzada, y sacar una masa negruzca que se agitaba en el agujero. Era una gran foca *kadolik*, que se debatía furiosamente lanzando agudos ladridos y haciendo tremendos esfuerzos para zafarse de su enemigo.

El viejo oso, enlazándola con las manos, trataba de ahogarla y despedazarle la columna vertebral de un fuerte apretón.

—¡Bueno—dijo Mac-Doil;—cogeremos uno y otra!

La fiera oyó la voz del cazador. Se volvió, pero sin abandonar la presa medio agonizante, y miró con inquietud á todos lados lanzando un sordo mugido. En el mismo instante el ingeniero y Orloff dispararon sus fusiles.

Cayó el oso herido; pero volvió á alzarse, dispuesto á luchar y á defender su presa.

Al ver á los cazadores creyó prudente batirse en retirada, como lo hizo, mostrando los dientes y rugiendo. Camo, que seguía á sus amos, se abalanzó sobre la grupa de la fiera.

—¡Bravo, Camo!—gritó el hebridano.—¡Ténelo quieto un momento, y lo mando al Diablo!

Y disparó su escopeta á unos quince pasos de distancia. Pero, quizás por vez primera en su vida, erró el tiro. Sandoe le secundó; y si bien acertó la bala, no mató al oso, que se puso más rabioso. Librándose del perro con una furiosa sacudida, saltó sobre el hebridano sin darle tiempo para cargar otra vez el arma.

—¡Huid!—gritaron el ingeniero y Orloff.

—¡De ningún modo!—respondió Mac-Doil, el cual, dejando el fusil por el cuchillo, se dis-

ponía á luchar, cuando vió á Kalutunak á su lado.

El bravo esquimal, acostumbrado á luchar con animales de aquella especie, hundió en el pecho del oso más de media lanza, pasándole de parte á parte. Cayó la fiera, y Camo la remató á mordiscos.

—¡Bravo!— exclamó Mac-Doil dirigiéndose á su salvador.—Recompensaré tu valor, que me ha salvado la piel, preparándote con mis manos una pata asada como no la has comido nunca. Con tu ayuda me prometo hacer una buena caza de estos animales, si continuamos el viaje.

—No acabará tan pronto, y tendréis tiempo de matar muchos—dijo el ingeniero.—¿Estás herido, Kalutunak.

—No, señor—respondió el esquimal.

—¡Ea; á bordo! Veo bajar la niebla, y no quiero que nos sorprenda en medio de este banco.

El esquimal, los dos cazadores y dos marineros, que entonces acudieron, arrastraron al oso y la foca hasta el margen del banco y los dejaron caer en la plataforma, disponiéndose Mac-Doil á cumplir su ofrecimiento á Kalutunak.

La niebla señalada por el ingeniero seguía avanzando, envolviendo los hielos y el canal abierto en el banco, el cual empezaba á estrecharse, llenándose de *hummoks* y de *streams* y obligando al *Taimyr* á trabajar con su espolón.

A su vez, la temperatura descendía bruscamente, anunciando una borrasca de nieve. En menos de tres horas bajó de cuatro grados á diez y ocho.

A la caída de la tarde la niebla había envuelto todo el banco, y era tan densa, que Mac Doil desde la plataforma no podía ver la proa del buque.

El ingeniero, temiendo que el *Taimyr* fuera á chocar contra la orilla ó con algún *ice-berg*, hizo cerrar la escotilla y mandó sumergirse á cien metros, profundidad suficiente para atravesar el banco sin tocarlo.

Siendo la obscuridad muy densa á tan poca distancia de la superficie, por interceptar la niebla la luz, se encendió la luz eléctrica, y el buque navegó bajo el banco en medio de una aureola luminosa. Así anduvo toda la noche con la proa al Este, hasta que á las diez de la mañana salió á la superficie para renovar el aire respirable.

No bien se abrieron las escotillas, los dos cazadores y Orloff se dispusieron á salir, no obstante el intenso frío. Habiéndose disipado la niebla, se descubrió á menos de cinco ó seis millas una alta costa, dominada por una gran montaña cubierta de nieve.

—¿Tierra?— gritaron los dos cazadores.

—Sí—respondió el ingeniero;—estamos frente á la Groenlandia.

—Entonces, encontraremos hombres.

El ingeniero y Orloff apuntaron sus catalejos á la costa y la examinaron cuidadosamente.

—¿Veis aquella casa que parece hecha de tablas blanqueadas, situada en aquel promontorio?—dijo Nikirka.

—Sí—contestó Orloff;—y veo además otras diez casucas.

—¿Qué colonia será? Me parece imposible encontrar una población en estas latitudes.

—A juzgar por esta alta montaña, creo que nos encontramos frente al *fiord* de Aukpadlartok, que se encuentra en la bahía de Melville, que hemos atravesado últimamente.

—En este caso, esta población sería Kresarsoak.

—Sí, señor Nikirka; la última estación de las posesiones danesas de la Groenlandia.

—¿Habéis estado aquí alguna vez?

—Sí, una vez; y aseguraría que el gobernador es aún Felipe.

—¿Quién es Felipe?

—El más famoso cazador de Groenlandia; un hombre rubio, de origen dinamarqués, venido aquí para hacer fortuna, con su mujer y siete hijos. Ha cazado osos con Cristián, su hijo primogénito.

—¿Hay esquimales?

—Unos cuarenta, semi-bárbaros, que viven de la pesca y de la caza.

—¡Vaya una vida en estos climas!

—Tal creo. Son los habitantes más cercanos al Polo, del que sólo distan ochocientas sesenta millas.

—Si yo fuera uno de ellos, me iría á otras tantas millas más al Sur—dijo Mac-Doil.—Aquí el invierno ha de durar lo menos nueve meses.

—Sin embargo, deben de estar á gusto, pues nadie les impide refugiarse en Upernawik ó en Disko—dijo el ingeniero.—¡Ea; sigamos el viaje!

CAPITULO XX

Bajo los grandes bancos de hielo.

En los días 9 y 10 de Junio el *Taimyr* siguió constantemente al Norte sin alejarse de la costa groenlandesa; pero á cada paso se veía obligado á interrumpir su marcha para huir de los grandes bancos de hielo que pugnaban por acumularse en la bahía de Melville, especialmente en las islas que dan frente á aquella parte de la costa llamada actualmente Hayes. El 11 se vió bruscamente detenido por una barrera de hielo que se extendía desde la costa groenlandesa al Oeste, donde parecía delinarse en el horizonte otra tierra (1).

Era un obstáculo imponente é impenetrable que habría arredrado á otra nave. Era tan maciza, que parecía una costa erizada de *icebergs*, tal vez seculares, erizado de puntas, arcadas y agujas, y de tal espesor, que no debía de ser inferior á cincuenta metros, comprendiendo la parte sumergida.

Sobre aquel enorme obstáculo la atmósfera brillaba con una extraña blancura, y hasta el cielo, que estaba cubierto de nubes preñadas de nieve, aparecía perlado con grandes estrias albas. Era el *ice-blink*, ese reflejo deslumbrante que despiden los grandes bancos de hielo, y de tanta intensidad, que puede distinguirse aun á través de las nieblas más densas.

—Estamos detenidos—dijo Mac-Doil á San-

(1) Acaso la llamada hoy día de Lincoln, ó más septentrional, denominada Tierra de Ellesmore.

doe;—pero, á pesar de todo, nuestro viaje no ha concluído.

—¿Adónde quieres que nos lleve el ingeniero?

—Amigo Sandoe, vamos al Polo.

Sandoe pareció quedar pensativo.

—¡Qué!—dijo Mac Doil viéndole así.— ¿Pien-
sas tal vez en la hermosa hija del rico pesca-
dor? Por lo que á mí hace, he enviado un adiós
al señor Craig, y me conforto con el *gin* del
cocinero.

—Pienso, amigo Mac-Doil, que del Polo no
se volverá, y que dejaremos los huesos y los
diez mil dollars. ¿Qué irá á buscar el inge-
niero al Polo?

—Pues ver lo que hay allí.

—Dime, Mac Doil: ¿hay tesoros en él?

—Sí; un tesoro acumulado por los osos blan-
cos. ¡Verás qué gruesos diamantes... de hielo!
Ya están aquí el señor Nikirka y su insepara-
ble Orloff.

Efectivamente, ambos salían en aquel mo-
mento para observar la gigantesca muralla
de hielo. Examináronla cuidadosamente con
los anteojos por ver si había algún paso; luego
dijo Nikirka:

—Ha llegado el momento de intentar la
gran travesía.

—¿Creéis que no encontraremos agua libre?
—repuso el segundo.

—Sí; pero á mucha distancia.

—En dos días podemos recorrer un trecho
enorme, al cabo del cual encontraremos al-
gún corte, alguna grieta por la cual podamos
renovar nuestra provisión de aire.

—Podremos resistir más de veinticuatro ho-
ras con nuestra reserva de oxígeno, señor Or-
loff. Calculo que podremos recorrer seiscien-

tas millas sin necesidad de salir á la superficie.

—¿Y si no encontráramos una salida? ¿Si este banco se extendiese hasta el Polo?

—Llevamos torpedos, y los dispararemos en algún punto débil.

—Señores—dijo Mac-Doil dando un paso adelante,—según eso, ¿vamos al Polo?

—Sí—contesto el ingeniero.—¿Os desagrada?

—No, señor: yo también tengo curiosidad de ver lo que hay allá arriba.

—Pero ¿podremos volver?—preguntó Sandoe.

—¿Por qué no? Si encontramos camino para ir, hemos de encontrarlo para volver; y quizás regresemos á vuestra isla más pronto de lo que creéis. Confío en volver á los mares de Europa dentro de algunos meses, si la cosa va bien.

—¿No te lo dije?—repuso Mac-Doil.—¡Ea; vamos á echar un brindis al Polo con el *gin* del cocinero!

El ingeniero y Orloff dejaron la plataforma y bajaron á hacer una visita minuciosa del buque antes de aventurarse bajo aquel *ice-field*. Examinaron las planchas para asegurarse de su solidez, la máquina, las bombas, las hélices, y sobre todo el tubo de torpedos, los cilindros de oxígeno y las dos manecillas cerradas á los lados de la plataforma que debían abastecer de aire al buque en caso necesario.

Renovada la provisión de agua haciendo fundir una cantidad considerable de nieve recogida en un *stream* que iba á la deriva á lo largo de la costa, cerróse la escotilla, y el buque se sumergió á trescientos metros para pasar debajo de los grandes bancos.

—A lo que parece, vamos á jugar una partida peligrosa—dijo Sandoe á Mac-Doil.

—Se está jugando la suerte de todos—respondió el hebridano.

—¡No vaya el buque á deshacerse!

—No es ése el peligro que nos amenaza, sino la asfixia, querido Sandoe. El buque no lleva provisión de aire más que para veinticuatro horas.

—¿De modo que si este banco es interminable...?

—Moriremos todos.

—Pues respiremos ahora á pulmón abierto. ¡Hola; qué obscuro está esto!

La luz se había amortiguado repentinamente no bien el buque estuvo debajo del banco. Este debía de tener una costra enorme de nieve para llegar á interceptar los reflejos de la luz solar.

Pero la obscuridad no era completa: el hielo reflejaba en el agua un débil *ice blink*, si bien no era suficiente para alumbrar el interior del buque.

Encendióse la luz eléctrica, y á su resplandor se podía observar el menor obstáculo que se presentara al paso del *Taimyr*, que aceleró su marcha hasta llegar á los diez y nueve nudos y algunas décimas, máxima que podía dar la máquina.

Sandoe, Mac-Doil y el ingeniero estaban en los miradores, y Orloff estaba en el timón. No se veía ningún pez debajo del *ice-field*; señal evidente de que la frialdad del agua era excesiva. Faltaban hasta las focas, lo cual significaba que el hielo tenía allí un espesor enorme.

El fondo de aquel inmenso banco era un horrible caos, peor aún que el que debía de descu-

brirse en la superficie. Ora aparecían puntas agudas que se hundían á gran profundidad y que el buque evitaba á favor del reflector eléctrico; ora depresiones extrañas, pirámides derruidas, hendeduras inmensas de las que se desprendían llamaradas de luz, ó una selva de puntas sutiles y larguísimas que el espolón cortaba con cierto estridor que se oía desde el recinto donde estaban el ingeniero y los cazadores.

Todas aquellas puntas y todas aquellas pirámides despedían á la luz eléctrica reflejos espléndidos, incomparables; una fantasmagoría de colores y de luces que deslumbraba.

El *Taimyr* precipitaba su marcha como un meteoro, barriendo los obstáculos con su espolón. Poco á poco el banco pareció hacerse más compacto, si bien el agua conservaba alguna claridad.

Hacia las diez de la mañana, á las dos horas de una marcha veloz, el buque encontró millones de témpanos que volteaban en todas direcciones en la corriente producida por las hélices. Espléndido era el efecto que producía la luz eléctrica en aquellas masas de hielo: parecía que el buque navegaba entre miríadas de diamantes flotantes que refractaban todos los colores del iris.

A las once, Orloff, que había terminado su cuarto, se juntó con el ingeniero y los cazadores.

—Temo —dijo— que esto, más bien que un banco, sea un inmenso casquete de hielo que circunde al Polo.

—También yo lo temo—contestó el ingeniero.—¿No habéis visto ninguna abertura?

—Ninguna. Es una masa compacta, que resistirá al espolón y á los torpedos.

—No desesperemos; quizás...

Pasaban las horas; pero el banco no se acababa, sino que aumentaba de espesor, obligando al buque á descender más aún para no chocar con las puntas que se extendían por debajo del coloso polar.

A cada milla que avanzaba el buque al Norte, el agua se volvía más densa, como si fuera á helarse. También el frío aumentaba. Los termómetros de los camarotes indicaban ya diez y siete grados centígrados, y que el buque se mantenía á una profundidad de ciento cincuenta á doscientos cincuenta metros.

Viva inquietud se había apoderado del ingeniero y de Orloff. Se apartaban con frecuencia de los miradores para consultar los aparatos; cada cuarto de hora iban á la caseta del timonel para observar mejor el fondo del banco de hielo, y se interrogaban con ansiedad. Hasta los perros parecían inquietos, pues á cada instante resonaban los ladridos de Camo y de los esquimales.

A las nueve de la noche Mac-Doil, que consultaba á menudo el termómetro, advirtió una sensible disminución de frío.

—Sólo tenemos quince grados centígrados—dijo Orloff.—¿Si será señal de que concluye el banco?

—Eso indicará tal vez el fin de la zona fría; pero no creo que el banco termine tan pronto.

—¿El término de la zona fría? ¡Pero si no estamos todavía en el Polo!

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que cuando estemos junto al Polo, tendremos más frío que ahora.

—Os engañáis: es una falsa creencia que el Polo sea el punto más frío del globo. A tenor de las últimas observaciones hechas por los navegantes polares, los más grandes fríos notados han sido en la bahía de Baffin, en las costas de la Groenlandia y en las septentrionales de la Siberia, á setenta y nueve grados de latitud Norte y ciento veinte de longitud Este, donde el termómetro señala siempre sesenta y hasta sesenta y siete grados bajo cero, y á setenta y ocho grados de latitud Norte y noventa y siete de longitud Este; es decir, al Norte de las islas Parry, donde se han anotado cincuenta y dos, cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco grados bajo cero.

—Entonces, cabe la esperanza de encontrar el mar libre alrededor del Polo.

—No, Mac-Doil. En torno del Polo se extiende un casquete de hielo macizo que tal vez no se derrita ni aun en el verano, como tenemos la prueba en este banco que atravesamos ahora. Quizás haya canales, espacios libres; pero no un mar abierto.

—Pero ¿tendremos bastante aire para llegar al Polo?

—Quizás... ¡Veremos! —respondió Orloff evasivamente.

Y dejando á Mac-Doil, se dirigió á la caseta del timonel, donde estaba ya el ingeniero.

El *Taimyr* seguía devorando millas, sin que cesara la capa de hielo ni se divisara una grieta ni un agujero. A media noche, habiendo empezado á empobrecerse el aire respirable, aumentó considerablemente la inquietud de los tripulantes.

Los dos cazadores y los esquimales, no acostumbrados al aire viciado, respiraban á

duras penas. Lentamente avanzaba la asfixia, enemigo terrible que ni el ingeniero ni Orloff podían combatir. Nikirka avivó el aire echando en el buque algunos metros cúbicos de oxígeno.

A las tres, en vista de que el hielo seguía, se hizo la primera tentativa para romper la gigantesca prisión. Desde una profundidad de cien metros, El *Taimyr* fué lanzado verticalmente contra el banco.

El choque fué terrible. El buque retembló como si se hubiera roto la máquina, y sus planchas metálicas vibraron como si se hubieran desarticulado. Los muebles rodaron por todas partes, y los hombres botaron como fardos, por más que se habían precavido agarrándose á los hierros.

Orloff y el ingeniero, en cuanto se irguieron, se apresuraron á correr al mirador de proa para ver si había cedido la costra de hielo; pero vieron con sentimiento que el gigante de acero no había hecho mella en el gigante de la región polar.

—¡Este *ice-field* es inatacable!—dijo el ingeniero despechado.

—¿Probamos otro espolónazo?

—No conseguiremos nada. Cuando el hielo no ha cedido al primer empuje, no cederá en los sucesivos.

—Pensad que dentro de tres horas el aire será irrespirable y que toda nuestra reserva de oxígeno no bastará á renovarlo.

—Es verdad—contestó el ingeniero.—No había calculado que éramos á bordo tres hombres más y los perros.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Seguir andando?

—No; probemos un torpedo. Si podemos

abrir un boquete, lanzaremos los flotadores. Seguidme, señor Orloff.

Los dos comandantes fueron á proa. De un compartimiento lateral revestido con una gruesa colcha de celuloide sacaron un huso largo de metro y medio con una pequeña hélice á popa, que debía funcionar á favor de un mecanismo de reloj inventado por el ingeniero. Era una especie de siluro con cinco kilogramos de algodón fulminante, cantidad suficiente para causar un formidable destrozo. Con ayuda de los dos cazadores se cargó el torpedo que fué metido el tubo. En seguida, mediante la presión de un botón, se descorrió un disco, y el agua entró en el tubo.

Un instante después se oyó gritar al timonel:

— ¡El torpedo ha salido!

— ¡Atrás toda máquina! — gritó el ingeniero.

— ¿Cuántos minutos tardará en estallar? — preguntó Orloff.

— Cinco — respondió Nikirka mirando el reloj.

De pronto una sorda detonación repercutió á lo lejos, y un turbión de espuma cayó bajo el banco. El buque fué envuelto por aquella onda espumeante y sacudido de proa á popa, mientras de la base del *ice-field* se desprendían enormes bloques de hielo.

— ¡Buena señal! — dijo Orloff.

El buque marchó adelante, y á poco se distinguió un reflejo blanquecino que venía de seis ó setecientos metros, como si un rayo de sol se reflejara á través del espacio.

— ¡Luz! — exclamó Orloff.

— ¡Sí! — confirmó el ingeniero. — ¡Dentro de poco respiraremos aire puro!

En dos minutos el buque había llegado adonde hirió el torpedo. El algodón fulminante había producido gran efecto en el banco; pero la parte superior del mismo había resistido. Sin embargo, habiase abierto un boquete de un metro de circunferencia, y por él penetraba un rayo de sol bastante para iluminar el agua.

Entonces tocó el turno á los flotadores, y á poco Mac-Doil y Sandoe oyeron un silbido procedente de los tubos aéreos, y que el aire se hacía más respirable.

—¡Diablos de hombres!—exclamó el hebridano con admiración.—¡Han ideado hasta la manera de encontrar aire sin salir á la superficie! Querido Sandoe, empiezo á creer que nos veremos pronto en el Polo y que volveremos tranquilamente, sin perder un solo dollar.

—También yo, Mac-Doil; si bien te confieso que estuve muy sobresaltado al ver que mis pulmones no funcionaban con regularidad. ¿Crees que...?

—¿Qué?

—¿No oyes? ¡Por el tubo que transmite el aire! ¡Escucha, Mac Doil!

—Pero, Sandoe, ¿estás loco?

—¡No; por mil cuernos de narval! ¡Escucha!

Mac-Doil aguzó el oído, y pudo percibir que una voz humana bajaba por el tubo del flotador aéreo, y gritaba por tres veces:

—¡Hoak! ¡Ka! ¡Hoak! ¡Hoak!

CAPITULO XXI

Hombres á trescientas millas del Polo.

Por inverosímil que pareciera, no cabía duda alguna: era una verdadera voz humana la que bajaba por la manga aérea, la cual funcionaba como una trompeta acústica. Lo que pudieran significar aquellas palabras, lo ignoraban los cazadores; así como no podían imaginarse quién fuera el desconocido que estaba en aquel banco, tan lejano del mundo habitado y tan inmediato al Polo.

—¿Qué misterio es éste?—dijo al fin Sandoe.

—¿Me lo preguntas á mí? ¡Yó que quería preguntarte lo mismo!—contestó Mac-Doil.

--¿Quién será?

—Algún fantasma. ¡Huyamos!

Y los dos cazadores huyeron de aquel sitio, mientras la voz continuaba diciendo claramente desde lo alto:

—¡Hoak! ¡Ka! ¡Hoak!

En la sala encontraron al ingeniero y á Orloff.

—¡Señor—exclamó Mac-Doil precipitándose á Nikirka,—hay hombres en el banco!

—¿Hombres?—repitió Nikirka con asombro.

—Soñáis, Mac-Doil.

—No, señor—repuso Sandoe.—Hemos oído una voz humana.

—¡Vaya! ¿Cómo es posible oír una voz humana de afuera?

—Baja por la manga.

—¿Es posible, señor Orloff? ¿Creéis que haya hombres en estos parajes?

—¡Aquí, á trescientas millas del Polo! ¡No lo creo, señor Nikirka!

—Pues venid —dijo Mac-Doil.

Los dos comandantes, aunque convencidos del engaño de los cazadores, siguieron á éstos, y, efectivamente, oyeron una voz que parecía bajar por el tubo.

—¡Es verdad!—exclamó el ingeniero maravillado.

—Es extraño, señor Nikirka—dijo Orloff;— es inverosímil, pero no cabe duda.

—¿Quiénes serán?

—Esquimales, tal vez.

—¡Esquimales á tan gran distancia de los últimos establecimientos de la Groenlandia! Llamad á Kalutunak, á ver si entiende esa lengua!

Acudió en seguida, y apenas oyó la voz, que no cesaba de hablar, dijo:

—Son esquimales, patrón. Comprendo esa lengua, por más que no es igual á la que habla mi tribu.

—Contesta, pues—dijo el ingeniero.

El esquimal acercó los labios al tubo, y entre él y el desconocido de arriba se entabló el siguiente extraño coloquio:

—¿Quién sois?

—Un hombre—repuso el desconocido.

—¿Y tú? Oigo salir voces de la extremidad de este animal. ¿Eres hombre, ó foca, ó morsa distinta de los demás?

—No; soy un hombre.

—Entonces, ¿por qué asustas á mi tribu y no sales?

—Porque estoy bajo el mar.

—Entonces no eres hombre, porque ni yo ni nadie de mi tribu puede bajar al agua. Eres distinto de nosotros.

—Soy como tú.

—¿Es tu cola la que he pescado con mi arpón?

—No; es lo que me sirve para respirar.

—¿No respiras como nosotros?

—Sí.

—Entonces, no comprendo. ¿De dónde vienes?

—De muy lejos.

—¿Hay otros hombres bajo estos hielos?

—Sí.

—¿Puedes salir?

—No, á menos que rompas este banco.

—Lo haré romper.

—No—dijo el ingeniero, que estaba oyendo la traducción que le hacía Kalutunak.—Serían necesarias muchas semanas de trabajo para abrir un boquete tal que permitiera al buque salir. Que se aparten, y haremos estallar otro torpedo.

Kalutunak transmitió al habitante de la región polar las palabras del ingeniero, diciéndole que se apartara lejos de allí si no quería saltar por los aires en unión de los hielos y que abandonara el tubo.

Así que éste descendió, el ingeniero armó otro torpedo, que, previas las operaciones de antes, fué lanzado á la superficie.

Aquella segunda explosión fué más tremenda que la primera, tanto que el banco fué hendido en una gran extensión. El buque entró en el espacio abierto, y los tripulantes salieron á la plataforma ansiosos por respirar aire libre y ver un pedazo de cielo iluminado por el Sol.

—¿Volverá el hombre que nos hablaba?—preguntó Mac-Doil.

—Estará asustado, y se guardará por ahora de acercarse—repuso Orloff.

—Salgamos afuera—dijo el ingeniero.—Veo allí una margen que permite una recalada.

Salieron los tripulantes al *ice-field*, y pasearon en torno la mirada con curiosidad. Lo primero que vieron en aquella llanura glacial fueron tres chozas de forma semi-circular, parecidas á las de los esquimales de la Groenlandia, y tres hombres de baja estatura cubiertos con pieles de oso blanco y armados con cuernos de narval aguzados en la punta.

Los tres desconocidos avanzaban hacia los aparecidos, no sin cierto sobresalto, al verlos surgir del mar. Pero Kalutunak se adelantó gritando:

—*¡Tima!, ¡tima!* (¡Salud!, ¡salud!)

Oyendo hablar su lengua, los tres esquimales se acercaron, y miraron con la mayor curiosidad á los desembarcados lanzando exclamaciones de asombro.

Tranquilizados por las palabras de Kalutunak, empezaron por dar vueltas alrededor de los europeos, como si quisieran asegurarse de que eran hombres, palpándoles las botas, los fusiles, las ropas y hasta tocándolos en la cara.

El ingeniero y Orloff, por su parte, examinaban con interés á aquellos habitantes del Polo. Tenían el mismo aspecto de los groelandeses, si bien sus vestidos y armas discrepaban de los de éstos y eran más primitivos. Se veía que aquellos desgraciados nunca habían tenido contacto con hombres blancos ni con otros de su raza.

Probablemente, muchos años antes, acaso siglos, alguna familia había emigrado á aque-



Salieron los tripulantes al *ice-field*...

13

llos parajes polares, y, desorientados para el regreso, habían permanecido allí, conservando de sus compatriotas la lengua únicamente, si bien algo alterada.

Kalutunak se dispuso á interrogar á aquellos tres hombres, para saber cómo se encontraban allí; pero no obtuvo respuesta satisfactoria. Habían nacido en aquel desierto de hielo, donde estaban sepultados sus abuelos, sin haber oído hablar nunca de otros hombres.

—¡Bravo consuelo!—dijo Mac Doil después de oír la traducción de Kalutunak, —¡Se creían los únicos habitantes del globo!

—Creen, sin duda, que más allá de este banco no hay nada más—repuso el ingeniero.

Así hablando, otros dos hombres más jóvenes y tres mujeres, acompañados de algunos rapaces, salieron de las chozas de hielo y miraron con asombro á los seres salidos del mar.

—¡Vaya unas caras hambrientas!—dijo Mac Doil.

—La abundancia no debe de reinar aquí—repuso Orloff.—Con las armas primitivas que tienen no les será fácil proporcionarse mucha caza.

—Tampoco tienen perros—añadió Sandoe.

—Proveeremos á esta pobre gente de armas y de animales—dijo el ingeniero.

Y volviéndose á Kalutunak, le dijo:

—Pregúntales si más al Norte han encontrado el mar libre.

Esto preguntó el esquimal á sus compatriotas, esforzándose por hacerles entender lo que era el mar libre y dónde estaba el Norte. Respondieron que no habían visto más que hielos, salvo algunos días de la buena estación, durante los cuales cazaban focas y osos y

veían otras alimañas que no podían coger por ser muy grandes y vivir en el agua. Aludían, seguramente, á las ballenas.

No pudiendo recabar otras noticias, el ingeniero dió orden de volver á bordo para seguir el viaje. Antes, empero, de abandonar aquel sitio, regaló á aquella pobre gente una cierta cantidad de galletas, una caja de *pemmikan*, un barril de puerco salado, algunas hachas y cuchillos y dos perros esquimales, macho y hembra, así como un pequeño trineo, de que también carecían.

Al medio día el *Taimyr*, seguido por las asombradas miradas de los esquimales, se hundía para seguir su viaje bajo el interminable banco de hielo.

CAPITULO XXII

Restos de animales antediluvianos.

El *ice-field* seguía siendo compacto, si bien tendía á disminuir de espesor, pues el buque, que se mantenía á cien metros de profundidad, ya no encontraba obstáculos y aumentaba la zona de agua superior, señal evidente de que la congelación disminuía cada vez más.

No obstante, seguían viéndose millares de fragmentos de hielo que una corriente del Sur arrastraba hacia climas más cálidos. Aparecían también algunos peces, alguna foca, y esto era buen augurio.

Por lo visto, el deshielo había empezado en aquella región, reblandeciendo el casquete que ceñía al Polo.

Durante otras seis horas el *Taimyr* siguió

devorando millas, hasta que se paró de pronto á un aviso del timonel, el cual había visto una masa enorme de color obscuro que se dibujaba á la extremidad del haz luminoso proyectado por el reflector eléctrico, é ignorando qué era, ordenó máquina atrás.

El ingeniero, Orloff y los dos cazadores, que estaban cenando, al notar que se paraba el buque, se levantaron precipitadamente y fueron al timón.

—¿Qué ocurre?—preguntó el ingeniero.

—Señor—contestó el marino,—está cerrado el camino.

—¿Por los hielos?

—No; por una masa obscura que parece surgir del mar.

—¿Una isla tal vez?

—Ó la costa groenlandesa—repuso Orloff.

—Ahora lo veremos; gobernad al Oeste.

Viró el buque acercándose á una costa que surgía verticalmente del fondo del mar, lisa como una pared, á cuatrocientos metros de distancia.

El campo de hielo se unía á aquella tierra. Durante media hora el *Taimyr* siguió la costa; luego torció bruscamente al Este y el mar volvió á quedar libre.

—Acaso sea una isla—dijo el ingeniero.

Una hora después aparecía otra tierra ante la proa, mientras el fondo marino se mostraba á pocos metros lleno de unas algas negras. El buque la siguió con prudencia hasta que descubrió otra tierra, como si surgiera un archipiélago.

Por miedo á enredarse en aquellos bancos de algas, el ingeniero decidió romper el cerco de hielo.

—¿Dónde creéis que nos encontramos?— preguntó á Orloff.

—A doscientas millas del Polo, poco más ó menos.

—Pues rompamos el hielo, á ver si se encuentra un paso.

—Bastaría un espolonazo. El deshielo ha minado el banco, que, cuando más, tendrá un metro ó dos de espesor.

Efectivamente, bastó un solo espolonazo del buque para abrir un rasgón de sesenta ó setenta metros. Una vez libre la nave, recobró su equilibrio y se abrió la escotilla. El ingeniero, Orloff y los dos inseparables cazadores salieron á saludar al Sol, que brillaba espléndidamente en un cielo purísimo reflejándose en los hielos.

Frente al buque, á menos de medio kilómetro de la proa, un islote de unas dos millas de extensión y erizado de rocas emergía del banco, viéndose otros tres á popa, pequeños también, pero á mayor distancia. Hacia el Este, á quince ó veinte millas, se perfilaba una costa que debía de ser bastante alta, y más allá una montaña se destacaba en el luminoso horizonte, si bien cubierta de nieve.

No se veían animales terrestres, pero en los aires y en el banco de hielo pululaban ocas, garzas marinas, perdices de nieve y *auk*.

—¿Qué isla es ésta?— preguntó Mac-Doil señalando á la más próxima.

—La isla Mac Doil—respondió el ingeniero sonriendo.

—¿La isla Mac-Doil? ¡Os chanceáis!

—No.

—¿Y las otras?— preguntó Sandoe.

—Una es la isla *Taymir*, otra, la Orloff, y la

tercera, Sandoe, que así las llamamos, en atención á que nadie las ha visto antes de ahora. Las hemos descubierto, y podemos bautizarlas como queramos.

—Gracias—dijeron los dos cazadores.

—Y la costa que surge al Este la llamaremos Tierra de Nikirka—añadió Orloff.

—¡Seal—repuso el ingeniero.—Haremos un croquis de estas islas y de la costa, y lo incluiremos en nuestro mapa, juntamente con nuestros nombres. ¿Veis agua libre en algún sitio, señor Orloff?

—No; pero la costa de hielo me parece que permite navegar por la superficie.

—Entonces, procuraremos ganar la costa: tengo curiosidad por visitarla.

Volvió á hundirse el buque, y navegó lentamente hacia la isla señalada. Luego siguió espoloneando la costa de hielo, que cedía sin gran resistencia. A las tres de la tarde el buque se paraba en una pequeña bahía que terminaba en una laguna cubierta por algunos témpanos y *hummocks* ya medio disueltos.

Ambos comandantes y los cazadores, armados de sus fusiles y acompañados del mastín, tomaron tierra, levantando bandadas de ocas y de ánades. Como el deshielo había ya empezado en aquel islote, se descubría alguna vegetación de musgos y sauces, y algunos arroyuelos rumorosos.

El ingeniero y sus compañeros estaban ya á punto de avanzar para cobrar alguna pieza en las cercanías, cuando oyeron á Camo ladrar con furia.

—Avancemos poco á poco—dijo el ingeniero.

Armaron los fusiles, y dieron la vuelta á

unas rocas tras las que se habia guarecido el perro. Junto á un terreno semi-inundado vieron un esqueleto enorme, monstruoso, medio hundido en el suelo.

—¿El esqueleto de una ballena?—dijo Mac-Doil.

—¿Una ballena en tierra?—repuso Orloff.—Que yo sepa, los cetáceos no han aprendido todavía á andar por tierra.

Acercáronse al esqueleto y lo examinaron con curiosidad. Era de dimensiones extraordinarias; unos doce metros de largo, por un diámetro de otros diez. La enorme cabeza estaba armada de dos larguísimos dientes curvados, tres veces mayores que los de los elefantes y mucho más arqueados, mientras los huesos de las manos, gruesas como el muslo de un hombre, medían otros cinco metros.

—¡Diantre!—exclamó Mac-Doil.—Cualquiera diría que esto era el esqueleto de un elefante colosal.

—Si no eso precisamente, pertenece á la misma especie, porque es un *mammuth*—contestó el ingeniero.

—¿Qué clase de bestia es ésa?—preguntó Sandoe.

—Un animal parecido al elefante, pero cuya mole superaba tres ó cuatro veces á los que ahora habitan los bosques de Asia y de Africa.

—¿No os sorprende encontrar junto al Polo un animal así?

—No, porque también en los *tundra*, ó sea en los hielos y en las lagunas de la Siberia, se han encontrado huesos de *mammuth*; tanto, que en San Petersburgo se conserva la cabeza de uno en muy buen estado.

—¿Eran animales polares?

—Más bien parece que no lo eran.

—¿Cómo se encuentran, pues, en medio de estos glaciares, siendo así que los elefantes prefieren los países cálidos?

—Probablemente, porque en la época en que los *mammuths* vivían, la Tierra no se había enfriado aún en la extremidad de su eje. Pero basta de explicaciones, y vamos adelante porque diviso algo que se mueve, y bien pudiera ser un oso.

Abandonaron la gigantesca osamenta, y siguiendo la costa vieron, efectivamente, algo que se agitaba entre los hielos de la orilla. Parecía un pequeño anfibio ó una foca pequeña.

En pocos minutos se aproximaron á cien pasos del animal, y vieron que, en efecto, era una foca que apenas tendría sesenta centímetros de largo. Sandoe le hizo un disparo, dejándola sin vida. Entonces se vió salir del agua á la madre, la cual se arrastró fatigosamente por la orilla lanzando ladridos roncós y profundos que denotaban viva irritación.

—¡Diantre!—exclamó el cazador asombrado;—¿qué especie de foca es ésta?

La sorpresa de Sandoe era legítima, pues aquel anfibio era distinto de las demás focas, á lo menos por la cabeza. Medía dos metros, tamaño desusado en una foca; tenía grande el cuerpo, la cola, aplanada, los pies, unguiculados, la piel, hirsuta y con manchas rojizas, y el vientre, gris. Sobre la enorme cabeza ostentaba una cresta encrespada, larga de veinte centímetros, que daba al animal un aspecto raro y amenazador.

—¡Un *neitersoak!*—dijo Orloff.—¡En guardia, porque estos anfibios son valientes y no retroceden ante los cazadores!

—La mataré, por fiera que sea—dijo Mac-Doil.

La foca, al ver á su hijo en un charco de sangre, se proponía arrastrarlo consigo. Camo se había precipitado sobre el anfibio; pero un testerazo de animal le echó patas arriba.

Mac-Doil, furioso al ver á su perro maltratado por una simple foca, se adelantó, é hizo fuego á cuarenta pasos. El animal, herido en el cráneo, cayó al lado de su cría retorciéndose en los estertores de la agonía, mientras su cresta se arrugaba cayéndole sobre la nariz.

—Señores—dijo Mac Doil,—no he visto nunca focas así.

—Son muy raras en las islas americanas del Norte, y aun en la Groenlandia, y por eso, poco conocidas—contestó el ingeniero.—Así y todo, se matan al año de mil á dos mil.

—¿Tienen costumbres distintas de las otras focas?

—No lo creo; si bien son más valientes.

—Y la cresta, ¿para qué les sirve?

—Para nada. Es una especie de membrana que se hincha cuando el animal está irritado.

—Podéis volver á bordo con la presa—añadió el ingeniero.—Vos, señor Orloff, acompañadme á dar una vuelta á la isla. No nos vendrá mal un paseo.

CAPITULO XXIII

Los primeros bueyes almizclados.

En tanto que los dos cazadores, con la ayuda de Camo, acarreaban la foca, los dos comandantes seguían recorriendo la costa de la isla.



Millares de aves anidaban entre las rocas y dejaban acercarse á los paseantes sin asustarse; señal evidente de que no estaban acostumbradas á ver hombres ni á temerlos. Abundaban sobre todo los *baccalao bird* y las *procellaria falmar*, volátiles algo grandes, que sirven de lámparas á los esquimales con sólo meterles en la garganta una torcida para que ésta arda bien, y animal que al empollar sus huevos produce un ruido parecido al de una rueda movida rápidamente.

Veíanse también albatros graznando sobre los bancos de hielo. En la llanura abundaban las zorras polares de piel azul plateada, que no se resolvían á huir hasta que oían los ladridos de Camo.

De cuando en cuando el ingeniero y Orloff se paraban para observar el suelo, que parecía enteramente volcánico, con lavas, escorias y piedra pómez, como el de las regiones australes. Otras veces se detenían para remover huesos monstruosos de *mammuths* y de *mastodontes*. Prosiguiendo la marcha, vieron galopar entre las rocas del islote grandes cabezas de un ganado que no creían encontrar á tan corta distancia del Polo.

Aquellos animales se parecían más á carneros que á bueyes. Eran de cuerpo pesado, piernas cortas, hocico peloso, breve y obtuso, cabeza armada con dos cuernos, que formaban sobre el cráneo dos protuberancias, y se encorvaban después, terminando en dos puntas muy agudas.

Sus crines eran bellísimas, y colgaban hasta el suelo. Los dos comandantes los reconocieron en seguida. Eran bueyes almizclados; animales que únicamente se encuentran en las

islas americanas del Océano Artico, y que escasean mucho.

Hubieran deseado matar algunos; pero como estos bueyes son muy desconfiados, huían prontamente de su alcance.

Cuando regresaron á bordo después de haber dado la vuelta á la isla, eran las ocho de la noche. Los dos cazadores habían desollado la foca y entregado al cocinero los sesos y la lengua, dos bocados apetitosos.

A las nueve el buque emprendió la marcha hacia el Norte, espoloneando los hielos, que cedían fácilmente á su empuje. A las seis de la mañana encontraron otro islote de media milla de circunferencia, mientras á su derecha la costa entrevista el día anterior se alejaba rápidamente replegándose al Este.

Parecía que la costa de Groenlandia acababa allí, pues no se veía más tierra hacia el Norte. Los hielos disminuían, y la temperatura oscilaba entre los 0 grados y 7. Sin embargo, aún se veían algunos *ice-bergs* de grandes dimensiones que desafiaban el corto verano polar sin derretirse por completo, y gran número de *streams* y de *palks* que se dejaban transportar por alguna corriente que parecía bajar del Oeste.

A las diez vieron al Oeste otro islote algo más grande que el anterior, y en sus orillas, algunos osos blancos que parecían espiar á las focas y á las morsas; pero casi en el mismo instante Orloff, que acababa de echar la sonda, notó que el fondo del mar se elevaba rápidamente.

—¿Si en vez del famoso mar libre habrá una especie de laguna en el Polo Norte?—dijo el ingeniero.

—Así parece — respondió Orloff. — Mirad cuántas algas se ven surgir del fondo de los canales.

—Es verdad—dijo Nikirka. —Sentiría no encontrar agua bastante para llevar mi buque hasta debajo de la misma estrella polar.

La velocidad del *Taimyr* se redujo á tres nudos por hora, pues tenía que echar la sonda á cada instante, y sólo encontraban once metros de agua. Esperando hallar mayor profundidad, el ingeniero enderezó el rumbo al Este, luego al Oeste, pero sin mejor resultado.

En todas partes el fondo disminuaba y estaba lleno de algas negras. A mediodía los dos comandantes tomaron la altura.

—Estamos á ochenta y siete grados cincuenta y tres minutos de latitud y á sesenta grados catorce minutos de longitud — dijo Orloff á Mac-Doil; ó, lo que es lo mismo, á ciento diez y siete millas del Polo.

—¡Vaya! — respondió el hebridano. — ¡Ahora sí que podremos ver lo que hay allá!

—Ya lo podéis imaginar—repuso el ingeniero. —Poca agua, bancos fangosos y algún islote. Señor Orloff, ¿tenemos agua suficiente?

—Tenemos nueve metros á estribor, y me parece que seguiremos igual hacia el Norte. Observad, si no, el color azul de la superficie del mar. Esto indica una buena profundidad.

—Paréceme ver otro islote allá abajo, como no sea una montaña de hielo. El horizonte está nublado en esa dirección; pero pronto sabremos qué es ello.

El *Taimyr* andaba á tan buena marcha, que si el mar estuviera libre, en cinco ó seis horas hubiese podido llegar al punto donde se cruzan todos los meridianos del globo.

Quince millas más arriba hallaron el islote divisado por el ingeniero. Era un picacho de naturaleza volcánica, de algunos centenares de metros de circunferencia, formado por rocas cortadas á pico. Como encontrara agua bastante, el *Taimyr* le rodeó, ahuyentando á algunas nutrias que estaban regodeándose al pálido sol en la cima de algunos escollos.

—¡Lástima que tengamos tanta prisa!—dijo Mac-Doil. —Son espléndidas, y su piel se vendería á buen precio.

—Las cazaréis al regreso, si volvemos á pasar por aquí—repuso el ingeniero.

—¿Tenéis intención de regresar por otro camino?

—Sí; doblando la punta septentrional de la Groenlandia, para llegar más pronto á Europa. ¿No os parece bien?

—Sí, señor. Y luego, ¿emprenderéis otro viaje al Polo Sur?

—¡Quién sabe! ¿Me acompañaríais también, Mac-Doil?

—¡Pagáis tan bien! Diez mil dollars son para mí una fortuna que nunca hubiera soñado ganar en la Compañía de Hudson. Podéis contar conmigo.

—¡Con tal que no nos acontezca alguna desgracia en el regreso!—repuso el ingeniero con un acento tan extraño que impresionó vivamente al hebridano.

—¿Qué decís, señor? Con vuestro buque no se corre ningún peligro. ¿Tenéis algún presentimiento?

—No lo sé. Bajemos: deseo reconocer el fondo.

Dejaron la plataforma y bajaron á la sala, donde observaron á través de los vidrios una

bandada de pequeños cefalópodos que se esforzaban por seguir al buque. El agua se mostraba limpia, pero de improviso se oyó la campanilla de alarma del timonel.

—¿Qué será?—exclamó Mac-Doil.—¿Habremos llegado ya al Polo?

—¡Ya es tiempo!—repuso Nikirka.—Sólo nos faltan cien millas.

Se acercó á la brújula, que estaba al otro extremo del salón, y vió que si bien la aguja imantada apuntaba al Norte, no se había desviado una sola línea.

—¡Señor Orloff!—gritó.

En aquel instante entró el segundo con el semblante demudado.

—¿Por qué esta alarma?—preguntó el ingeniero.

—El camino está nuevamente obstruido—respondió Orloff.—Un extenso banco de hielo, que debe de tener un espesor colosal, cubre el mar.

—Creía no volver á encontrar este obstáculo. ¿Existirá un segundo casquete de hielo alrededor del Polo? No habrá más remedio que pasar por debajo de él.

—Eso si encontramos agua suficiente. Apenas tenemos siete metros de profundidad.

La frente de Nikirka se nubló. No había previsto aquel obstáculo, que podía oponer una barrera insuperable y obligarle á volver atrás cuando ya estaba para tocar en el Polo.

—¡Vamos á ver!—dijo.

Abrióse la escotilla al tiempo que el buque navegaba á flor de agua para evitar cualquier roce submarino. Orloff dijo verdad. A menos de media milla se extendía, hasta perderse de vista en el horizonte septentrional, un inmen-

so banco de hielo que reflejaba un *ice-blink* hasta las nubes que entoldaban el cielo, haciéndolas brillar de un modo extraño.

Era una masa enorme; probablemente, un glaciar de formación antigua, coronado de *ice-bergs*, de obeliscos y de cúpulas medio desmoronadas. En su superficie se destacaban numerosas bandadas de aves y muchos puntos negros, que debían de ser focas ó vacas marinas.

—¡Pensar que estamos á sólo diez millas del Polo!—exclamó el ingeniero contrariado.—¡Si será intangible ese punto geográfico!

—Señor—dijo Mac-Doil,—he aquí un hueso duro de roer. Este banco llegará hasta el fondo, y no habrá modo de pasar por debajo. Necesitaríamos centenares de quintales de dinamita para desbaratar este coloso.

Nikirka no contestó. Miraba al banco con el ceño contraído y retorciéndose nerviosamente el bigote.

—¿Qué haremos?—dijo Orloff.—Sería una locura asaltarlo á espolonazos.

—¡Quién sabe si así hallaríamos algún paso! No renuncio á la empresa, ahora que estoy tan inmediato al Polo.

Sacó del bolsillo un anteojo, y lo apuntó hacia el Norte, quedando inmóvil por unos instantes. Cuando lo retiró, dijo á Orloff:

—He descubierto el mar libre. Nos faltan unas treinta millas; pero podremos pasar. Esta es la dificultad.

—¿No se ve algún canal?

—Ninguno; el hielo permanece compacto.

—¿Nos sumergimos?

—Sí.

Bajaron y cerraron herméticamente la esco-

tilla, aunque tomando la precaución de soltar la manga de goma que debía proveer de aire al buque.

Un momento después éste se sumergía. El capitán examinaba el fondo del mar, que aparecía limpio, sin trazas de vegetación y con escasos peces de los llamados *candela* porque son tan oleaginosos, que arden como una vela. El agua, diáfana é impregnada del *ice-blink* del campo de hielo, hacía innecesaria la luz eléctrica.

El buque navegaba entre dos aguas tan moderadamente, que apenas hacía dos millas por hora.

De pronto el banco apareció á unos pasos. El capitán hizo un gesto de cólera.

—El camino está cerrado—dijo Orloff.

—Probemos á costear el banco.

—¿Y si intentáramos embestirlo?

—Nada conseguiríamos, como no fuera comprometer el buque.

El *Taimyr* siguió su camino costearlo el inmenso banco de hielo á unos veinte metros de la orilla que proyectaba una luz tan viva, que deslumbraba.

A poco se divisó una hendedura que el capitán supuso sería un canal transitable, por el que hizo pasar el buque.

—Vamos á explorar este paso—dijo,—y si no es á propósito, buscaremos otro.

Más que un canal, era una galería abierta en el banco de hielo, probablemente, por las presiones, de forma semicircular, y que se apoyaba en el fondo del mar. El buque corría, pues, riesgo, de que, alterándose el equilibrio de aquellas masas, cayeran sobre él, interceptando el camino.

—Pongámonos en las manos de Dios—dijo Nikirka.

Una luz intensa, deslumbrante, se difundía en el canal; señal evidente de que el banco no tenía el espesor que habían creído. A veces cambiaba de forma, apareciendo triangular, con el vértice en alto; otra prueba de que las presiones habían hecho una mella en él.

El buque avanzaba casi rastreando el fondo. Tendría recorridas unas diez millas, cuando súbitamente se hundió, quedando inmóvil.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó ansiosamente el ingeniero.—¿Está cerrado el canal?

—No; pero debe de haber un desprendimiento en el banco—respondió Orloff.—Algún *ice-berg* ha hundido el hielo y su mole gravita sobre nosotros.

—Veamos—dijo Nikirka procurando mantenerse tranquilo.

El *Taimyr* yacía en el fondo del mar, en una pequeña depresión formada por las hélices que no cesaban de funcionar. En aquel sitio, el canal era ancho y no presentaba ningún obstáculo. El comandante vió aparecer hielo en los vidrios.

—¡Sí—dijo inundado de sudor frío;—algún *ice-berg* ha hundido el banco y nos tiene oprimidos!

El buque era demasiado sólido para que se rompiese; pero quedaba el temor de que faltara el aire si aquella prisión se prolongaba.

—Orloff—dijo,—probad á forzar la máquina, á ver si podemos atravesar el hielo.

El buque hizo esfuerzos prodigiosos para salir de aquel encierro. El agua empezaba á enturbiarse, mientras el espolón removía la arena. Instantáneamente chocó violentamente

contra un obstáculo que atajó su marcha fatigosa.

—No hay más remedio que dar máquina atrás—dijo el ingeniero.

—¿Y si tenemos cerrada la salida?—dijo Orloff.—Temo que el *ice berg* nos tenga bloqueados.

—Probemos—repitió el ingeniero.

Manióbró el buque, mientras sus tripulantes miraban el mar ansiosos. Jugaban al último albur, y ya se comprenderá su angustia. El buque seguía hacia atrás, haciendo poderosos esfuerzos. Habría retrocedido unos veinte metros, cuando se detuvo de improviso, y la máquina cesó de funcionar.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Orloff precipitándose á la sala.—¡El canal se ha cerrado detrás de nosotros! ¡Tenemos á popa una pared enorme de hielo! ¡El *ice-berg* se ha hundido en el fondo del canal!

—¡Venid á mi camarote!—dijo Nikirka.

—¿Habrá esperanzas de salvación?—dijo Sandoe á Mac-Doil cuando salieron los comandantes.

—No sé qué te diga, pobre amigo mio—respondió Mac-Doil.—Estamos en una prisión de hielo que no podemos romper.

—¿Temes que el *Taimyr* acabe aquí su carrera?

—Y nosotros con él. Moriremos lentamente asfixiados. Apenas tenemos aire para diez horas.

—En diez horas pueden hacerse muchas cosas, Mac-Doil.

—¡Ea, Sandoe; voy á darte un consejo! ¡Vamos á comer! ¡Con el estómago lleno se nos ocurrirán ideas más alegres!

—Y se muere más tranquilo; ¿es verdad Mac-Doil?

—¡Sí; que nos sorprenda la asfixia con el vaso en la mano! ¡La lástima es otra cosa!

—¿Cuál?

—Dejar aquí también mis dollars. ¡Si á lo menos pudiese recogerlos algún día un pobre cazador de focas!

Dió el brazo á Sandoe; y ambos se dirigieron tranquilamente á la despensa, sin preocuparse más de la muerte, que ya empezaba á cer-nerse sobre el buque.

CAPITULO XXIV

La lucha contra los hielos.

Pese á sus esfuerzos por mostrarse resignados, Mac-Doil y Sandoe comieron mal. Cuando se levantaron de la mesa, estaban preocupadísimos.

Lo que más les inquietaba era la absoluta inmovilidad del buque, así como el profundo silencio que reinaba en todo él; verdadero silencio de tumba. La idea de morirse lentamente por falta de aire se apoderó de su cerebro.

No es que los dos cazadores temieran á la muerte, á la que cien veces desafiaron luchando con las fieras ó con las terribles tempestades del Estrecho de Behring; pero sí les producía extraña impresión eso de morir encerrados en aquel coloso de acero sepultado entre los hielos.

—¡Cualquiera diría que tengo miedo!— dijo Mac Doil levantándose.

—La verdad es que tienes una cara muy

fúnebre — repuso Sandoe tratando de burlarse.

—¿Sientes tú una opresión dolorosa?

—Todavía no.

—Pues se me figura que empieza á faltar aire.

—No, Mac-Doil; aún nos queda para ocho ó nueve horas.

—¿Habremos de esperar hasta entonces sin hacer ningún esfuerzo? ¡Y el ingeniero sin dejarse ver!

Esto diciendo, Mac-Doil cogió del brazo á Sandoe y exclamó con voz alterada:

—¡Si se habrá matado!

—Me asalta el mismo presentimiento—repuso Sandoe.—¡Sí, Mac-Doil; vamos á verlo!

Atravesaron el corredor, y llegaron silenciosamente ante el camarote del ingeniero. El más profundo silencio reinaba tras la pared metálica.

—¡Llamemos!—dijo Sandoe.

Y dió tres golpes con los nudillos.

—¡Entrad!—dijo una voz desde adentro.

Los cazadores respiraron. El sonido de aquella voz, perfectamente tranquila, les restituyó el ánimo y calmó su zozobra.

Entraron empujando la puerta con violencia. Allí estaba el ingeniero, solo, sentado ante una mesa, encorvado sobre una hoja de papel cubierta de números y con un cigarrillo en la boca.

—¿Qué queréis, mis bravos cazadores?—dijo levantándose.

—Digo—respondió Mac-Doil—que el tiempo pasa y que, si no lo remediamos, moriremos asfixiados.

—No tan pronto como creéis, Mac-Doil. Te-

nemos aire para catorce horas, y cuento con mis fuerzas.

—No os comprendo.

—Tranquilizaos: he calculado el espesor del hielo, y pondré en libertad al buque.

En aquel momento entró Orloff tranquilo.

—El hielo—dijo—ciñe el buque y forma á su alrededor una masa compacta.

—¿Habéis encendido fuego?

—Sí, y los marineros están calentando las barras, señor Nikirka.

—¿Sabéis manejar los picos?

—Como mineros—respondió Mac-Doil.

—Seguidme.

Salieron del camarote, y subieron hasta la escotilla. Con gran asombro vieron los cazadores que estaba abierta, si bien el fondo del *ice-berg* cerraba la abertura completamente.

—Comprendo—dijo Mac Doil.—Se trata de abrirnos paso á través del hielo.

—Sí; un pozo que permita asomarnos á la superficie del banco—contestó el ingeniero.—Es el único medio que nos queda para salvar la vida.

—La faena será larga. ¿Qué espesor tendrá el hielo?

—Si no me engañan mis cálculos, la superficie del banco debe de estar á diez metros sobre nosotros. Debemos, sin embargo, cavar horizontal, y no verticalmente, lo cual nos da una distancia doble ó triple.

—¡Treinta metros! ¿Y por qué no cavamos verticalmente? Así acabaremos más pronto.

—Porque tendríamos que horadar todo el *ice-berg*, el cual bien pudiera tener cien metros de altura. Exploraremos los dos flancos con barras ardiendo.

—¡He aquí otro enemigo!

—¿Por qué, Mac-Doil?

—Porque el fuego consumirá más pronto nuestra provisión de aire.

—Lo sé; pero es necesario. ¿Cuánto hielo podréis cavar cada hora?

—Lo menos, tres metros.

—Suponiendo que haya de abrirse un tunel de treinta metros, emplearemos, por lo tanto, diez horas. Tenemos el aire medido. ¡Al trabajo, amigos míos, sin perder tiempo! Nosotros os relevaremos al cabo de una hora, y luego seguirán los marineros.

—¿Y dónde echaremos el hielo?

—Dentro del buque no tardará en deshelarse, y con las bombas echaremos el agua.

Los marineros llevaron algunos picos y palas.

—Picad oblicuamente hacia el Sur—dijo el ingeniero.—En esa dirección el *ice-berg* ha de tener menos espesor.

Los dos cazadores se apoderaron de sendos picos y empezaron á perforar vigorosamente el hielo; tanto, que arrancaban pedazos enormes que iban rodando escalera abajo.

La esperanza de ver el cielo y respirar libremente redoblaba sus fuerzas. Pero bien pronto sintieron fatiga manejando los azadones en aquel pozo, que no tendría dos metros de circunferencia. No por eso cejaron en su faena. En una hora excavaron tres metros, y como tan rudo trabajo les caldeaba el cuerpo, pudieron resistir el intenso frío que hacía en aquel antro.

—¡Basta!—les dijo de pronto el ingeniero.—Próbaremos las barras, por más que estamos lejos de la superficie.

Acudieron los marineros llevando una barra de hierro al rojo, larga de doce metros y bastante puntiaguda. Metiéronla en el hielo, y la retiraron prontamente. Después de dejar verter el agua producida por el hielo derretido, el ingeniero acercó la boca al agujero.

—¡Nada!—dijo.—¡Ni un átomo de aire!

Tocó entonces á los dos marineros, al cocinero y Kalutunak, quienes, armados de hachas, atacaron al *ice berg* con extraordinario vigor. Ganados otros tres metros, el ingeniero hizo otro sondeo con una barra más grande que la primera, pero también sin éxito.

—Con todo—dijo,—ya habremos perforado unos once metros. El *ice berg* debe de ser colosal; pero como tenemos aún ocho horas de tiempo, podemos hacer mucho trabajo. No hay que desesperar; podemos avanzar cincuenta y también sesenta metros.

Y volvieron al trabajo con más ahinco que antes. A las cinco horas se habían perforado quince metros en línea oblicua; pero no llegaban á la superficie del banco, lo cual estaba en desacuerdo con los cálculos de Nikirka. A las siete horas, tras esfuerzos inauditos, se llegó á veinte metros, tropezando con un poco de arena y algunos cascajos.

—¡Esto es buena señal!—dijo el ingeniero á sus compañeros, que le interrogaban angustiados —¡No podemos estar muy lejos del borde del *ice berg*!

Metieron otra barra candente, y... ¡nada! El ingeniero estaba pálido. Empezaba ya á faltar aire.

A pesar de todo, siguieron trabajando febrilmente, pero en sentido horizontal, para llegar más pronto á los extremos del *ice-berg*, si bien

esto hacía más penoso el acarreo del hielo desprendido. Otros cinco metros se ganaron á las nueve horas, y ya los pulmones estaban débiles. ¡Se acercaba el momento terrible en que había de faltar el aire respirable! La muerte no estaba lejos.

Ya el ingeniero empezaba á desanimarse. Después de probar otra barra, la tiró con desaliento. Miró á sus compañeros, que estaban pálidos como muertos.

—Todo ha concluído; ¿no es verdad?—dijo Mac-Doil con voz apagada.—Dentro de un cuarto de hora habremos muerto todos. ¡Volvamos al buque; prefiero morir dentro de él!

Pero un gesto del ingeniero le contuvo.

—¡Teinta y dos metros!—decía éste hablando consigo mismo.—¡Suceda lo que suceda, lo probaré!

—¿Qué?

Nikírka se apartó de ellos sin contestar á esta interrogación, y á los dos minutos reapareció y dijo:

—Retiraos de aquí todos. Voy á desquiciar el *ice-berg* con un cartucho de dos kilogramos de dinamita.

—¿No saltará el buque?

—Se encuentra á treinta metros debajo de nosotros, protegido por una enorme masa de hielo. Sentirá el choque; pero no creo que sufra ninguna avería. ¡Pronto; retiraos!

Colocó el cartucho en el agujero del pozo abierto, y dando fuego á la mecha, que había de durar cinco minutos, siguió corriendo á sus compañeros.

—¡Cerrad la escotilla!—dijo.—El hielo podría derretirse en demasía y anegarse el buque.

Cuando se encontraron encerrados en el buque, creyeron que se asfixiaban.

—¡Apagad el fuego!—dijo.

Los marineros y Orloff, tambaleándose como ebrios, fueron á las máquinas á cumplir lo ordenado. El ingeniero, por un milagro de energía se mantenía de pie ante el cronómetro colgado de la pared y con los ojos clavados en la manecilla. Profundo silencio, interrumpido por la respiración fatigosa de los dos cazadores tendidos en un diván y por algún ladrido de Camo, reinaba en la estancia.

Las manecillas avanzaban; pero parecía que no tanto como debieran.

—¡Las siete y treinta y cinco!—exclamó el ingeniero.

Casi en el momento se oyó en lo alto una sorda detonación. El buque sufrió una sacudida, casi una ligera ondulación, señal evidente de que la base del *ice-berg* no se había roto, y que la brecha se había producido solamente arriba.

El ingeniero, con un esfuerzo supremo, subió por la escalera y abrió precipitadamente la escotilla.

—¡Aire!—exclamó.

En efecto; á través del pozo bajaba una corriente de aire helado, que vivificó sus pulmones exhaustos.

A su grito acudieron los cazadores.

—¡Salvados! ¡Estamos salvados!—gritó MacDoil. —¡Sandoe, amigo mío, ya no moriremos! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Saltemos, bailemos, bebamos! ¡Viva el Polo!

No parecía sino que se había vuelto loco. También Camo, que minutos antes parecía moribundo, se había lanzado hacia la escoti-

la brincando y ladrando alegremente. Orloff y los tres marineros se sintieron resucitados.

—¡Ah! ¡Qué sublime idea habéis tenido, señor Nikirka!—decía Mac-Doil.—¡Sin el cartucho de dinamita, á estas horas habríamos muerto!

—¿Se habrá roto la superficie del banco?—preguntó Orloff.

—Seguramente—contestó el ingeniero radiante de alegría.—Debemos de estar cerca de ella; más de lo que creíamos.

—¡Ea; desembaracemos el camino!—dijo Mac-Doil.—¡Me siento con fuerzas de gigante! La verdad es que no creía salir tan bien del lance.

—Nosotros, si; pero el buque sigue preso—respondió Orloff,—porque la base sigue compacta.

—¿Tendremos que abandonarlo?—dijo Mac-Doil aterrado.—Eso sería otro peligro de muerte. ¿Cómo podríamos llegar á la costa groenlandesa, y de allí á los establecimientos daneses?

—No os preocupéis por eso. Como encontremos el medio de asegurarnos aire, hallaremos manera de libertar el *Taimyr*, á quien amo como á carne de mi carne. Por ahora pensemos en llegar á la superficie del banco, y veremos lo que se ha de hacer.

Pertrecháronse de barras largas de hierro para hacer caer los bloques acumulados en el pozo, que podían congelarse nuevamente y anular el trabajo realizado. La explosión, que debió de ser enorme, había desequilibrado la masa del *ice-berg*, formando en su seno una excavación profunda, una especie de caverna producida, sin duda, por la súbita liquefacción

del hielo. Unas dos horas tardaron en llegar al sitio donde se había puesto el cartucho.

Mac-Doil, como más ansioso, llegó allí el primero, seguido de los demás.

—¡Adelante, Mac-Doil!—gritaba Sandoe.—
¡Mete hierro; quiero ver el Sol!

El hebridano arañaba el hielo con el cuchillo, procurando llegar á la abertura.

—¡Veo el agujero!—exclamó de pronto.—
¡Me faltan tres ó cuatro metros para salir fuera!

En esto oyeron ladrar furiosamente al mastín.

—¡Cuidado!—dijo el ingeniero. —¡Vuestro perro huele algo.

—Alguna foca que estará arriba—repuso Dac-Doil.—Con el cuchillo me basta.

Sin titubear alargó el brazo, y se preparaba á trepar á la superficie, cuando de pronto sintió en la cara una bocanada de aire caliente y nauseabundo, y en seguida una zarpa vellosa que le arañó el cabello.

—¡Un oso! ¡Un oso!—gritó.

Haciendo un esfuerzo desesperado retrocedió, dejando la gorra entre las uñas del animal. Este estaba preparado para dar una dentellada al imprudente; no pero pudo hacerlo por la reducida hendedura del agujero. Un tirón de Sandoe apartó más aún á Mac Doil de la fiera, la cual hacía esfuerzos desesperados para ensanchar el orificio, á pesar de los tremendos ladridos de Camo, que retumbaban pavorosamente en el pozo.

—Mac-Doil—dijo el ingeniero desde abajo, —¿sigue el oso arriba?

—¡Sí; mandad en seguida por la escopeta cargada!

El último, que era un marinero, retrocedió inmediatamente por la escopeta.

El oso, mientras tanto, seguro de zamparse la presa, no pensaba en retirarse. Abría desmesuradamente las fauces, lanzando gruñidos de impaciencia. Mac-Doil vomitaba sobre él mil epítetos injuriosos, amenazándole con el cuchillo.

Llegó el marinero con dos fusiles cargados. El oso, como si comprendiera el peligro que se le venía encima, empezó á retroceder. Cuando la escopeta, pasando de mano en mano, llegó á las de Mac-Doil, la cabeza del oso había desaparecido del orificio.

—¡Cuidado!—dijo el ingeniero.—¡Os espera afuera!

—Pues no voy á estarme aquí horas y horas. Empiezo á helarme—contestó el valiente Mac-Doil.

El cual, poniéndose en guardia, se acercó al agujero, á cuyo borde estaba el gorro maltrecho por las garras del oso. Al subir la escopeta para trepar hacia arriba, sintió que daban un golpe en el arma, que se disparó por sí sola. Oyóse un sordo gruñido, y entre la humareda se vió aparecer la cabeza de la fiera.

Sandoe pasó en seguida su escopeta al compañero.

—¡Tira!—le dijo.—¡Pronto!

Un segundo disparo se oyó, seguido de un aullido terrible. La cabeza desapareció nuevamente.

Seguro Mac-Doil de haber rematado al oso, saltó afuera blandiendo el cuchillo y seguido de Sandoe y su perro. A tres pasos de allí estaba la fiera de pie sobre las patas traseras, aullando terriblemente y con la cabeza rota.

—¡Atrás!—gritó el hebridano al ingeniero, que se preparaba á subir.

Luego siguieron voces y exclamaciones de terror.

—¡Rayos y truenos!

—¡Es una manada!

—¡Huid, huid todos!

CAPITULO XXV

Sitiados por los osos.

Los dos cazadores tenían razón en gritar ¡huid! á los que iban detrás.

No bien se habían librado de un grave peligro, caían en otro no menos terrible: entre una bandada de osos blancos. A poca distancia del oso herido, y por consiguiente del orificio de salida, estaban quince de estas fieras, dispuestas en semicírculo esperando la presa.

Apenas salidos los cazadores, se aprestaron á acometerlos, mientras el herido se debatía ensangrentado sobre la nieve. Sandoe y Mac-Doil, comprendiendo que no era fácil la retirada por la angosta boca del pozo, atravesaron el circuito seguidos del mastín, cuyos ladridos contuvieron un momento á las fieras.

Como tenían descargadas las escopetas y, además, no estaban dispuestos á combatir con tantos y tales enemigos, corrían desesperadamente á través del banco, seguidos siempre por el perro.

Los osos, sorprendidos por aquella imprevista aparición, quedaron asustados, y cuando se repusieron ya era tarde para alcanzar á los fugitivos, que seguían alejándose á todo correr. Si bien los osos blancos son más pesa-

dos que los negros y los grises, no por eso dejan de galopar perfectamente y competir en la carrera con el hombre.

—¡Carguemos los fusiles!—dijo Sandoe, que antes de salir del pozo había recibido del ingeniero algunos cartuchos de los llevados por el marinero.

—¡Toma, Mac-Doil; date prisa!

—¡No me haré rogar! Conozco muy bien á los osos y sé que tienen buenas piernas. ¿Ves aquel pico?

—Pues hagamos por llegar á él; si no, nos alcanzan.

La altura indicada por el hebridano era una colina de treinta á cuarenta metros de altura que sobresalía casi aislada, con los flancos casi cortados á pico, pero que no parecían inaccesibles, por estar rajados por hendeduras que se alargaban hasta la cumbre.

Los cazadores atravesaron los ochocientos metros que los separaban de aquel refugio.

—¡Demos el asalto!—dijo Mac-Doil animosamente.—¡Estos malditos empiezan á ganarnos terreno!

Estaban al pie de una de las hendeduras de la loma.

—Sube primero tú—dijo Mac-Doil á Sandoe.

—Yo te sigo.

—¿Y Camo?

—No te preocupes por él. ¡Date prisa en subir!

Sandoe empezó la escalada, afianzándose con pies y manos en la grieta del ribazo. Mac-Doil, que había cargado su escopeta, disparó contra el oso más inmediato, que se acercaba galopando pesadamente y gruñendo. El animal, herido en algún órgano vital, se detuvo,

se alzó sobre las patas traseras, y luego cayó inerte.

Mac-Doil no esperó á otro. Escaló la grieta rápidamente, dejando á Camo, que no podía seguirle, mordiendo al caído en las orejas y en la garganta.

—¡Ven!—le dijo Sandoe tendiéndole una mano.

Merced á esta ayuda pudo Mac-Doil subir arriba antes de que los osos llegaran á la base del pico. El perro, comi si comprendiese que era cuestión de momentos la salvación de sus amos, la emprendió contra las fieras por la retaguardia, guardándose de hacerles frente.

—¿Cuántos cartuchos tenemos?—preguntó Mac-Doil.

—Apenas media docena.

—Muy pocos son para tantos enemigos: eso, sin contar que pueden venir otros. Es para preocuparnos, por más que seamos buenos tiradores.

—Pero ¿qué harán el ingeniero y los demás compañeros?

—Se habrán refugiado en el buque y no se atreverán á salir por miedo á los osos.

—Mal lo pasaremos si no vienen en nuestra ayuda. ¡Ah, Mac-Doil, no creas que el ingeniero nos abandona! Estará buscando el medio de romper el asedio. Comoquiera que sea, alejémonos de aquí como Dios nos de á entender.

—¿Estás pronto?

—Sí, Mac-Doil.

—Pues tira al primer oso, que parece el más feroz. Yo apunto al otro que Camo está mordiendo.

Tendiéronse sobre el hielo, y apuntaron los

fusiles con sumo cuidado. Como tenían pocos cartuchos y sabían muy bien que los osos blancos rara vez caen al primer golpe y resisten algunas balas, apuntaban al corazón ó á la frente.

—¡Fuego!—gritó Mac-Doil.

Los dos tiros formaron una sola detonación. El oso apuntado por Sandoe dió un bote al sentirse herido, pero sin caer, mientras que el que servía de blanco á Mac-Doil cayó al pronto, si bien volvió á levantarse, y trató de lanzarse sobre Camo, que le embestia valerosamente.

—¡Dos balas perdidas!—dijo el hebridano.

—¿Qué haremos, Mac-Doil? No me atrevo á desperdiciar las cuatro que me quedan. Pueden hacer falta más tarde.

—Sí; economicémoslas por ahora. Contra estos animales no cabe otro remedio que disparar á boca de jarro. Cuentan con que capitulemos para banquetear con nosotros.

—No hacen mal en esperar—repuso Sandoe.—Nos veremos obligados á dejar este asilo?

—¿Por qué, amigo Sandoe? Por mi parte, pocas ganas tengo de bajar de aquí.

—El hambre nos obligará á ello.

—No cuentas con los tripulantes del buque, que conseguirán salir del pozo y venir en ayuda nuestra.

—Es verdad. ¡Mira!

El hebridano, que hasta entonces no había vuelto los ojos hacia el *ice berg*, ocupado como estaba en espiar á los osos que asediaban la altura, miró en aquella dirección, y no pudo reprimir un grito de estupor, y aun de terror.

—¡Es increíble!—exclamó.—¿De donde vienen tantas fieras? ¿Si las vomitará el Polo?

Su miedo era fundado. En torno al borde del pozo, en menos de diez minutos se habían reunido nada menos que treinta osos enormes y hambrientos.

¿De dónde habían salido? De alguna caverna de hielo oculta en el *ice berg*, ó, atraídos por los disparos y los rugidos de sus compañeros, salían del mar, donde estarían espiando á las focas.

—Amigo Sandoe, si el ingeniero no encuentra el medio de dispersarlos, los osos no abandonarán su asedio. ¿Ni qué podrían cuatro personas contra tantos y tales enemigos? ¿Qué será de nosotros mismos si á estas fieras se les ocurre venir al asalto nuestro? ¡Si pudiéramos hallar otro refugio mejor!

—¿Cuál?—dijo Sandoe.

—No lo sé; pero nos convendría estar más lejos.

—Opino lo mismo que tú. Estamos demasiado cerca de la banda.

—Por fortuna, las paredes de este pico son poco accesibles. Veo, además, pedazos de hielo que pueden servirnos de proyectiles. Veamos si al lado opuesto hay otra hendedura que permita acometer á los osos por la espalda.

—Voy á explorar—dijo Sandoe.

El valiente joven cargó el fusil con una de las cuatro balas, y se descolgó por la otra parte de la altura.

Como queda dicho, los cazadores se habían refugiado en un pico de unos cincuenta metros de altura, cuya cima truncada formaba una pequeña planicie de cuatro metros, suficiente para dar cabida á seis personas. Cómo tenía los flancos escarpados, con una sola hendedura que era la que permitió el escaló á los caza-

dores, la defensa no era difícil. Era preciso, no obstante, asegurarse de que por el lado opuesto había otra.

Sandoe se convenció bien pronto de que por aquel lado no había que temer, pues la pared formaba un tajo, con algunos mechinales donde anidaban algunas aves. Mientras el cazador daba la vuelta al refugio saqueando los nidos, á pesar de la ruidosa protesta de los dueños, Mac-Doil, cada vez más inquieto, vigilaba á los osos.

Camo, viéndose solo, corría por el hielo buscando manera de meterse en el pozo que conducía al buque. El inteligente animal procuraba con sus ladridos llamar la atención del ingeniero y de los compañeros de éste, no menos apurados que los cazadores.

Parecía, sin embargo, que los seis osos, atemorizados por los dos tiros, no tenían prisa en asaltar el pico. De cuando en cuando se empinaban sobre las patas traseras para observar mejor á los sitiados, y lanzaban roncós bramidos. Los osos heridos se revolcaban en su sangre.

Cuando Sandoe volvió con los bolsillos llenos de huevos, la situación no había cambiado.

—Tenemos las espaldas bien guardadas—dijo á Mac-Doil.—Toma la merienda. No es gran cosa; pero dos docenas de huevos entretendrán el hambre.

—¡Huevos que cambiaría por otras tantas balas!—respondió Mac-Doil.—Amigo mío, estos tunantes no quieren dejarnos.

—Esperaremos—dijo Sandoe.

—¿Sigues confiando en el ingeniero?

—Supongo que no querrá seguir eternamente preso. ¡Oye!

Había resonado un tiro de fusil, al que siguió otro y otro. Los osos blancos amontonados en el borde del pozo se alejaban precipitadamente, parándose otros cincuenta metros más lejos.

—El ingeniero trata de rechazar á los sitiadores—dijo Mac-Doil;—pero los muy bribones se resguardan para no dejarse matar como becasas.

La verdad es que los osos se habían refugiado detrás de unos pequeños *hummoks*, esperando la salida de los sitiados para acometerlos. Con gran asombro de los cazadores, no volvieron á oirse más tiros.

—Apuesto cualquier cosa—dijo Mac-Doil—á que el ingeniero les reserva un golpe maestro.

—Sí—repuso Sandoe;—y mientras, nosotros vamos á dejarnos sorprender. ¡Mira!

Efectivamente; dos de los seis osos, cansados de dar vueltas al pico, se habían abalanzado á la hendedura, y, ayudándose con sus garras como si fueran garfios de acero, empezaban el escaló.

Sandoe se disponía á hacer fuego.

—¡No, amigo mío!—dijo Mac-Doil.—Guardemos los cartuchos para el asalto general. Ahora nos serviremos de pedazos de hielo.

Cogió un bloque de unos treinta kilogramos, y lo despeñó por la hendedura. El primer oso rodó al choque de aquella masa, arrastrando en su caída al que le seguía.

—¡Eh! ¡Eh!—exclamó Mac-Doil, satisfecho de su feliz tentativa.—No podemos quejarnos de nuestras nuevas armas. ¡Menudo batacazo se han llevado los atrevidos!

—Pues no han escarmentado, porque repiten la suerte.

—¡Pues á repetir el ataque!—dijo Mac-Doil.
—Provéeme tú de bloques, y si no hay bastantes, corta con el cuchillo.

Los osos, más furiosos si cabe, volvían á la carga con tal empuje, que Mac Doil entró en cuidado.

—¡Diablo—dijo,—si no los rechazo, dentro de dos minutos llegan aquí!

Y agarrando el primer bloque que Sandoe le deparaba, de un puntapie lo tiró por la grieta, y así un segundo y otro tercero. El oso que iba al frente de la hilera cayó; pero los demás, que formaban una sola línea, apoyándose el uno con el otro, seguían trepando y mugiendo.

Mac-Doil no economizaba proyectiles; pero, acabada la provisión de los grandes pedazos de hielo, de poco servían ya los pequeños cantos contra aquellas fieras, las cuales hacían obstinados esfuerzos para llegar á la cima.

—¡Sandoe!—gritó Mac-Doil, viéndolos á pocos metros de sí.—¡Sacrifiquemos nuestros cartuchos!

—¿Y luego?

—¡Será lo que Dios quiera!

Y tomando el fusil, disparó contra el primer oso que iba delante, el cual, mortalmente herido en las fauces, cayó rodando al fondo, deslomándose en el banco de hielo.

El oso siguiente, con una violencia que no podía esperarse de su enorme cuerpo, se abalanzó al borde de la cima, procurando dar una dentellada en la pierna á Mac-Doil. Pero éste, que había cargado nuevamente su arma, dió cuenta de él saltándole los sesos.

Como la fiera quedó encajada en la hendedura que servía de brecha, los demás osos

quedaron detenidos, sin poder moverse á derecha ni á izquierda.

—¡Huyamos!—gritó Mac-Doil.—¡Guarda tu último tiro, Sandoe!

Atravesaron rápidamente la pequeña planicie, y se detuvieron en el extremo opuesto, donde el pico tenía un tajo profundo. Los dos cazadores se miraron con espanto. ¿Cómo bajar por allí? Saltar aquella altura de cuarenta metros, era exponerse á quebrarse las piernas, por más que la nieve que cubría el suelo amortiguara algo el golpe.

A todo esto, sentían ya el resuello de los osos que se les venían encima. Era preferible dar el salto á dejarse despedazar.

Los cazadores no dudaron. Aprovechando los mechinales de los nidos, se descolgaron hasta el primero, luego al segundo, y por fin al tercero, que estaba más bajo. Ya sólo quedaban veinte metros de altura perpendicular.

—¡No me atrevo á saltar!—dijo Sandoe.

—¡Salta!—le contestó Mac-Doil.—Abajo está la nieve, que sirve de colchón.

Aún dudaba Sandoe; pero cuando vió aparecer en el borde de la plataforma la cabeza de uno de los osos, cerró los ojos, y se lanzó juntamente con Mac-Doil.

Cayeron á plomo, hundiendo los pies en la nieve. Creíanse salvados, cuando de improviso sintieron abrirse el hielo bajo sus plantas.

—¡Socorro!—gritó Sandoe abrazándose á Mac Doil.

Por algunos instantes rodaron juntos, hasta que cayeron medio desvanecidos, tropezando con un obstáculo que no habían visto ni hubieran podido evitar, dada la rapidez de la caída.

CAPITULO XXVI

¡Salvados por milagro!

Pasaron algunos instantes antes de que pudieran darse cuenta de su situación: tal era el aturdimiento en que estaban á consecuencia de aquella caída vertiginosa.

El hebridano, más robusto que su compañero, fué el primero en levantarse: si bien sentía agudos dolores en las costillas y en la cabeza, no parecía estar herido. Acercóse á Sandoe, que empezaba á abrir los ojos, y le ayudó á levantarse.

—¿Qué ha pasado, Mac-Doil?—preguntó el pobre joven.—¿Dónde hemos caído? Parece-me tener rotas las piernas y la cabeza mareada, como si hubiese bebido de un trago una botella de *gin*.

—Es el hielo, que ha cedido bajo nuestros pies. Hemos rodado al fondo de una caverna abierta en el hielo, y que me parece que comunica con el canal. ¿No oyes un murmullo?

—Sí—Mac Doil.

—Es agua.

Miraron asombrados en torno suyo. Hallábanse realmente en una cavidad abierta en el banco y que declinaba suavemente hacia el fondo del Océano. A tres pasos de ellos se veía el agua, que después de pequeñas ondulaciones se metía en un agujero. Gracias á una prominencia del antro, los cazadores no habían seguido rodando por aquel canal submarino, acaso el mismo que había seguido el *Taimyr*.

—¡Extraña aventura!—exclamó Mac-Doil.

—¿Dónde está la abertura por la cual hemos caído?—preguntó Sandoe.

—Habrá quedado obstruida por la nieve que hemos arrastrado con nosotros. ¡Menos mal que respiramos libremente!

—¿Y los osos?

—Habrán quedado en la cima del pico. Supongo que no nos habrán imitado en saltar.

—¿Si habrán bajado para buscarnos?—dijo Sandoe.

—Es posible; pero el paso hasta aquí está cerrado.

—Podrían abrirlo.

—En ese caso, amigo Sandoe, no nos quedaría más remedio que echarnos al agua y ahogarnos. ¿Tienes el fusil?

—Ha rodado conmigo.

—Pues el mío se ha ido al agua. ¿Qué hacemos?

—Yo comería de buena gana.

—¡Déjate de bromas, y pensemos ante todo en llegar al buque! Pero ¿no oyes?

—¡Qué!

—Es Camo que ladra y que, seguramente, nos busca.

—Seguido tal vez del ingeniero —añadió Sandoe.

—¡Es imposible! ¿No oyes? Ladra encima de nosotros. Estoy seguro de que está escarbando para abrirse paso hasta aquí.

—Eso quiere decir que los osos no están con él. ¡Ayudémosle, Mac Doil!

Valiéndose del fusil que había encontrado Sandoe, barrenaron la nieve que obstruía la entrada. El obstáculo no era tan grande como parecía; á los diez minutos la nieve y el hielo fueron desmoronándose, dejando al descubier-

to una galería muy ancha que bajaba á la caverna de hielo. Los ladridos del perro procedían del extremo de aquel paso.

Algún otro obstáculo habria cuando el perro no conseguía llegar hasta ellos.

En aquel trance hallaron el fusil que Mac-Doil creía haber perdido. Los ladridos de Camo se oían cada vez más claros.

—Cámo se abre paso—dijo Mac-Doil.—¡Valiente animal! Nos ahorra el trabajo de apartar la nieve.

Ya habían recorrido otros cincuenta metros acercándose á la superficie del banco, cuando vieron al perro cubierto de nieve y de cristales de hielo. Tal fué el impetu del perro para acudir á ellos, que en poco estuvo no rodaran los tres hasta el fondo. El noble animal saltaba del uno al otro manifestando su alegría con alegres ladridos, hasta que reportándose, tiró á Mac-Doil del faldón de la chaqueta, y le empujó hacia la abertura.

Efectivamente, la galería seguía en línea recta, y á poco vieron entrar la luz del Sol.

—¡Dame tu fusil—dijo el hebridano en el momento que iba á salir;—pudiéramos tropezar con los osos!

Y terciando el arma, salió afuera. Pero se le adelantó Camo, quien, temeroso de que amagara algún peligro á sus amos, se lanzó el primero. Mac-Doil y Sandoe le oyeron ladrar á poco, como invitándolos á salir.

—¡Estamos salvados!—exclamó el hebridano.

De repente pareció que el banco oscilaba; luego se oyó una tremenda detonación. Apenas si tuvieron tiempo los cazadores para agarrarse al borde del agujero de salida,

pues sintiéndose envueltos en un turbión de hielo, fueron rodando otra vez dentro de la galería. Esta segunda caída fué menos violenta que la primera y pudieron reponerse pronto.

En esto, un grito de horror salió de su garganta.

El paso se había cerrado, y encima de ellos el hielo se había soldado formando una masa impenetrable.

—¡Sepultados en el banco!—gritó Mac-Doil.
—¡Todo ha concluído!—Y con profundo desaliento se dejó caer al lado de Sandoe, que estaba con los ojos clavados en aquella bóveda de hielo, losa de su sepultura.

· · · · ·
Cuando el ingeniero oyó el grito de los dos cazadores, que anunciaba un peligro inminente, se había detenido al borde del pozo, dándose prisa en pasar á Sandoe las armas y las municiones.

Comprendiendo que por el momento era vana temeridad acudir en auxilio de los fugitivos perseguidos por los osos, se limitó á pedir un fusil.

Pero para esto era preciso que el marinero que llevara las armas de los cazadores volviese á bajar al pozo, lo cual demandaba algún tiempo.

En esto, el ingeniero vió desprenderse parte del hielo de la abertura y asomar un oso.

Los animales habían demolido con las uñas el borde del *ice-berg* para facilitar la entrada á su compañero. La fiera, á pesar de sus esfuerzos, no podía adelantar y quedó apriisionada en una grieta. Con todo, como seguía arañando las paredes y empezaban á des-

prenderse pedazos de hielo, el ingeniero y sus compañeros que iban detrás, se declararon en retirada.

Llegaron á la galería, y allí compareció el naviero con dos fusiles y una buena provisión de cartuchos.

—Hay que despachar al oso—dijo Nikirka.

—De lo contrario, quedaremos embotellados.

El comandante del *Taimyr* apuntó hacia arriba, é hizo fuego á la distancia de seis pasos. El oso blanco, tocado en el corazón, abrió dos ó tres veces las fauces, y dando un sordo rugido cayó en el sitio.

—¿Si habrá más osos afuera?—dijo Orloff.

—Supongo que al oír el tiro habrán huído.

—Pues abramos paso, y vamos en auxilio de los cazadores.

Los dos marineros ensancharon la salida á golpes de hacha, y apoderándose del oso muerto hicieron pedazos aquella mole, que pesaría sus seiscientos kilogramos y que obstruía el paso. En esta operación se pasó una hora.

Transportados los pedazos del oso á la despensa del buque, el ingeniero y Orloff, resueltos á socorrer á los cazadores, subieron hasta el boquete; pero no se atrevieron á salir en vista de tanto oso como había fuera.

Entonces fué cuando dispararon los tres tiros que oyeron Mac-Doil y Sandoe.

—Volvámonos al buque—dijo el ingeniero desalentado.—Salir de aquí es ir á una muerte segura. De nada sirven las balas: por fortuna, disponemos de medios más poderosos para barrer á estos peligrosos vecinos.

Así que llegaron al buque, el ingeniero pidió que le llevaran un pedazo grande de tozino.

—¿Vais á preparar un cebo?—preguntó Orloff.

—No es suficiente para tantos—repuso Nikirka.—Prepararé algo más positivo: un buen cartucho de dinamita que los hará volar á todos. Tengo uno que contiene seis kilogramos de dinamita, y que producirá una explosión capaz de resquebrajar todo el banco y demoler el *ice-berg*. Puede suceder también que la conmoción deshaga la base del ventisquero y liberte á nuestro buque.

—Pero nosotros...

—Nosotros no correremos ningún peligro, señor Orloff.

Y haciendo una brecha en la grasa, introdujo con gran precaución el enorme cartucho, provisto de una mecha larga, lo suficiente para que durase diez minutos.

—Venid, señor Orloff—dijo.—Los osos, en cuanto olfatean el cebo, se apresurarán á tragarlo, y quedarán pulverizados.

El ingeniero puso el cartucho cerca del boquete, y prendiendo fuego á la mecha, dió orden de retirarse al buque.

En aquel momento los cazadores, lejos de imaginarse la tentativa del ingeniero, procuraban ganar la superficie del banco de hielo.

La explosión fué tan formidable, que hasta el *Taimyr* sintió la sacudida. Con todo, la base del *ice-berg* quedó incólume, si bien algunos bloques de hielo cayeron al agua.

El ingeniero y Orloff se apresuraron á salir á la galería, que esta vez estaba abierta y dejaba entrar de lleno la luz del Sol. No se veía mingún oso. Los plantigrados debían de haber sido hechos añicos ó lanzados á gran distancia.

—¿Qué será de los cazadores?—preguntó Orloff mirando en todas direcciones.

—Se habrán refugiado en algún escondite.

—¡Hola!

—¿Qué pasa?

—Oigo ladrar al perro.

Efectivamente, Camo ladraba cerca del pico que sirvió de primer resguardo á los cazadores.

—¡Corramos allá!—dijo el ingeniero.

Los ladridos se oían cada vez más claros, mezclados con aullidos lastimeros.

—¡Preveo una desgracia!—dijo Nikirka.

—¿Si habrán muerto?—repuso Orloff.

Y corrían á más y mejor por el hielo, seguidos de los marineros, que no querían quedarse solos, temerosos de los osos.

Dieron la vuelta al pico en que poco antes se habían defendido los cazadores de los osos, y se encontraron con Camo. El perro estaba escarbando furiosamente la nieve. Al ver á los tripulantes del *Taimyr*, aulló y tiró de la ropa al ingeniero.

—¿Qué significa esto?—dijo Orloff al ver la insistencia del perro.—¿Estarán sepultados aquí nuestros amigos?

—No veo ninguna huella—contestó Nikirka.

—Señor Nikirka, el perro no se engaña. Muertos ó vivos, los cazadores están aquí debajo.

El ingeniero, como asaltado por una idea, se dió un golpe en la frente.

—¡La explosión! ¡La explosión!—exclamó.

Su mirada se fijó en una grieta que parecía extenderse un buen trecho bajo la capa de nieve.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Orloff.

—Que los cazadores se han hundido. ¡Pronto! ¡Picas y azadones! ¡Quizás haya tiempo de salvarlos!

Dos de los tres marineros partieron á escape, mientras el tercero, con el cuchillo ayudaba al perro en la excavación.

—¡Hagamos algo también, señor Nikirka!—dijo Orloff.

—¡Oh; si Camo pudiera hablar! Creo, sin embargo, que hacemos mal en creer en una desgracia.

—¿Por qué, señor Nikirka?

—Porque el mastin mostraría más sentimiento. Tengo la convicción de que viven y de están en alguna oquedad debajo de aquí.

Aprovechando una grieta que empezaba á descubrirse merced á los trabajos del perro, el ingeniero se inclinó sobre ella y gritó con todos sus pulmones:

—¡Mac-Doil! ¡Sandoe!

Fuera ilusión ó realidad, le pareció que una voz lejana respondía á su llamamiento.

A todo esto llegaron los marineros con las herramientas. La esperanza de encontrar á los cazadores avivó los esfuerzos de todos, que dieron repetidos golpes sobre el hielo. Al cabo se descubrió una galería llena de nieve, que descendía oblicuamente hasta llegar á un bloque enorme que interceptaba el paso.

—¡Mac-Doil! ¡Sandoe!—repitió el ingeniero.

—¡Señor!—respondió una voz que parecía cercana;—¿sois vos?

—¿Dónde estáis?

—¡En una caverna que comunica con el canal!—respondió Mac-Doil.

—¿Podéis esperar algunos minutos?

—Los que sean necesarios.

—¡Cavad!—dijo el ingeniero á los marineros.
—¡Los cazadores están debajo de nosotros!

Los marineros dieron azadonazos ayudados por Camo, que no cesaba de arañar el hielo y de ladrar. Al cabo de diez minutos de penoso trabajo cedió la bóveda de hielo, y aparecieron Mac-Doil y Sandoe cubiertos de nieve.

El ingeniero y Orloff los cogieron del brazo, y los sacaron de su prisión lanzando gritos de alegría.

—¡Ah, señor!—exclamó el hebridano abrazando á Nikirka.—¡Creí no volver á veros!

Los dos cazadores estaban tan postrados que apenas podían tenerse en pie. Un buen trago de *visky* y el aire puro y frío bastaron para devolverles la fuerza.

—¡Gracias, señor Nikirka!—dijo Mac-Doil.—¿Cómo habéis podido dar con nosotros?

—El mérito del hallazgo se debe á vuestro perro, no á mí. Pero decidme: ¿fué la explosión la que os precipitó aquí?

—De sobremesa os contaré cómo ha ocurrido todo. ¡Ah! ¿Los osos?

—Fueron destruidos por la dinamita.

—¡Y yo que quería vengarme de las angustias que me han hecho pasar, comiéndome uno de aquellos glotones!

—Venid al buque, y os haré servir una comida hecha exclusivamente de carne de oso.

—¡Os prometo que me daré un buen atracón!

CAPITULO XXVII

La liberación del «Taimyr».

Tres horas después los dos cazadores, el esquimal, el ingeniero y el señor Orloff, senta-

dos alrededor de una mesa sobre la que humeaban dos patas de oso y unos bisteches, se contaban mutuamente, pero sin perder bocado, sus aventuras, tan felizmente llevadas á cabo, y discutían el medio de librar al buque de aquel maldito *ice-berg* que lo tenía en el fondo del canal.

Cuando los dos cartuchos de dinamita no habían conmovido la base del glaciar, parecía señal de que la masa era tan enorme que desafiaba las minas. Nadie, sin embargo, pensaba en abandonar el *Taimyr*, que tan cerca los había llevado del Polo, fuera de que no contaban con otros medios para regresar de un sitio tan apartado.

Abandonar el buque, era la muerte segura entre la nieve y el hielo.

—Es imposible, señor Nikirka—decía Mac-Doil,—que no encontréis manera de librarnos de este condenado *ice-berg*. No podemos seguir eternamente incrustados en este campo de hielo como lapas y á dos pasos del Polo.

—Otra vez conseguisteis demoler un banco enorme—agregó Sandoe.

—Sí, valiéndome de un torpedo—respondió el ingeniero;—pero entonces teníamos espacio suficiente para retroceder, mientras que ahora estamos cercados. Caso de hacer estallar un torpedo, el buque sufriría graves averías.

—¿Y si minásemos la base del *ice-berg*?

—No me atrevo, por idéntica causa. Mi esperanza consiste en una gran marea que habrá mañana. El banco se levantará, y con él la base del *ice-berg*. Medio metro es bastante para pasar por entre el hielo y el fondo. Tal suceso me lo ha hecho recordar el señor Orloff.

—Eso es una fortuna inesperada—contes-

tó Mac-Doil.—Pero ¿y si no conseguimos escapar?

—Intentaríamos otra prueba. Todo menos dejar aquí el *Taimyr*, Mac-Doil. Le quiero demasiado.

—Lo creo, señor Nikirka. ¡Mañana será! Tenemos tiempo para descansar, y aun para hacer una excursión por el banco. Quiero tomar el desquite de los osos blancos, de los cuales aún debe de haber muchos.

—Al menos, los que asediaron el pico—contestó Sandoe.—¡Otro vaso, y á dormir! ¡No puedo más!

Después de tantas emociones y fatigas, todos sentían verdadera necesidad de descansar. El mismo Kalutunak, aunque acostumbrado á largas vigiliass, empezaba á cerrar los ojos.

Cerróse la escotilla para evitar que el agua entrara si se rompía el hielo, y todo el mundo se acostó.

Ningún incidente turbó el sueño de los audaces exploradores, sueño que duró diez horas.

Los dos cazadores y el esquimal, que fueron los primeros en despertar, se aprestaron para hacer una correría por el glaciár. Como tenían catorce horas de tiempo, querían aprovecharlas para reforzar las provisiones de la despensa antes de seguir hacia el Polo.

Pero en el momento de abrir la escotilla se les reunió el ingeniero, perfectamente armado y equipado.

—Queridos cazadores — dijo, — quiero ser también de la partida. Deseo visitar la márgen septentrional del banco para cerciorarme de si más adelante encontraremos agua suficiente para llegar al Polo.

—Y nosotros estamos contentísimos de vuestra compañía—respondió Mac-Doil.—Haremos una buena caminata y, además, una buena cacería.

Salieron del pozo sin novedad, precedidos por Camo y cuatro perros esquimales.

En las diez horas transcurridas, ninguna modificación se había operado en el banco de hielo. Solamente la cima del *ice-berg* se había truncado considerablemente.

—¡Buena señal!—dijo el ingeniero.—Aligerándose la masa, la base se levantará, y la marea le empujará más fácilmente.

Dieron la vuelta al enorme boquete abierto por la explosión del segundo cartucho, y se dirigieron al Norte, donde se destacaba el mar libre á una distancia de siete ú ocho millas.

Por el momento no se veía ningún oso; pero no desconfiaban de encontrarlos, por más que no tenían absoluta necesidad de carne fresca, pues aún faltaba recoger los tres animales que mataran Sandoe y Mac Doil en la base del pico. Abundaban, en cambio, las aves marinas: estorninos, ocas y garzas marinas.

—¡Lástima que estos preciosos pájaros no se encuentren en Alaska!—dijo Mac-Doil.

—¿Para qué?—respondió Nikirka.—¿Para destruirlos? Día llegará en que los cazadores acabarán con estos habitantes de los países fríos. Entre los canadienses y la Compañía de Hudson matan centenares de ellos.

—En Siberia abunda también esta caza.

—Acaso más que en Alaska y en los territorios centrales de la América inglesa. Sabed que se llegan á matar anualmente dos mil quinientas cibelinas, cinco mil martas, ochenta mil ardillas llamadas del Vilnisk,

cien mil de la cola blanca, y doscientas cuarenta mil de cola negra.

—¡Qué carnicería!

—A la que hay que añadir diez mil zorras blancas, cinco mil rojas, cinco ó seis mil grises ó negras y veinte solamente de las azules, que son las más raras.

—Y que por eso son las que mejor se pagan —añadió Mac-Doil.—Nuestra Compañía vende esas pieles á cien dollars una.

—Se calcula que para hacer un abrigo de pieles se necesitan sesenta de ellas.

—Lo que representa unas veinte mil pesetas por abrigo. ¿Y los osos, se pagan bien?

—Su piel vale unas doscientas cincuenta pesetas.

—¡Buen negocio para los cazadores siberianos!—dijo Mac-Doil.—¡Casi estoy tentado de ir allá, seguro de hacerme rico!

—Tiempo tenéis para pensarlo, Mac-Doil. Por ahora, estáis comprometido conmigo, si bien espero que saldréis más ganancioso que de la Siberia.

Así hablando llegaron al pico. Allí estaban los osos muertos por los cazadores.

—Los recogeremos á la vuelta, con la ayuda de los marineros—dijo el ingeniero.—Es una buena provisión, que durará hasta volver á Europa.

Siguieron la marcha hacia el Norte, saltando grietas y *hummoks*, de los cuales escapaban legiones de liebres y zorras blancas, levantadas por los perros esquimales y por Camo, que merodeaban en todas direcciones.

El banco conservaba su uniformidad. Se extendía casi liso, viéndose muy pocos relieves, en su mayoría *hummoks*. Allá al septen-

trión se divisaban *ice-bergs* de grades dimensiones, soldados por sus flancos y clavados en la corriente.

A las diez de la mañana la caravana llegó á la extremidad del banco, sin haber tenido ocasión de disparar un solo tiro. Ante ellos se extendía el mar libre, que, á juzgar por el intenso color azul de sus aguas, debía de tener gran profundidad.

Mirando con el anteojo, el ingeniero descubrió algunos islotes, y también algunos bancos de hielo que no parecían muy grandes.

Estaban ya á punto de volver la espalda al Océano, satisfechos de la exploración, ya que no de la cacería, cuando el ingeniero se fijó en un objeto que las olas del Océano Arctico arrollaban á pocos metros del banco. Nikirka se volvió al esquimal, que iba provisto de un arpón corredizo, y le invitó á cogerlo.

Kalutunak se cuadró sólidamente sobre sus piernas torcidas, deslió la cuerda de tiras de piel, levantó el arpón haciéndolo oscilar de adelante atrás, y lo lanzó.

La punta del arpón fué á clavarse en el objeto. Tiraron de la cuerda, y pronto lo tuvieron al alcance de las manos.

Era un barril cubierto de algas é incrustaciones marinas, bastante largo y muy pesado.

—¿Cómo puede estar aquí?—preguntó el ingeniero.—¡Vamos á averiguarlo!

Raspó con el cuchillo las incrustaciones, y descubrió en la madera un nombre grabado que decía: *P. Lassinius*.

Nikirka lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que este barril está en el agua?—dijo á sus compañeros.

—Pues la friolera de ciento veintinueve años. Viene, seguramente, del delta de la Luna.

—¡En la Siberia!—dijo Mac Doil.—¿Y tanto tiempo ha empleado en llegar aquí?

—¡El camino que habrá recorrido antes de llegar al Polo! Seguramente, ha viajado mucho tiempo rodando por los campos de hielo; de otro modo, se habría roto.

—Pero ¿á quién perteneció?

—A la desgraciada expedición del teniente Pedro Lassinius, un dinamarqués al servicio de Rusia que tuvo la misión de explorar la península de Kamtchatka.

—Terminada trágicamente, sin duda—dijo Mac-Doil.

—Es verdad—respondió el ingeniero.—El valeroso é infortunado oficial había zarpado del Lena el veinte de Agosto de mil setecientos noventa y cinco, con un barco viejo y cincuenta y dos marineros, y á los pocos días de navegación se vió bloqueado por los hielos de tal modo, que no podía escapar. Obligados á invernar cerca de la costa siberiana con un frío intenso, y acometidos por el escorbuto, los expedicionarios murieron todos menos uno, el contramaestre Ktischschuff, recogido más tarde por el oficial ruso Tscherbiniu, enviado en busca de los expedicionarios con catorce hombres. ¡Ah, amigos míos; el Polo Norte está hambriento de vidas humanas!

El barril fué desfondado, encontrándose en su interior carne salada en estado de corrupción; tanto, que á los mismos perros esquimales les causó asco.

Los cazadores emprendieron el regreso confiando en matar algunas ocas polares. Estarían ya á unas dos millas del *ice-berg*, cuando

los perros se pararon de improviso ante una mancha de nieve sembrada de pequeños agujeros de forma irregular.

—Si estuviéramos en los bosques de Alaska —dijo Mac Doil,—diría que aquí debajo duermen osos blancos.

—Es una camada de vacas marinas —repuso el esquimal.—Es un sitio peligroso.

Los perros habían abandonado precipitadamente aquel paraje así que sintieron crujir la costra de hielo. Un espectáculo absolutamente nuevo apareció á la vista de los cazadores.

En el fondo de un agujero abierto de improviso se veían apretadas una contra la otra dos docenas de vacas, de bigotes blancos y con los dientes amarillentos y gastados. Descansaban en un fondo de agua al pie del banco. Al ver desmoronarse la bóveda, se habían alzado sobre las patas delanteras, rechinando los dientes y rugiendo con furor por verse sorprendidas.

Mac-Doil y Sandoe hicieron fuego instintivamente, produciendo un pánico general. Los viejos se precipitaron á la abertura en montón, pero dando tiempo á Kalutunak para que clavase el arpón profundamente en el último de los fugitivos.

Los cazadores acudieron en auxilio del esquimal, que tiraba de la cuerda con todas sus fuerzas. La vaca, ya abandonada por sus congéneres, se debatía ferozmente haciendo esfuerzos prodigiosos para escapar. Un tiro del ingeniero le partió la cabeza.

Aunque el animal pesaba mucho, entre los hombres y los perros fué izado del banco y acarreado hasta el pozo del *Taimyr*, donde esperaban los marineros.

Durante la ausencia del ingeniero nada nuevo había sucedido en el canal. El *ice-berg* seguía aferrado á su presa, si bien mostraba algunas resquebrajaduras en la base, que la marea había de alargar provocando una quebradura.

El resto de la jornada se pasó en llevar á bordo los tres osos muertos en el pico, desollarlos y salarlos, y en almacenar hielo para renovar la provisión de agua dulce necesaria para el consumo.

A las diez de la noche se cerró la escotilla herméticamente. La marea alta empezaba á imprimir al buque ligeras sacudidas.

Mientras los marineros ponían en movimiento la máquina, el señor Nikirka, Orloff y los dos cazadores se asomaban á la lente de proa, inquietos y nerviosos. ¿Qué sería de ellos si la marea no conseguía librar al buque?

El ingeniero, con los ojos fijos en el cronómetro, calculaba que la marea llegaría al máximo á las doce y treinta y cinco minutos. A esta hora el *Taimyr* empezó á moverse.

—¡Forzad la máquina!—gritó el ingeniero acercando los labios al tubo que comunicaba con el maquinista.

El agua se enturbiaba; se oían crujidos encima y debajo del buque; el espolón empezaba á maniobrar en el fondo, abriéndose paso entre la arena. Las planchas del submarino tropezaban fuertemente contra la base del *ice-berg*. El *Taimyr* se movía lentamente.

Más que mirar, los tripulantes prestaban atención á los ruidos que producía el crepitar del hielo. De pronto un grito triunfal resonó en el salón.

—¡Pasamos!—gritó el señor Orloff.

El buque se había inclinado bruscamente hacia popa. El banco seguía oprimiéndole, pero ya la proa tendía á levantarse; ya no descansaba sobre el fondo arenoso.

—¡Estamos salvados!—exclamó el ingeniero lanzándose á la lente.

El buque recobró su aplomo horizontal, y partió con la velocidad de una flecha removiéndolo el agua del canal, que se cubrió de espumas.

Mac-Doil, Sandoe, Orloff, el mismo ingeniero, locos de alegría se abrazaban entre sí, mientras en la sala de máquinas los marineros prorrumpían en ¡hurras! ¡El valeroso *Taimyr* estaba en salvo otra vez!

Pasado el primer momento de entusiasmo, se moderó la velocidad. El canal podía estar obstruido más adelante, y no era prudente continuar aquella loca carrera, que podía acabar en otra y acaso más terrible catástrofe.

—¡El Polo es nuestro!—gritó Mac-Doil destapando una botella de champaña y llenando las copas.

—Sí—respondió Nikirka;—de aquí á cuatro horas llegaremos á él, y le arrancaremos los secretos que tantas víctimas ha costado á la ciencia.

El canal se presentaba despejado y lo suficientemente amplio para contener diez buques como el *Taimyr*. Los bloques de hielo iban á la deriva, rompiéndolos fácilmente el espolón.

Poco después el buque navegaba en el mar libre polar. Subió á la superficie, y se abrió la escotilla.

El banco se encontraba á una milla á popa; pero el *Taimyr* se encontraba en un nuevo

bajofondo lleno de algas negras que asomaban á flote. El color intenso del mar, que el comandante atribuía á la profundidad del agua, era debido á la abundancia de aquellas plantas marinas.

Se echó la sonda, y señaló nueve metros.

—Señor Orloff—dijo el ingeniero,—dad orden al maquinista de andar á cuarto de máquina. Evitemos una varadura.

El buque andaba haciendo tres nudos por hora, sin dejar Orloff de echar la sonda á cada momento. El agua, como si estuviese canalizada, se mantenía entre nueve y doce metros de profundidad, lo bastante para el *Taimyr*, que era de poca manga.

A las cuatro, cuando el buque sólo se encontraba á cincuenta millas del Polo, los navegantes encontraron un grupo de islotes pantanosos circundados de *ice-bergs*. Eran seis ó siete, todos pequeños, pues el mayor no mediría más de ochocientos metros de circunferencia, poblados por bandadas de aves marinas que promovían una algarabía tremenda.

En un pantano viéronse tres osos blancos; pero como estaban lejos, y como, además, el buque no podía acercarse allí, se les perdonó la vida.

A eso de las once, el ingeniero, que no abandonaba la plataforma, señaló al Norte la cima de una montaña que parecía muy alta.

—Señor Orloff—dijo,—¿cuánto distamos del Polo?

—Veintisiete millas.

—¿De modo que el Polo está allí?

—Sí, señor Nikirka.

—¡Aceleremos la marcha!

El buque siguió andando con su carrera

acostumbrada de quince nudos por hora, sin que el agua pareciera disminuir. Los dos cazadores acompañaban al ingeniero en la plataforma sin apartar los ojos de la montaña aquella, que se agrandaba por instantes y que parecía servir de quicio á nuestro planeta.

A medida que el buque avanzaba, la montaña iba tomando el aspecto de un pilón de azúcar. La ilusión era perfecta, porque estaba revestida de un blanco manto desde la base á la cumbre, divisándose sus laderas lisas é inaccesibles.

El Sol, que entonces surgía en el horizonte, iluminándola de través, le arrancaba mil destellos, tiñendo su cima de un espléndido matiz rojo-vivo, como si de ella brotase lava ardiente.

A media noche sólo faltaban once millas para llegar á la montaña, la cual mostraba ya su base perfectamente circular, rodeada de hielos que los rayos del Sol hacían fulgurar.

El ingeniero, de pie en la plataforma, parecía transfigurado. Su rostro irradiaba intensa alegría; sus ojos, que brillaban con luz extraña, no perdían de vista aquella montaña, que parecía atraerle con misteriosa fascinación.

El mismo Orloff se olvidaba á veces de sondear, y permanecía varios minutos seguidos con los ojos clavados en la montaña gigantesca aureolada de púrpura.

A las doce y veintiséis minutos el *Taimyr* se detenía al pie de aquel cono, produciéndose á estribor un tintineo metálico que resonó largamente en el profundo silencio que reinaba en aquel punto, donde se cruzaban todos los meridianos del mundo.

El ingeniero tocó con ambas manos la mon-

taña, virgen hasta entonces del contacto humano, y dijo:

—¡Eres mía!

Y tremolando una bandera azul en cuyo fondo campeaba en letras doradas el nombre del *Taimyr*, plantó el asta en la nieve de la orilla, mientras los dos cazadores y los demás tripulantes con la cabeza descubierta gritaban:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

CAPÍTULO XXVIII

Los misterios del Polo.

El Polo Norte, el terrible Polo Norte que tantas víctimas costara á las naciones europeas y americanas, que había engullido tantas naves, devorado tantos millones y destruído tantas energías por espacio de tres siglos, estaba vencido al fin.

Su formidable barrera de hielos que lo guardaba celosamente, y contra la cual se habían estrellado tantas expediciones, estaba franqueada. El submarino lo venció todo: campos de hielo, fríos intensos, escobuto, furoros del Océano Artico, densas nieblas; ¡todo!

En dos meses el admirable huso de acero construído por el audaz ingénieur finlandés venció los obstáculos formidables que habían detenido las naves de los más intrépidos navegantes: Caboto, Verazzano, Hudson, Baffin, Barentz, Fluntow, Zörgdrager, Phipps, Davis, Hall, Knight, Ross, Parry, Franklin, Inglefield y otros más.

¡Ah! ¡Bien podía sentirse orgulloso el audaz

ingeniero por aquella maravillosa empresa, lo mismo que sus bravos compañeros!

Después de su primer contacto con aquella tierra, perdida, por decirlo así, en los confines del mundo, el *Taimyr*, había seguido su marcha, dando una vuelta á la montaña que se alzaba bruscamente del fondo del mar.

Buscaba el ingeniero algún sitio que le permitiera la ascensión del cono; pero aquella tierra, como si no quisiera verse hollada por pies humanos, no ofrecía ningún acceso. Era un cono perfecto de doscientos cincuenta metros de altura, de paredes lisas, sin hendeduras ni emergencias; una roca gigante, de escalo imposible. Hasta los hielos la defendían, pues colosales *ice-bergs* formaban una barrera alrededor de ella.

Orloff y el ingeniero sondearon el fondo, y—¡cosa extraña!—el agua debía de tener allí una extraordinaria profundidad, porque la sonda de trescientas brazas no tocaba fondo. Existiría en aquel sitio una depresión enorme, una especie de cuenca profundísima.

—Ya que no puedo trepar á la cumbre, haré por tocar el fondo—dijo el ingeniero á Orloff.
—Antes que decline el Sol estaremos lejos de aquí.

—¿Seguiremos el camino de antes?

—No; porque seguramente encontraremos otro paso submarino. Yo desearía llegar á los mares de Europa doblando las costas septentrionales de la Groenlandia. ¿Creéis factible esta retirada hacia el Sudeste?

—Paréceme que al Este no hay bancos ni islotes—respondió Orloff apuntando el anteojo.

—Mejor; así, en veinte días avistaremos las costas islandesas.

—¿Y después el Far-Oer?—preguntó Sandoe con viva emoción.

—¿Por qué no?—dijo el ingeniero.

—Gracias, señor Nikirka.

—¡Ea! ¡A comer!—dijo Mac-Doil.—¡Oigo la campana de mi amigo el cocinero!

El cocinero tenía dispuesto un yantar exquisito y abundante, digno festejo de tan grande acontecimiento. La lista se componía de pernils ahumados, huevos de ocas, caviar de Rusia, buey almizclado en salsa picante, pata de oso asada, pescado á la vinagreta, frutas secas y un pudding monumental, amén de botellas de rhin, de burdeos, cerveza y champaña.

Todos, incluso los marineros, que en aquella ocasión se sentaron á la mesa del comandante, asaltaron los platos con envidiable apetito, y más que nadie Mac-Doil, á quien el aire del Polo se lo abría de par en par, según él decía.

Cuando se descorchó el champaña, hubo muchos brindis al ingeniero, á Orloff, al *Taimyr* y al Polo Norte.

Orloff y el ingeniero salieron al mediodía á la plataforma para tomar la altura.

—Señores—dijo Nikirka descubriéndose,—¡estamos en el Polo Norte!

—¡Sí!—agregó Orloff.—¡A noventa grados de latitud Norte y al extremo del sesenta grados paralelo!

Y resonaron los tres hurras de ordenanza, dispersando á algunas aves que, más afortunadas que los exploradores, revoloteaban por la montaña.

En seguida se cerró la escotilla, y el *Taimyr* se hundió lentamente en el Océano Artico para explorar el fondo,

El ingeniero, Orloff y los dos cazadores se asomaron á las lentes, esperando ver á los habitantes de aquella hondura; pero sin resultado, pues parecía deshabitada. La sorpresa aumentó ante la observación de fenómenos inexplicables.

A cada metro que el buque se iba hundiendo, las brújulas, como en el polo magnético, daban señales de viva inquietud. Oscilaban vertiginosamente y se inclinaban hasta tocar el plano de la bitácora. ¿De donde provenía aquella atracción potente que ponía locas á las agujas?

Hasta el buque, como si experimentara una atracción al fondo del Océano, parecía bajar con más rapidez, como si lo hiciera en el vacío.

—¿Qué opináis, señor Orloff, de este fenómeno sorprendente? Vos mismo, ¿no experimentáis algo?

—Sí; siento una extraña alteración de nervios.

—Por lo visto, las aguas que circundan al Polo están saturadas de electricidad. ¿A qué profundidad estamos?

—A ochocientos metros.

—Haced apagar la luz eléctrica.

—¿Por qué, señor Nikirka?

—Ya lo sabréis después.

Transmitida la orden, el buque quedó sumido en tinieblas. De pronto se vió relampaguear en el agua una luz extraña, que se apagó en seguida.

Parecía un relámpago surgido de lo profundo del mar, con el mismo color lívido cárdeno que caracteriza á las centellas de un huracán.

—Señor—dijo Sandoe,—¿es que bajamos al Infierno?

Callóse el ingeniero. Otro relámpago surcó las tinieblas.

—Señor Orloff—dijo el ingeniero,—¿no os parece que las auroras boreales han de surgir de estas aguas?

—A eso respondo—dijo Orloff, que por primera vez parecía atemorizado—que estamos á mil cincuenta metros de profundidad, que no se ve aún fondo, y que, si seguimos bajando, las brújulas se inutilizarán, de modo que no podremos obtener una dirección aproximada.

—Lo que equivale á decir que sería mejor volver á la superficie.

—Sí, señor Nikirka.

—Yo lo deseo también—dijo Mac-Doil.—Estas luces misteriosas me dan miedo.

—Sí; subamos—contestó el ingeniero.—Las brújulas son demasiado preciosas para que las perdamos.

Y el *Taimyr* emprendió la subida, pero con cierta fatiga, como si el empuje fuese contrabalanceado por aquella misteriosa atracción.

Cuando, abierta la escotilla, se asomaron á la plataforma, vieron todos girando encima de la montaña un nubarrón negro que tendía á aumentar, mientras el horizonte se entenebreía por una densa niebla que velaba el Sol.

Parecía inminente una violenta conmoción atmosférica. El aire, así como el agua, parecía saturado excesivamente de electricidad, y tan seco, que había reducido á polvo el tabaco que los dos cazadores tenían en bolsas.

El mar había tomado un color plomizo de siniestro aspecto, y no se sentía la menor ráfaga de aire.

—Señor Nikirka—dijo Orloff,—temo que sobrevenga un huracán, y la prudencia aconse-

ja evitar una sorpresa. Las olas podrían llevar al buque á otro banco é inmovilizarlo para siempre.

—Enhorabuena; partamos—contestó el ingeniero, que parecía algo inquieto.—¿Siguen locas las brújulas?

—Siguen.

—Pues tomemos rumbo al Este, sin dejar de echar lá sonda.

El buque se puso en marcha, y la sonda dió bastante profundidad en la dirección Este, pues solo tocó fondo una vez á trescientas sesenta brazas. Mientras se alejaba de aquellos parajes, las miradas del ingeniero no se apartaban de la montaña polar, la cual se iba esfumando poco á poco, perdiéndose ya de vista la bandera plantada en uno de sus flancos.

El buque precipitaba su marcha. La luz desaparecía rápidamente de aquella región, donde el Sol no se pone en seis meses. Las aguas seguían inmóviles, pero se volvían de color de tinta que les daba pavoroso aspecto.

Supersticioso terror se apoderaba de los audaces exploradores del Polo; tanto, que hasta el mismo ingeniero hubiera querido encontrarse en aquel momento á mil millas al Sur.

A las nueve de la noche el *Taimyr* encontró los primeros témpanos flotantes, vanguardia de la gigantesca barrera de los *ice fields*. Una hora después, cuando mayor era la obscuridad y más intensa la tensión eléctrica, aparecieron en el espolón del buque algunas llamas azuladas que se corrían hasta el timón.

Casi en el mismo instante, en dirección Norte, donde estaba la montaña, parecía que el mar ardía.

Vivida luz recorría las densas nubes for-

mando como media cúpula inmensa. En el punto central de aquella espléndida arcada irradiaban haces luminosos que se multiplicaban formando una especie de abanico, para resolverse luego en lluvia roja, mientras otros vislumbres se difundían con apariencias de relámpagos.

Aquel turbión de luz se movía agitado como por viento impetuoso; cambiaba de forma y de color; se diluía en lluvia de oro... Era una espléndida cascada de maravillosas luces, en las que predominaba el rojo, que, alzándose sobre las nubes, formó una inmensa cúpula ígnea, en medio de la cual se divisaba la montaña polar.

El mar parecía de sangre, y hasta los témpanos simulaban estar transformados en enormes masas incandescentes.

—¡Quién sabe!—dijo el ingeniero, que desde la plataforma admiraba el soberbio fenómeno.—¡Quién sabe si las fuerzas magnéticas y eléctricas surgirán de las misteriosas honduras de este mar para formar las auroras boreales! ¡Cuántos secretos esconde este Polo, que ningún ojo humano volverá á ver tal vez.

—Acaso también—añadió Orloff—esta aurora boreal anuncie una tempestad.

—No sé por qué, tengo tristes presentimientos, señor Orloff.

—¿Vos?

—Sí, yo: tengo miedo del Polo.

CAPITULO XXIX

La retirada hacia el Sur.

El 1.º de Julio el *Taimyr*, que no aminoraba su andar, encontró á doscientas treinta millas del Polo los grandes glaciares de la gigantesca barrera ártica. Los efectos del deshielo se habían hecho sentir en los interminables *ice fields*; de suerte que éstos no formaban ya una superficie compacta.

Aquí y acullá se habían abierto anchos canales que permitían pasar á cualquier buque, si bien cabía poner en duda si aquéllos se prolongaban en toda la barrera. Lo más probable era que estuviesen obstruidos, por lo que hubiera sido difícil la retirada del velero ó del vapor que por allí se aventurara. Unicamente un submarino tenía la seguridad de triunfar de cualquier obstáculo, dada su facilidad para sumergirse y pasar por debajo.

El *Taimyr* se había lanzado por un canal que se prolongaba hacia el Este, con tendencia á doblar al Sur. El submarino aceleraba su retirada en vista de lo amenazador de cielo y mar. El Sol no había vuelto á verse desde la aparición de la aurora boreal y de las densas nieblas que seguían boyantes, empujadas por los fríos vientos del Septentrión.

Peligroso era permanecer entre aquellos campos de hielo, que de un momento á otro podían soldarse. El día dos, cuando el *Taimyr* se hallaba á cuatrocientas millas del Polo, empezó á manifestarse el huracán que hacía tres días amenazaba.

Ráfagas impetuosas soplaban del Norte

como bridones encabritados entre nublados densísimos.

El mar se revolvía en ondas impetuosas, desmoronando las murallas de hielo. Ensordecedoras detonaciones, ruidos prolongados mezclábanse al brumido de las ráfagas y á los mugidos del mar.

Hasta los mismos animales polares, habituados á las formidables tempestades de aquellas regiones, parecían atemorizados. Veíase á los osos blancos correr á través de los *ice-bergs* con sordos mugidos; á las focas y vacas marinas, buscar presurosas sus escondites, y á las aves marinas, huir graznando hacia el Sur.

—Según parece—dijo Mac-Doil, que estaba en la plataforma junto á Sandoe,—el Polo se arrepiente de haberse dejado ver. ¡Ea, amigo Sandoe; aquí hace mucho frío: vamos á calentarnos con el *gin* del cocinero!

Tiempo era de dejar la plataforma y de cerrar la escotilla, porque las olas empezaban á barrer la cubierta del buque. Esto no obstante, el *Taimyr* no se sumergía, y siguió navegando velozmente por el canal.

El plan del ingeniero era no hundirse nuevamente bajo aquellos hielos que podían asfixiarle; pero, en cambio, se exponía al choque con los *ice-bergs*, que de continuo crujían y se desmoronaban.

A todo esto, la obscuridad aumentaba, y la niebla envolvía completamente aquellos glaciares.

A las siete el mar estaba temible, y el viento adquirió irresistible violencia. Era inminente el peligro de chocar contra algún témpano, pues la luz eléctrica apenas podía luchar con aquella niebla.

Por todo esto se resolvió la inmersión. El buque descendió á cuatrocientos cincuenta metros, y toda la noche continuó su retirada al Este, hasta que al siguiente día, cuando intentó subir á la superficie, tropezó contra una bóveda de hielo. El *Taimyr*, después de intentar romper con su espolón aquella capa de hielo, siguió al Sudeste con una velocidad de diez y ocho nudos y seis décimas, con la luz apagada para poder apreciar mejor la que pudiera atravesar cualquiera hendedura del glaciador que le cubría.

En la mañana del tres, por más que los navegantes se encontraban á ochocientas sesenta millas del Polo, cerca de las costas orientales de Groenlandia, la situación seguía siendo la misma, Ya el aire empezaba á faltar; pero, por fortuna, al mediodía se vió luz y el buque pudo subir á un vasto canal abierto á través de un *ice-field*. Seguía el huracán desencadenado.

El ingeniero y Orloff, desafiando el furor de las olas, salieron á la plataforma para observar la costa que se dibujaba al Oeste.

—Es la costa de la Groenlandia—dijo Orloff.

—¿Dónde creéis que nos encontramos?—repuso el ingeniero.

—Entre los setenta y dos y setenta y ocho grados de latitud.

—En ese caso, estamos navegando en el mar de Groenlandia, y en tres ó cuatro días podremos llegar al estrecho de Dinamarca.

—Sí, señor Nikirka. ¿Volvemos á sumergirnos?

—Sí; el mar es peligroso para permanecer en la superficie. Espero que no tropezaremos

con bancos tan inconmensurables que lleguen á privarnos de aire.

El buque volvió á sumergirse á cuatrocientos metros, navegando entre la costa groenlandesa y el glaciario que se extendía de Norte á Sur en una extensión de centenares de millas. A tanta profundidad, el agua estaba muy revuelta y hacía bandear al submarino. Momentos había en que los tripulantes perdían el equilibrio y los muebles rodaban estrepitosamente por el suelo. Hasta los perros aullaban asustados.

Sin embargo, el *Taimyr* no se paraba, y luchando enérgicamente con aquellas olas alborotadas, seguía su rápida marcha hacia el Sur. Ya había avanzado otras doscientas millas, y, según cálculos aproximados de Orloff, estaba en el paralelo setenta y cinco, cuando, hacia las cuatro de la mañana, se oyó gritar al timonel:

—¡Máquina atrás!

Mac-Doil y Sandoe, que desde sus hamacas se dirigían al salón, experimentaron una violenta sacudida que agitó la popa del buque haciendo rodar los muebles. Oíanse los gritos de los marineros y los ladridos estridentes de Camo y de los perros esquimales.

El ingeniero y Orloff corrieron á la máquina, cuyo compartimiento estaba medio inundado. Un árbol de la hélice se había roto, y el otro estaba inutilizado.

—Señor—dijo el timonel al ingeniero,—el buque no gobierna. Lo peor es que las planchas de babor se han roto á consecuencia del choque.

—¡No importa!—repuso el comandante.—Tenemos un doble compartimiento, y celuloi-

de que remediará la avería. Lo más grave es el desequilibrio del buque.

—¡Sandoe — dijo Mac-Doil aparte á su compañero, —esto va mal!

—¡Sí; el buque puede ir á fondo de un momento á otro, y adiós todo!

—¡Sí; adiós la hija del rico pescador!

—¡Y también el papá Braig, Mac-Doil!

CAPÍTULO XXX

Una tremenda catástrofe.

El audaz *Taimyr* se encontraba realmente en grave aventura. Al chocar con la popa en el escollo submarino en el momento que el timonel, para no chocar con la isla que apareció bruscamente á proa, había dado precipitadamente la voz de «máquina atrás», se sintió una de las planchas metálicas.

Para mayor angustia, el timón se había roto, y las hélices estaban en tan mal estado que no prestaban servicio. El peligro no consistía en irse á pique, porque el celuloide remediaba la rotura de la plancha, sino en no poder salir á flote el buque, ya que, inundándose el depósito de popa, se alteraba el centro de gravedad del buque, sumergiendo parte de la escotilla.

De ahí el peligro inminente de la muerte por asfixia, si bien quedaba el recurso de la manga para renovar el aire del buque. Además, la tempestad podía arrojar al *Taimyr* contra la costa ó contra un bajofondo inutilizándolo para siempre.

Preocupados los dos comandantes, á pesar

de su indomable energía, exploraban el horizonte. A cuatrocientos metros se descubría una isla considerable que formaba ante el buque como un amplio semicírculo. Estaba cubierta de altas rocas nevadas y, al parecer, deshabitada.

Por el Este se descubría el gran glaciar y numerosos *ice-bergs* que el oleaje hacía tambalearse peligrosamente; por el Oeste, á una distancia de seis ó siete millas, la costa de Groenlandia, muy alta, escarpada y sembrada de escollos.

Afortunadamente, el buque quedó encallado á lo largo de la isla, en dirección al glaciar; pero podía chocar contra cualquier *ice-berg* mal equilibrado y estrellarse.

Al fin consiguió subir á la superficie, pero inclinado á babor y con la popa hundida en el agua.

—Nuestra situación es grave, señor Orloff— dijo el ingeniero,— pero no desesperada. Si las bombas funcionan, podemos recobrar el equilibrio.

Los marineros y los dos cazadores, bajo la dirección de Orloff, se dispusieron á trabajar para el salvamento del buque. Este, merced al contrapeso del agua en los compartimientos, recobró su posición horizontal, y funcionando las hélices laterales, acabaron de poner á flote el *Taimyr*.

Un clamoroso ¡hurra! salió de todos los pechos.

El ingeniero, Orloff y los dos cazadores se apresuraron á salir á la superficie. El buque se hallaba á trescientos metros del glaciar, pero enteramente rodeado por enormes *ice-bergs* que chocando entre sí constituían

un grave peligro para la embarcación, la cual, no pudiendo navegar, ni moverse, ni evitar aquellos gigantes del Polo, podía de un momento á otro romperse como una nuez.

—¡Estamos perdidos!—exclamó involuntariamente el ingeniero.—Si no llegamos al banco, morimos todos.

—Señor Nikirka—replicó Orloff,—podemos disponer de la canoa.

—Es verdad...; ¡pero abandonar el *Taimyr*, que nos ha conducido al Polo!

—No hay que vacilar, señor Nikirka. Huyamos, ó de lo contrario, ninguno de nosotros vuelve á Europa.

El ingeniero, con los brazos cruzados y la frente contraída, miraba á los colosos que bloqueaban su buque. Ruda batalla se libraba en el corazón del audaz explorador. Pero el peligro era inminente, y el retraso de unos minutos podía ser mortal para todos.

—¡Señor Nikirka!—dijo Orloff viendo adelantarse á los *ice-bergs*.—¡Resolveos!

—¡Pobre *Taimyr*!—repuso el ingeniero emocionado.—¿Cuántos hombres puede llevar la canoa?

—Tres.

—¡Que embarquen primero los cazadores y Kalutunak! ¡Seguidme, Mac Doil!

El cazador acompañó al ingeniero al interior del buque, llegando juntos á un camarote amueblado con elegancia. El ingeniero abrió una gaveta de ébano, tomó un paquete de papeles, y dándosele al hebridano le dijo:

—Por si perezco, os entrego mis notas de bordo y una carta, que, en último caso, vale cuarenta mil dollars. Presiento que ha llegado la última hora para el *Taimyr*.

Volvieron á salir á la plataforma. Los marineros habían echado al agua una pequeña canoa, en la que estaban embarcados ya Sandoe y el esquimal.

—Partid, y desembarcad en el banco—dijo el ingeniero.—Si veis al buque que flota aún, enviad á Kalutunak para que embarque otros dos. ¡Quizás nos salvemos todos!

La canoa se alejó con rapidez seguida de Camo, que nadaba vigorosamente. El ingeniero, Orloff y los marineros quedaron en el buque, que, empujado por el oleaje, erraba por entre los *ice-bergs* como un leño cualquiera.

Los dos cazadores y el esquimal remaban furiosamente para arribar al banco, evitando el contacto de los colosos de hielo. Presa de siniestra inquietud, volvían la cara á cada instante en dirección al buque.

Llegaron al glaciár. Sandoe y Kalutunak saltaron al banco llevando consigo los papeles del ingeniero. Mac-Doil estaba ya cianado para volver atrás, cuando se oyeron gritos de terror que partían del lado del buque.

—¡Mac Doil!—exclamó Sandoe tapándose la cara con las manos.—¡Están perdidos!

En aquel instante se oyó un formidable estampido. Dos *ice bergs* habían chocado entre sí derrumbándose sobre el *Taimyr*. Las aguas, levantándose en gigantesca columna, salpicaban á derecha é izquierda enormes bloques de hielo, hasta resolverse en una ola monstruosa que fué á estrellarse con impetu irresistible contra el banco.

La canoa fué lanzada por el aire, y Mac-Doil dió de cabeza en la punta de un *hummok*, perdiendo el sentido.

.....



Las aguas, levantándose en gigantesca columna...

Cuando volvió en sí, se encontró en el fondo de la canoa naufragada y al lado de Camo, que con su aliento trataba de calentar á su amo.

Sandoe y el esquimal, tristes y taciturnos, estaban junto á él. La borrasca se habia calmado. El hebridano se pasó la mano por la frente como si despertara de un sueño, y preguntó:

—¿Dónde estoy?

—¿Cómo te encuentras, Mac Doil?—preguntó Sandoe cariñosamente.

—Siento dolores en la cabeza; pero, Sandoe, dime: ¿qué es de ellos?

—¡Percieron!—contestó Sandoe con voz sollozante.

—¿No se ha salvado alguno?

—Nadie: el Océano los ha devorado á todos; así lo hemos comprobado después de explorar todo un día entre los hielos.

—¡Qué horrible desastre! ¡Ahora que habíamos descornado el velo del misterio polar! ¡Pobre señor Nikirka! ¡Pobre Orloff! ¿Qué va á ser de nosotros?

—¡Huyamos al Sud, Mac Doil!

—Dime, Sandoe: ¿se han perdido los papeles del ingeniero?

—No; los guardo conmigo.

—Volvamos atrás: quizás encontremos los cadáveres de nuestros compañeros.

—Es inútil, Mac-Doil: al choque de los *icebergs*, estallaron los torpedos y los tripulantes quedaron pulverizados. Se ha oído la explosión.

—No importa, Sandoe; renovemos la exploración. No tengamos miedo al frío.

—Al frío, no; pero al hambre sí. Llevamos

treinta y seis horas sin probar bocado. Estamos sin provisiones y sin escopetas. Sólo contamos con el arpón de Kalutunak. ¡Huyamos al Sur; de lo contrario, morimos aquí todos, y con nosotros, el secreto del descubrimiento del Polo boreal!

CAPITULO XXXI

Cómo se mata un oso sin armas.

La catástrofe del *Taimyr* iba á acarrear la muerte de los dos cazadores y del esquimal, escapados milagrosamente de los *ice-bergs* y de la explosión de los torpedos ó de los recipientes del oxígeno. Otro desenlace, acaso más terrible, se cernía sobre los sobrevivientes.

¿Qué iba á ser de aquellos desgraciados, perdidos en los hielos del mar de Groenlandia, en una frágil canoa, sin armas y sin víveres?

En su precipitada fuga, partieron del buque sin provisiones: llevaban treinta y seis horas sin haber probado alimento, y ya empezaban á resentirse sus fuerzas.

Mac-Doil y sus dos compañeros miraban en torno desesperados, espiando la aparición de alguna foca ó vaca marina. Ya había transcurrido una hora, cuando Camo empezó á ladrar.

Mac Doil, que conocía muy bien el significado de los ladridos de su perro, haciendo un esfuerzo dijo á Sandoe:

—¡Vigila, Sandoe! ¡Camo olfatea algo!

Sandoe soltó los remos y se puso de pie, mientras el esquimal empuñaba el arpón.

La canoa se encontraba á doscientos pasos de un banco de hielo.

—¿No ves nada, Sandoe?— preguntaba el hebridano.—Quizás haya una foca en el banco.

—No es foca—dijo Kalutunak.—Veo dos osos blancos.

—¡Si pudiésemos matar uno! Por más que es una temeridad atacarlos con el arpón.

—Camo nos ayudará—repuso Sandoe.

—¿Y si huyen? ¿Qué te parece, Kalutunak? El esquimal, mirando el montón de pieles que llenaba la canoa, replicó:

—Capturemos uno.

—¿Con tu arpón?

—Sin arpón.

—¡Cómo! ¿Quieres cogerlo con las manos? ¡El Diablo me lleve si te comprendo!

Kalutunak, en vez de responder, se encorvó, hurgó entre las pieles, y sacó afuera una de éstas, á la que estaban cosidas unas ballenas ligeramente arqueadas. Tenía cierto parecido con el *kayak*, ó canoa de piel de foca armada con huesos de cetáceo que el esquimal llevara consigo al embarcarse en el *Taimyr*.

Separó uno de los huesos ó costillas de ballena, y dijo:

—He aquí el arma que matará al oso blanco.

—¿De veras, Kalutunak?—repuso Mac-Doil.

—¿Cómo pretendes agujerear la piel de un oso con un arma tan flexible y blanda?

—Acerquémonos—replicó el esquimal,—y nos haremos con uno de los dos osos; pero se necesitan algunas horas.

—Tómate doce, si te hacen falta. Estamos con más hambre que un lobo; pero ya nos resarciremos, puesto que tú respondes de la captura.

—No lo dudéis. Llegaremos más cerca.

Y ayudado por Sandoe se puso á remar, mientras Mac-Doil contenía al mastín para que no ladrara. Ya en la orilla, el esquimal saltó al glaciario con el arpón y se ocultó tras una pirámide de hielo, mirando en todas direcciones para ver si los osos estaban muy apartados.

A poco pudo verlos en el lado meridional de aquella isla flotante. Eran dos: uno grande y el otro menor y más delgado; macho y hembra, tal vez. Debían de haber olfateado á los cazadores, porque miraban atentamente al sitio donde estaba la canoa.

Satisfecho el esquimal, volvió á ésta, tomó una costilla de ballena, la dobló, ató los dos extremos, buscó bajo la proa de la canoa un pedazo de grasa, y después de derretirla fué vertiéndola alrededor del arco de ballena.

Así que lo tuvo bien sentado, púsole en el hielo, diciendo:

—Esperemos.

—¿Qué pretendes con esto?—preguntó Mac-Doil impaciente.

—Destrozar los intestinos del oso: dentro de pocas horas tendremos carne de oso.

Dos horas después el esquimal fué á examinar el cebo. Hacía un frío tan intenso, que la grasa estaba congelada y dura como piedra. Quitó la cuerda que ataba las extremidades, sin que éstas se distendieran, y provisto del arpón, saltó á tierra con Sandoe para espiar á los osos, quedándose Mac-Doil en la canoa con el perro.

—Veréis el éxito—decía el lapón á Sandoe.—He cazado muchos osos con un hueso de ballena untado de grasa. El animal hambriento lo traga, el calor del estómago derrite la grasa

helada, el arco se distiende y rasga los intestinos... ¡Oh!, ¡oh! ¿Habéis oído?

—Sí; es el rugido de un oso —contesto Sandoe mirando asustado á todos lados.—Creo que ha llegado el momento de echar á correr.

—Todavía no.

—¿Y si los osos se nos vienen encima?

—En este caso, Sandoe, te aconsejo que arrojes pronto el sombrero, luego, los guantes, y si es preciso, la chaqueta. Las fieras se detendrán á olfatear los objetos que vayas tirando, y así te darán tiempo para escapar. La canoa no está lejos, y Mac Doil no estará perezoso en enviarnos á Camo en socorro nuestro. ¡Ea; en guardia!

No acababa de decir esto Kalutunak, cuando vieron salir de detrás de un témpano á los osos. Las dos fieras se pararon un instante, pero en seguida acometieron á Sandoe y al esquimal.

—¡Huid!—dijo éste al cazador.

Antes de decírselo Kalutunak, Sandoe había echado á correr como un gamo, no sin verse perseguido por el oso macho.

Pronto el cazador advirtió que el adversario le ganaba camino y que sería alcanzado antes de llegar á la canoa.

Tiró la gorra. El oso, al ver caer un objeto en la nieve, se echó encima: lo olfateó, le dió unas vueltas, y luego siguió su carrera; pero ya Sandoe estaba en la canoa.

El esquimal apareció á este tiempo por entre los témpanos inmediatos, y reuniéndose á los cazadores, gritó:

—¡Pronto; á los remos!

La canoa desatraco rápidamente. Uno de los osos quedó parado en la orilla, sin saber

qué partido tomar, hasta que se lanzó al agua y nadó vigorosamente.

Los dos cazadores y el esquimal remaban desesperadamente; pero el pesado lastre de la canoa, unido á lo débiles que estaban los remadores por el prolongado ayuno, hacía desigual aquella carrera.

—¡Kalutunak — dijo Sandoe, — tira el arpón! ¡No tengo fuerzas!

El lapón dejó el remo y empuñó el arpón, mientras Camo, ladrando furioso, se disponía á echarse al agua.

El oso estaba á unos treinta pasos de distancia. Antes de que se abalanzase á la popa de la canoa, el esquimal le lanzó el arma entre las fauces abiertas, rompiéndole el paladar y atravesándole la lengua.

El oso rugió ferozmente y se sumergió; pero reapareció veinte pasos más lejos, si bien con menos acometividad.

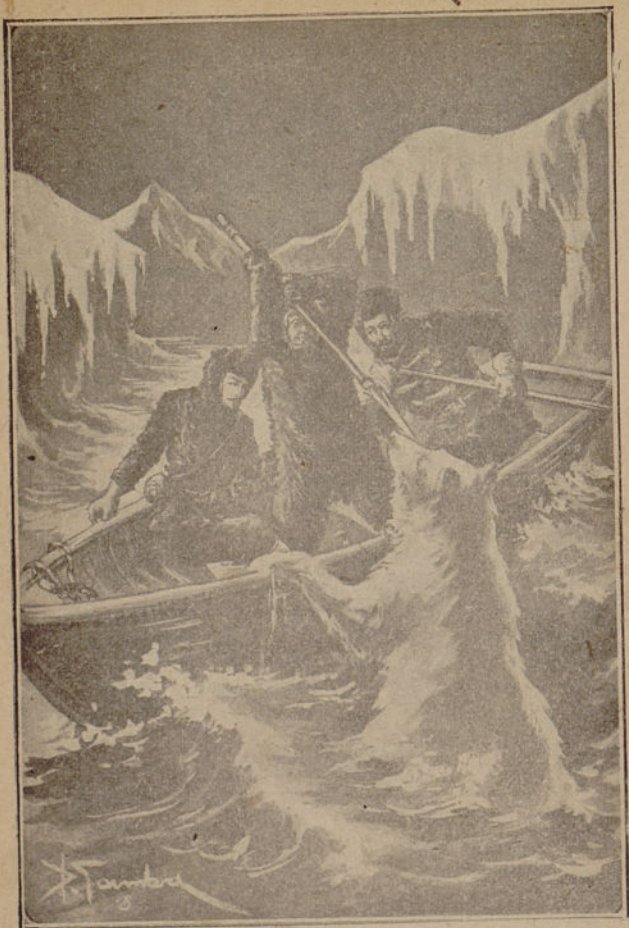
Entretanto, los fugitivos trataban de llegar á un glaciár que se veía flotar al Sudoeste.

Estaban próximos á él, cuando oyeron fuertes bramidos que venían del otro banco.

—Es el oso que quedó allá y se zampó el cebo de grasa. Esta se ha derretido con el calor del estómago, y el arco, al distenderse, le ha rasgado las entrañas.

Efectivamente; desembarcados los cazadores en el lugar de la ocurrencia, á los pocos pasos vieron entre los témpanos al oso revolcándose sobre la nieve. La pobre bestia se debatía desesperadamente, víctima de acerbos dolores.

Camo se le abalanzó á la garganta. Trató la fiera de rechazarlo; pero, faltándole las fuerzas, se dejó caer, á tiempo que Kalutu-



... el esquimal le lanzó el arma entre las fauces...

nak la remataba de un arponazo en el corazón.

Los tres desgraciados se arrojaron sobre aquel cuerpo agonizante, y poniendo los labios en las heridas, sorbieron ávidamente la sangre caliente que manaba de ellas.

CAPITULO XXXII

Las últimas víctimas de las regiones polares.

El oso muerto podía suministrar doscientos kilos de carne, lo suficiente para que los sobrevivientes del *Taimyr* pudieran seguir el viaje hasta las costas de Islandia.

Descuartizaron el animal, y tras impropio trabajo lograron recoger algunos kilogramos de grasa.

Como no podían encender fuego por estar muy húmedas las maderas salvadas del naufragio, hubieron de contentarse con comer carne cruda, manjar repugnante para los dos primeros, pero agradabilísimo para Kalutunak.

Poco tiempo permanecieron en el glaciar. La prudencia les aconsejaba abandonar cuanto antes aquellos sitios frigidísimos y escasos de recursos. Embarcaron los restos de su caza, tendieron la piel del oso á manera de vela entre dos rémos, por aprovechar el viento Norte que soplaba con viveza, y tomaron rumbo al Sur.

Al atardecer se detuvieron cerca de un islote desierto donde anidaban millares de aves marinas.

El esquimal hizo una buena provisión de huevos y de un líquen que, bien condimentado

y reducido á pasta, es el ordinario manjar de los groenlandeses. Luego se echaron en el fondo de la canoa, y bien cubiertos con pieles de oso durmieron bajo la salvaguardia de Camo.

A los cuatro días de navegación, el primero de Julio, llegaron á otro islote que formaba un semicírculo, con una vasta bahía hacia el Este. Mac-Doil supuso que seria la de Shannon, que se encuentra en la costa groenlandesa, llamada hoy del Rey Guillermo.

Comoquiera que estaban ateridos de frío y medio pasmados por la inmovilidad á que se veían condenados en la canoa, resolvieron detenerse algunos días, esperando además apresar alguna foca que les diera aceite para cocinar y para calentarse.

Pero la parada fué infructuosa, porque la isla no estaba habitada por mamíferos. Pudieron, no obstante, hacerse de una pequeña provisión de liquen comestible.

El tres de Julio emprendieron la retirada entre hielos y con un frío de veinte grados bajo cero. Dos días después empezó á soplar el Norte con violencia, el mar se encrespaba, y las costas de la Groenlandia se poblaban de densas nieblas. Los náufragos corrian el peligro de estrellarse contra los hielos, ó de ser engullidos por una de las olas que combatían la canoa.

En vista de esto, decidieron refugiarse en un banco de hielo hasta que el huracán amainara. El glaciar era de grande espesor, con una circunferencia de tres á cuatrocientos metros. La canoa fué izada también para que no se la llevara el agua.

En tres días los sobrevivientes del *Taimyr* sufrieron lo indecible.

Al cuarto día su situación hizóse más desesperada. Kalutunak, en una de sus visitas á la orilla donde yacía la canoa, advirtió que ésta había desaparecido á consecuencia de haberse resquebrajado el hielo.

Sandoe y Mac-Doil, angustiados y desesperados, corrieron en busca de la embarcación; pero inútilmente. Tal pérdida los abatió: consideráronse perdidos, ya que no tenían ningún medio para emprender la retirada y se quedaban con poquísimas provisiones, por haber desaparecido el resto con la canoa.

—¡Inútil es luchar!—dijo Sandoe con voz sorda.—¡Estaba escrito que ninguno de nosotros había de llevar á Europa la noticia del descubrimiento del Polo!

Solo Kalutunak tenía alguna confianza, acostumbrado como estaba á aquella lucha diaria por la existencia con el frío y el hambre.

—¡Tengo mi arpón!—dijo á los cazadores.

—También nosotros tenemos un cheque de cuarenta mil dollars, tan inútil como tu arma—respondió Sandoe.

—Pero podemos pasar de un banco á otro. Los hielos se rompen tarde ó temprano. Ved ahí otro glaciar que viene á tocar con el nuestro. ¿Quién nos impide dejar éste por el otro?

Los cazadores se levantaron. Un *pak* que tendría una milla de circuito se abría paso por entre los otros témpanos, y amenazaba embestir el glaciar donde estaban los náufragos.

—Creo que Kalutunak dice bien—dijo Mac-Doil.—Probemos á mudar de sitio. Acaso encontremos alguna foca ó huevos de pájaros.

Y cargando con la piel del oso, su único abrigo, con los papeles, el arpón y algunos pe-

dazos de carne que les quedaban, se encaminaron hacia el *pak*, que á toda prisa iba en dirección á ellos, hasta que chocó fragorosamente con el glaciár. Los náufragos, á riesgo de caer sepultados entre las grietas que se abrieron en el hielo en el momento de la colisión, lograron saltar al nuevo banco.

Entonces vieron asomar por los agujeros abiertos en el nuevo banco algunas focas y morsas. Los cazadores, temerosos de asustarlas, se ocultaron entre los hielos y dejaron que Kalutunak se ingeniara para cazar alguna.

—Espero matar alguna—dijo Kalutunak.

—Seguiremos acampados aquí—repuso Mac Doil,—mayormente cuando este banco parece ser el más extenso y el más sólido de cuantos nos rodean.

—¿Y después?—preguntó Sandoe.—¿Qué haremos cuando este *pak* se quiebre?

—¡Quién sabe si veremos alguno de los balleneros que se dedican á la pesca de ballenas en Groenlandia!

—Pero ¿podremos resistir este frío?

—Haremos una choza de hielo, Sandoe. Kalutunak es hábil para eso.

—La haré—contestó el esquimal;—y si consigo matar una foca, no tendremos frío.

—¡Pues manos á la obra—repuso Sandoe,—porque ya no puedo resistir más!

El pobre cazador tenía la piel quemada por el frío, la nariz, medio congelada, y una tos obstinada le atormentaba día y noche.

Dióse principio á la construcción de la choza: Kalutunak y Mac Doil trabajaron en ella acarreando y soldando pedazos de hielo, hasta que consiguieron hacer una especie de cúpula de un diámetro de tres metros por dos de altu-



—Haremos una choza de hielo...

ra. Excavaron una especie de galería larga de algunos pies, que terminaba en la choza, á fin de que el calor no se dispersara, y tendiendo en el suelo la piel de oso, pudieron al fin los pobres náufragos disfrutar de una temperatura relativamente benigna.

Al otro día, de mejor humor, decidieron salir á cazar. Habían consumido toda la carne del oso y deseaban ardientemente una tajada de foca, bien ó mal asada, así como un poco de luz para alumbrarse en la lóbrega choza.

Al poco rato descubrieron algunos de estos anfibios, y procurando contener á Camo, se aproximaron á ellos. Los tres cazadores se situaron de modo que pudieran impedir la retirada de los anfibios, que habían salido á solazarse por el banco, y cuando estuvieron cerca corrieron hacia ellos.

Algunas de las focas consiguieron escapar y zambullirse; pero una fué alcanzada por el mastín y estrangulada. Aunque de los más pequeños, el animal era suficiente para alimentarlos una semana.

Los cazadores, después de beberle la sangre, lo llevaron triunfalmente á la choza, lo desollaron, lo descuartizaron, y recogieron cuidadosamente el aceite.

Otro día volvieron á repetir la cacería; pero vieron con terror que las focas habían abandonado el paraje.

El nueve de Julio empeoró la situación. Los tres náufragos se vieron obligados á permanecer en su refugio. El banco, batido por las olas, crujía siniestramente amenazando romperse de un momento á otro, y bogaba rápidamente hacia el Sur.

El catorce abandonaron la choza y recorrie-

ron el banco para hacerse de provisiones, pero sin resultado.

Regresaron á la choza tristes y descorazonados. Las provisiones estaban para agotarse; el aceite, también. Sandoe seguía con su tos pertinaz y mostraba síntomas de escorbuto.

Mac Doil empezó á desesperar; pero el esquimal salió afuera por si se ponía alguna foca al alcance de su arpón.

Partió el esquimal, y Mac-Doil se acostó junto á Sandoe, que estaba tendido sobre la piel de oso, procurando contener aquella maldita tos que le rasgaba las entrañas. Camo, que estaba en la galería, se mostraba inquieto, como si llegaran á él rumores de fuera.

Había pasado una hora, cuando el mastín trató de salir.

—¿Si habrá llamado Kalutunak?—dijo Mac-Doil.

—No ha sido nada - contestó Sandoe.

—Sin embargo, Camo parece inquieto. Voy en busca del esquimal.

—La tempestad ruge afuera, Mac-Doil. Lleva la piel de oso.

—No, pobre amigo Sandoe. La necesitas tú. ¡Ven, Camo!

Apenas el mastín olfateó el aire de afuera, lanzó un aullido triston, casi lúgubre.

—¡Triste presagio!—se dijo Mac-Doil.—¿Qué le habrá pasado á Kalutunak? ¡Búscales, Camo!

Y mientras azuzaba al perro, gritó él con todos sus pulmones desafiando los bramidos del viento tempestuoso.

Presas de tremenda inquietud, se lanzó á través de la bruma redoblando los gritos. Pronto el perro dió un salto y quedó ante el borde de una hendedura de hiel.

—¡Busca, Camo; busca!—decíale Mac-Doil. Pero el perro no se movía y ladraba sordamente.

Entonces Mac-Doil reparó en el arpón abandonado al borde de la grieta, y lo comprendió todo. El pobre Kalutunak, empujado por el viento, cayó al mar, y cubierto como iba de pieles, hubo de ahogarse.

Ante esta nueva desgracia, Mac-Doil temió enloquecer.

Creyóse condenado á seguir la suerte de los desgraciados compañeros del *Taimyr*. Hasta le faltó el valor para volver á la choza y dar á Sandoe la tremenda noticia de la pérdida de Kalutunak. Vagó como un loco por entre la niebla y la nieve, y cuando resolvió volver, encontró á Sandoe presa de violentos accesos de tos.

Al oír entrar á Mac Doil, haciendo un esfuerzo supremo se incorporó y le interrogó con la mirada.

—Me he engañado—dijo Mac-Doil dejándose caer en el suelo.

Sandoe movió tristemente la cabeza, y dando un gemido exclamó:

—Tú... me ocultas la verdad... Camo ha ladrado como anunciando una desgracia.

—No, Sandoe.

—Lo leo en tus ojos, Mac-Doil. ¿Ha muerto Kalutunak? ¡Dímelo!

—Sí, Sandoe—respondió Mac-Doil con voz sorda.—Pero yo soy robusto, y te salvaré.

Leve sonrisa apuntó en los labios del isleño.

—¡Es tarde!—murmuró entre golpes de tos.

Polo... trae... desgracia...! ¡Dentro de yo también habré muerto!

Sandoe; tú te engañas. No desesperes.



—Tú. . me ocultas la verdad... Como ha ladrado...

El viento empuja al banco hacia el Sur, y á no tardar veremos la costa de Islandia. Corremos como un velero.

Sandoe no respondió y volvió á tumbarse sobre la piel de oso, mientras el perro aullaba tristemente.

Así pasaron algunas horas. Cuando MacDoil, que se había adormecido, despertó, habíase apagado la vela que alumbraba á medias la choza, y afuera rugía el viento.

Asustado llamó á Sandoe, pero nadie le contestó. Puso las manos en el cuerpo de su amigo, y notó que estaba rígido. ¡El pobre Sandoe había muerto!

¿Qué sucedió después de aquella terrible noche? Nunca pudo darse cuenta de ello MacDoil, como tampoco del tiempo que estuvo en aquel glaciár que la tempestad empujaba hacia los mares europeos.

Sabía únicamente que volvió en sí á bordo del *Bornholm*, que regresaba de los mares de la Groenlandia después de la estación de la pesca.

Supo que había sido recogido á 160 millas de las costas orientales de Islandia, en un pequeño banco de hielo que estaba para deshacerse, y que le encontraron medio helado, muerto de hambre y mordiendo rabiosamente el cheque de los 40.000 dollars y las notas del comandante del *Taimyr*.

FIN DE «AL POLO NORTE»





7815
28 15
3

INDICE

	<u>Págs.</u>
Cap..I....	Los cazadores de nutrias... 7
» II.....	Un monstruo misterioso... 19
» III.....	Un tiro..... 29
» IV.....	Una extraña proposición... 39
» V.....	Un buque submarino..... 54
» VI.....	Una carrera bajo el mar... 62
» VII.....	Una emigración de aren- ques..... 71
» VIII.....	En el Océano Artico..... 82
» IX.....	El asalto de los osos blancos. 90
» X.....	En medio de los hielos..... 102
» XI.....	Una caza de vacas marinas. 109
» XII.....	En el fondo del mar..... 117
» XIII.....	Un drama polar..... 127
» XIV.....	Los esquimales..... 136
» XV.....	Despojos de la expedición de Franklin 145
» XVI.....	El polo magnético..... 154
» XVII....	Los furoros del Océano Ar- tico..... 158 +
» XVIII...	Un buque embestido 163
» XIX.....	Una cacería de osos..... 171

	Págs.
Cap. XX.....	Bajo los grades bancos de hielo..... 179
» XXI.....	Hombres á trescientas mi- llas del Polo..... 189
» XXII....	Restos de animales antedi- luvianos 195
» XXIII...	Los primeros bueyes al- mizclados..... 201
» XXIV...	La lucha contra los hielos.. 211
» XXV....	Sitiados por los osos.. . . . 221
» XXVI...	¡Salvados por milagro!..... 230
» XXVII..	La liberación del <i>Taimyr</i> ... 238
» XXVIII.	Los misterios del Polo..... 250
» XXIX...	La retirada hacia el Sur.... 257
» XXX....	Una tremenda catástrofe... 261
» XXXI ..	Cómo se mata un oso sin ar- mas 267
» XXXII..	Las últimas víctimas de las regiones polares..... .. 273



BIBLIOTECA NACIONAL



1001173740

